



Dame otra cita,
Lucía



🌸🌸🌸 m. covani 🌸🌸🌸

Dame **otra** cita,
Lucia

m. covani

Copyright

Título: Dame otra cita, Lucía

Copyright © 2019 M. Cavani

Esta es una obra de ficción; los personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora. Si algún evento se relacionase con la realidad es pura coincidencia.

Las menciones de algunas marcas comerciales, medios de comunicación y clubes internacionales de fútbol han sido utilizados sin la autorización ni patrocinio de los mismos.

Se prohíbe la distribución electrónica o material de este trabajo sin la autorización de su autora.

Se reservan todos los derechos.

Primera edición.

Contenido

Título

Copyright

Sinopsis

Nota de la autora

Dedicatoria

Una chica especial

Buenos días

Exprometido

Unos niños demasiado románticos

Gas pimienta

Una señal para Luciano

Mascarada

Tuya

¿Error?

Los viejos hábitos nunca mueren

El desfile de la vergüenza

Nada que perdonar

Advertencia

Descubiertos

Una buena noticia entre tantas malas

¡Al diablo los fotógrafos!

La verdad

Quédate

Feliz cumpleaños

Una cita más

Conclusión

Más de la autora

Sinopsis

Movido por el escándalo y el momento más difícil de su carrera, Luciano Seri, el astro del fútbol internacional, ha ido a refugiarse en el anonimato de su natal ciudad Verano; pero, ¿son éstas las verdaderas intenciones de su regreso, o es que espera recuperar el afecto de aquella chica que se le escapó?

Dame otra cita, Lucía es la esperada continuación de Dame una cita, Lucía.

Nota de la autora

Es posible que en el año 2026 la tecnología haya avanzado lo suficiente como para que los teléfonos y demás dispositivos electrónicos que usamos en este momento queden obsoletos, que una nueva red social barra con Facebook, Twitter e Instagram; pero debido a que esta novela sigue la historia de Luciano Seri y Lucía Ortiz, ocho años después de que se hicieran novios en 2018, y particularmente no he podido prever el futuro para esos años venideros, nos mantendremos en la simplicidad de lo que conocemos hoy, además de que, para lo que necesitamos, la tecnología del 2019 es funcional.

Ahora bien, siendo Luciano el jugador número uno del mundo, he tenido que trabajar con un calendario del 2026 e imaginar algunos eventos, como lo que sucederá con la selección de España, para la que él juega, en el mundial de fútbol que se celebrará ese año. Aclaro que no es mi deseo que lo planteado en esta novela suceda a una selección tan querida, pero he tenido que valerme de este recurso para hacer que mi argumento funcione.

Exceptuando lo antes expuesto, espero les guste.

Para ti otra vez.

Año* 2019



Una chica especial

Por un momento he creído que mi mundo se ha destruido.

—¿Estás bien? —Pregunta estudiándome con la mirada.

No.

A mi alrededor todo parece dar vueltas, siento náuseas, me zumban los oídos y mi cerebro no conecta con la realidad.

—¿Lucía? —Me acaricia la mejilla con el pulgar, justo debajo del lóbulo de la oreja, mientras continúa estudiándome.

—Creo que nunca dejarás de ser un idiota.

Me pone los ojos en blanco. Por un momento he creído que con ese discurso ha intentado romper conmigo el maldito día de San Valentín.

—No puedes estar hablando en serio.

—Nunca he sido más serio que ahora.

Hace unos minutos ha aparcado el Jeep en las afueras del cementerio en el que descansan mi papá y mi mamá para decirme unas palabras que no creo que puedan ser reales. Desde el puesto del copiloto me inclino un poco para hurgar en su mirada, hallar la verdad ahí, pero solo consigo sacarle una carcajada.

—No te creo —ni un poco. Tiene que estar jugando conmigo.

—¿Por qué?

Él se encoje de hombros y yo también. No sé explicarlo. Aunque luce muy serio detrás de esa sonrisa, me es difícil creer que no esté bromeando.

—Ah, ya sé, somos demasiado jóvenes como para proponerte tal cosa.

—Algo así.

Él tiene dieciocho, yo diecisiete, mucha gente pensaría que lo somos, que todavía nos queda mucho camino por delante que recorrer, que en el futuro tendremos tiempo para pensar en todo eso y que aún nos falta realizarnos como profesionales antes de adquirir una responsabilidad parecida; y yo, no voy negarlo, también estoy muy de acuerdo con ellos.

—Nunca me he sentido así de bien con alguien antes de ti.

—Yo tampoco — cuando le acaricio, el ligero ardor en la mano que me produce la sombra de barba en su mejilla no me molesta, podría decirse que es suave.

—Pero tengo un maldito contrato firmado que en un mes nos distanciará.

La idea me pone un malestar en el pecho contra el que he luchado por semanas.

—Y no quiero perderte.

—No vas a perderme —le prometo.

—Ah, ¿no? —Inclina la cabeza, mirándome a los ojos, estudiándome de nuevo.

—Yo estoy enamorada de ti, Luciano.

—¿Estás segura? —Entorna los ojos, siempre ha preferido quitarle hierro al drama haciendo bromas, o, como ahora, actuando como si no me creyera.

—Siempre lo he estado.

—Y por eso me esquivabas, claro...

—Justamente; necesitaba protegerme de estos sentimientos —le tomo una mano y la beso.

—Eres la chica más interesante que he conocido —al escuchar estas palabras es inevitable que sonría y me incline hacia esos labios que me atraen como un imán al metal.

—Nunca me han dicho algo así —me quedo abrazada a él.

—Ah, ¿no? —Me separa un poco para estudiarme—. Pues lo eres —me dice al oído—. Mi chica especial.

—Te quiero, Luciano —le digo al oído.

—Sí, eso dices, pero no respondes mi pregunta...

Me separo lentamente y bajo la mirada, tiene que estar jugando conmigo. No puede ser cierto.

—De cualquier forma quiero que sepas que mi propuesta venía acompañada de algo más.

Entonces, delante de mis ojos se presenta el anillo de compromiso más hermoso que he visto en mi vida —no que hubiera visto muchos, solo en las películas, en el pequeño pueblo en el que todavía vivimos él y yo la gente no suele comprometerse de este modo ni andar por las calles luciendo un anillo así de precioso—, es de oro blanco y la piedra es una amatista ovalada rodeada por pequeños diamantes. Levanto la mirada, todavía incrédula de lo que está pasando, de su proposición.

—Estoy hablando *muy* en serio.

—Pero...

Toma mi mano izquierda y entre una mezcla de temor y valor, siempre mirándome a los ojos, como si esperase un grito mío, o que abra la puerta de su Jeep y salga huyendo, introduce el anillo en el anular.

—Te queda bien —manifiesta como si se tratase de un anillo cualquiera, como esos de plástico que usas en el dedo para comer caramelo.

Miro el anillo un segundo, luego lo miro a él, que ahora luce definitivamente aterrado ante la expresión en mi rostro, que ni sé cómo es; solo sé que el mareo ha regresado, que la mano me pesa y que el corazón no me da respiro. No quiero perderlo, pero esta no puede ser la solución a la distancia que va a interponerse entre los dos.

—Quiero ser tu novia eterna...

Le explico, aunque no sé de dónde salen esas palabras.

—¿Eso qué quiere decir?

Los ojos se me inundan de lágrimas que él besa y limpia de inmediato.

—Por favor, no llores, Santa Lucía —acuna mi rostro con sus manos—. Aceptaré tu decisión.

—Es que no me entiendes...

—No, pero te quiero igual.

—Déjame explicarte... —me abraza.

—Shhh...

—Quiero estar contigo siempre —me separo un poco para mirarle a los ojos, él asiente aunque su expresión es de contrariedad. Le estoy hiriendo.

—Trataremos, lo prometo. Vendré siempre —me promete.

—No tendremos un romance a distancia, Luciano, eso ya lo hemos hablado.

—Entonces tengo que resignarme a perderte.

Más lágrimas recorren mis mejillas y un intenso nudo se forma en mi garganta ante esta idea. Necesito los consejos de mi hermana, ¿por qué me ha hecho esto justo cuando la hemos dejado en su apartamento, cuando ahora sería demasiado incómodo consultarle algo?

—Deberíamos irnos —su entonación se siente obstinada. Se compone en el coche y enciende el Jeep—. Tenemos cuatro horas delante de nosotros hasta ciudad Verano.

Inconscientemente me toco el anillo y lo miro. *Me gusta...* quiero decir, jamás habría

imaginado llevar algo así de precioso en mi mano, pero me doy cuenta de que me importa lo que simboliza: que me ha reservado, que desea que le pertenezca. Solo a él.

—Siempre te he pertenecido —levanto la mano en la que ha puesto el anillo—. Es muy bonito.

—Es cualquier cosa —replica todavía obstinado, poniendo el Jeep en marcha.

Miro el paisaje, el precioso prado de la carretera entre Lara y ciudad Verano, la brisa fresca de febrero que me da en la cara pone un recuerdo en mi mente: la primera vez que viajé con él, hace unos meses, cuando me trajo para visitar a mi hermana, ese perfecto viaje en el que nos dimos cuenta de que no podíamos mantener lo que sentíamos a raya, un recuerdo que se mezcla con el horror de sentimientos de hace unos minutos, cuando creí que estaba poniendo fin a nuestra relación. Es inútil que lo evite, incluso lo he pensado cuando estoy sola, que no quiero estar apartada de él, pero necesito estar totalmente segura. Él enciende la música de su iPod y emprendemos el regreso a casa.

—Ya llegamos, bonita —cuatro horas más tarde, me acaricia la mejilla para despertarme.

Le sonrío sabiendo que no puedo ni quiero una vida sin él.

—Acepto.

Año* 2026



Buenos días

Mientras tomo el desayuno enciendo la tele para ver el show de variedades que conduce Becca, mi mejor amiga desde la secundaria, es mi rutina de todas las mañanas después del ejercicio, me divierte ver cómo coquetea con su copresentador.

—Bueno, mi querido Ben, ¿qué te parece si presentamos las noticias con las que despertamos esta mañana?

Dejo de mirar por un instante y me levanto de la mesa para servirme un poco más de café con el que acompañar mis tostadas, sé exactamente a qué tipo de “noticias” se refiere mi amiga: el último divorcio en Hollywood, el *influencer* de moda, el video más visto de Youtube, las “noticias” no son la razón por la que sintonizo *Buenos días*, el show de Becca; sin embargo, casi se me escurre el café por la nariz cuando escucho el nombre del personaje al que se refiere el primer titular.

—Nuestro querido Luciano Seri tendrá que comparecer ante la justicia española por evasión de impuestos.

Trato de apoyarme de la encimera para no perder el equilibrio.

—Algo muy lamentable, mi querida Rebecca —le dice su compañero—, que Luciano Seri no hubiera presentado al fisco español las declaraciones correspondientes a derechos de imagen. El reclamo presentado por la fiscalía española se corresponde al año pasado, uno importantísimo para nuestro compatriota, en el que fue elegido nuevamente el mejor jugador del mundo, realizó muchísimas publicidades para grandes marcas deportivas y casas de modas, una película taquillera que protagonizó junto a su novia, Valerie Meyer...

Ben continúa enumerando la serie de logros de Luciano, pero momentáneamente mi mente se queda fija en el nombre Valerie Meyer, justo esa actriz con la que ha mantenido una relación desde hace un año, la misma que hace unos meses se presentó en un juego del Real Madrid luciendo un diamante precioso en el anular izquierdo con el que nos daba a todos la exclusiva de que era ella su nueva prometida.

El recuerdo hace que me den las mismas náuseas que sentí en aquel momento.

—Personalmente conozco a Luciano Seri y confío en que hay un error en esto, Ben.

—Personalmente... ¡Wow! Ahí tenemos otra exclusiva.

—No estés celoso que sabes que eres el único en mi vida.

Mis oídos pueden escuchar las coqueterías y mis ojos detectar la forma furtiva en la que se miran y sonríen Becca y su copresentador, es como una telenovela matinal en vivo, pero de verdad me siento mareada y mi mente apenas puede procesar algo, es como si estuviese bloqueada.

—Pero hablando seriamente, Ben, conozco a Luciano Seri desde la secundaria, cuando ambos vivíamos en ciudad Verano, y él era apenas un aspirante a futbolista, por eso sé que siempre ha sido una persona correcta, justa y honesta, incapaz de incurrir en algo tan bajo como evadir al fisco. Me es muy desagradable comunicar esta noticia que, lastimosamente, está recorriendo el mundo.

—Esperemos que solo sea una confusión y que consiga salir ileso de este incidente, Rebecca.

—Confío en que así será.

—Sobre todo en este momento, que tal noticia resulta tan impactante —opina su copresentador

—, precisamente porque mañana inicia el mundial^[1] y Luciano ha demostrado que no solo juega bien para el Real Madrid, sino que, al nacionalizarse español, la selección nacional también puede confiar él.

—Luciano es sencillamente genial, y sinceramente espero que todo se trate de un error y que este dilema se resuelva de la mejor y justa manera.

—Son los deseos de todo su pequeño país.

—Así es. Bueno... —puedo sentir la aflicción en el suspiro de mi amiga—, pasando a otras informaciones un poco más amables, les contamos que este fin tendremos boda, la pareja de moda, conformada por la actriz...

Como puedo, alcanzo el remoto sobre la mesa, y apago la tele, todavía impresionada de lo que acabo de conocer, *Luciano demandado por el fisco español*. Me afecto por unos segundos, los recuerdos del tiempo en el que fui feliz con él en España, compartiendo el piso en el que solía vivir en aquel momento, se tropiezan en mi mente, Luciano siempre fue disciplinado y correcto, el mejor futbolista y un hombre de negocios, al que no se le pasaban sus compromisos; ¿cómo pudo ser esto? Me abstraer de mis recuerdos la primera llamada, siempre sucede cuando una noticia sobre Luciano Seri recorre los noticieros de farándula del mundo, en este caso la desvío, nunca he estado para las intrigas de Tessa Díaz, la administradora de una de las cuentas de Instagram más seguidas de ciudad Verano por el contenido amarillista que presenta, donde todos los lugareños somos considerados celebridades, pero en mi caso particular es siempre lo mismo con ella, “¿Tienes algo que opinar sobre Luciano, Lucía?”. Mi respuesta es generalmente la misma: un silencio total. Un momento después recibo otra llamada que sí atiendo, la de mi administradora, ayudante, repostera, ex compañera de clases, amiga y casi hermana, Catalina.

—¿Has visto las noticias?

—Ehh... sí —no tiene caso que lo oculte.

—¿Sabías algo? ¿Becca te lo contó?

—Me ha parecido que para ella la noticia también ha sido una primicia, Cat.

—¿Vas a comunicarte con Kira?

—No lo creo —contengo los deseos de llorar.

La escucho suspirar.

—Si yo estoy en shock no quiero imaginar cómo estás tú.

—Estoy bien.

—Demandado por evasión de impuestos, Lulú, eso es algo grave, podría ir preso.

La sugerencia de esta verdad hace que el corazón me lata de manera irregular, y que me tiemblen las manos.

—Tengo una llamada entrante, Cat —le miento pues prefiero dejar el tema y quedarme con mis reflexiones.

—Nos vemos en un rato.

—Seguro.

Cierro la llamada y trato de calmarme, se me ha formado un nudo en la garganta. Como un acto reflejo busco su número en mi lista de contactos, uno que he evitado durante todos estos años, pero que sigue estando en mi directorio como un recordatorio de su existencia, en la que su foto con esa chica, Valerie Meyer, está tan presente en su Whatsapp como si fuera el mismísimo día en el que se dio a conocer a los medios sobre su compromiso. Me gustaría llamarlo, pero no tengo el coraje para hacerlo, pienso en escribirle, pero me contengo también. No está bien demostrarle este tipo de inquietud que siento por él, además de que no creo que le importe, prefiero esperar y saberlo a través de otros recursos que sé que estarán a mi disposición.

Como si supiera que necesito consuelo, Ruppert, el terrier irlandés de tía Gisselle que estoy cuidando mientras ella está de vacaciones en Europa, se acerca a mí, moviendo la cola, cuando me dejo caer al suelo, todavía mirando la foto que Luciano tiene en su perfil de Whatsapp con esa chica actriz, en la que ambos sonríen como si se tratase de una publicidad para portarretratos.

Siempre he puesto mi mayor esfuerzo por superar estos sentimientos, que la idea de ellos no me ponga triste, pero es un infinito recordatorio de lo que una vez fui parte y perdí por mi propia decisión. A veces creo que será imposible aprender a vivir con esta incomodidad en el pecho. Acaricio al terrier, que se ha acomodado sobre mis piernas cruzadas, con la esperanza de distraerme en algo distinto, pero me sobresalto al escuchar una nueva llamada entrante en mi teléfono, esta vez es Becca.

—Sí, lo vi —es mi saludo.

—No puedo creerlo, Lulú, estoy impresionada.

—Somos tres.

—¿Has hablado con él?

—No, ¿cómo crees? Catalina me llamó —Becca exhala al escuchar mi explicación, supongo que desde el otro lado del teléfono me ha puesto los ojos en blanco, nunca ha tolerado a las amigas que tengo además de ella.

—Trataré de comunicarme con él, y cuando tenga noticias, te informo.

—No es necesario.

—No me salgas con tus cosas, Lucía Daniela.

Suspiro, a ella no puedo engañarla.

—Espero que esté bien, Becks.

—Yo también. Te hablo luego, ya volvemos de comerciales.

Cuidadosamente hago al terrier a un lado para retomar la taza de café, que ya está frío, me levanto del suelo, la apoyo en la encimera, y en su plato coloco algo de comida para Ruppert antes de continuar mi vida, que consiste en tomar una ducha, y prepararme para cruzar la cabaña y ponerme a trabajar en mi dulcería. Pero es duro, demasiado difícil saber que el hombre del que has estado enamorada por más de ocho años, está atravesando por un momento así de comprometido, sin que le puedas ayudar ni consolar.

Exprometido

Después de las once, Catalina y yo cerramos la dulcería, agradecidas de que hoy, como regularmente, hemos tenido un día movido. Debido a que en este momento tiene su coche descompuesto, dejo a mi amiga en el centro de la ciudad, donde vive, y me voy de prisa al apartamento de tía Gisselle, del otro lado de la bahía, para atender sus plantas, que además de Ruppert, me encargó que cuidara de ellas. Generalmente prefiero ir antes de abrir la dulcería, pero el día se me ha complicado con una presentación local de los atletas que participaremos en la maratón de ciudad Verano, al cierre del estío, a finales de agosto.

Aparco el coche en la calle, me introduzco en el edificio y espero el elevador, podría subir trotando las escaleras, de dos en dos, pero a estas horas me siento tan fatigada que lo que me gustaría es estar en la cabaña para darme una ducha e irme feliz a la cama.

Los segundos que demora el viaje hasta el apartamento de tía Gisselle pienso en mis obligaciones del día siguiente y en lo preparados que debemos estar todos en la dulcería para la próxima mascarada de ciudad Verano, la semana siguiente, sin embargo, a pesar de que trato de mantener la mente despierta, me es imposible suprimir el bostezo que culmina cuando las puertas se abren y salgo a la quietud del nivel del apartamento, pero me siento tan torpe y tan agotada, que también me demoro en sacar las llaves para abrir la puerta.

El apartamento está tan limpio y quieto como lo dejé hace dos días, ese fue el trato al que llegué con tía Gisselle antes de que saliera de ciudad Verano, venir una tarde sí y otra no para colocarle agua a sus plantas. Regresar a este apartamento, después de que me independicé económicamente, siempre me ha traído recuerdos agridulces pues aquí viví emociones opuestas. Desde los doce años, cuando tía Gisselle me recibió en esa horrible época en la que mis padres sufrieron aquel fatal accidente, ella y mi primo me hicieron sentir como una hija y hermana en su pequeña familia; con la ayuda de ambos, y la de mi propia hermana, que para ese tiempo había regresado a Lara, la ciudad en la que crecimos, para estudiar en la universidad, recuperé una parte de mi vida y volví a ser un poco la Lulú que era antes de aquel triste momento; pero en retrospectiva, todo aquello parece distante delante de mis últimos dulces recuerdos aquí, ese último año de secundaria, cuando dejé de resistirme a lo que sentía por Luciano Seri, ese chico único por el que me sentía infinitamente atraída, y me arriesgué por amor. Me detengo en mitad de la sala, sintiendo el reflejo de aquellas emociones sobre mi piel y en un corazón descompuesto desde hace más de cuatro años.

Me dirijo a la cocina y coloco agua en una jarra para atender a las niñas de tía Gisselle, no enciendo las luces pues la sala está bien iluminada por las farolas de la calle, pero cuando voy a dar de beber a la cuarta planta apenas noto que el plato que la sostiene ya contiene agua y que las demás tienen la tierra todavía húmeda; si no estuviera segura de que mi primo Andre está en Lara, pensaría que ha sido él quien las ha cuidado (aunque no sea propio de él ser responsable por las plantas de su madre). Algo confundida, pero resuelta a completar mi misión, continúo con la próxima.

—No querrás ahogar esas plantas, Santa Lucía...

Me paralizó al escuchar la voz que ha pronunciado tales palabras, sintiendo además que un frío helado me recorre la espina dorsal, que la piel se me eriza y que los fuertes latidos del

corazón me golpean los oídos.

Lo ilógico de la situación me hace pensar que debo estar alucinando, que todas esas noticias que han estado presentando de él en la televisión y las redes sociales me tienen paranoica, pero es tan vívida la experiencia que, como cuando solíamos ser novios, puedo sentir el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío.

No conforme con mi buena sensatez prefiero verificar que en efecto estoy enloqueciendo, pues el dueño de la voz debe estar entre México, Estados Unidos, y Canadá, jugándose el mundial de fútbol, *no en el apartamento de tía Gisselle*.

Sin embargo, en la entrada del pasillo detecto la figura de un hombre joven, cuyo cuerpo apenas está cubierto de la cintura para abajo por una toalla blanca, que tiene el pelo húmedo pero desordenado, como ese alguien de mis recuerdos solía llevarlo después de una ducha hace tantos años, pero cuya poblada barba escasamente permite reconocer el rostro detrás de ella.

—Y tú, ¿no se supone que deberías estar jugando la Copa del Mundo^[2]? —Es lo que consigo pasar por una respuesta despreocupada.

—Confirmando ahora que no seguiste mis partidos como tú medio lo insinuaste alguna vez hace tanto tiempo.

Grácil se desplaza por el apartamento de *mi tía* como si se tratara de su piso en Madrid.

—¿Café? —Me ofrece desde la cocina mientras enchufa la cafetera y la enciende para calentar lo que queda en la jarra de vidrio. Solo él puede tomar café pasadas las once de la noche como si se tratase de manzanilla.

Apenas niego con la cabeza, no me siento capaz de hablar, estoy en estado de shock, creo que mi corazón, luego de registrar inestables pulsaciones, ahora se ha detenido; sin embargo no dejo de mirarlo, de tratar de entender qué está sucediendo, por qué está aquí.

¿Es que apareció para fastidiarme la existencia?

—Santa Lucía... —manifiesta agobiado, dando zancadas hacia mí. Siento los nervios marcados en mi estómago, *¿qué quiere?*—, si sigues así —me quita la jarra de la mano—, terminarás ahogando las plantas de tu tía.

Disgustado coloca la jarra en el alfeizar y me mira obstinado, secándose las manos de la toalla, movimiento que me obliga a desplazar la mirada por ese torso perfecto que tiene, por donde se escurren algunas gotas de agua que tienen el privilegio de tocarle.

Dios...

Necesito mirar en otra dirección.

—Les puse agua esta tarde —me informa. A mí, lo único que sale decirle es lo siguiente:

—Estás en propiedad privada —trato de mantener el contacto visual con el objeto de intimidarlo, pero él solo me mira un poco más antes de poner los ojos en blanco y volver a la cocina—. No tienes derecho a estar aquí.

Dios santo..., empiezo a ser consciente de algo: está guapísimo, inclinado de esa forma contra la encimera, las palmas apoyadas en el borde, soportando todo el peso de ese perfecto cuerpo que tiene. Retoma una posición erguida cuando me acerco.

—Tengo permiso —se explica, tratando de intimidarme con la mirada, pero no me dejo; sin embargo, me veo obligada a detener el paso cuando determino de dónde o de quién ha venido ese permiso.

Andre me las pagará.

—¿Dónde le has visto?

Apaga la cafetera y se sirve el café. Me hace un gesto con la taza, como quien dice “Salud” con una copa de vino, y sonrío. No va a darme el gusto de responder mi pregunta.

—¿Desde cuándo estás aquí? —Demando una respuesta.

—Confórmate con saber que tu primo está dejando que me quede en *su* apartamento.

—Tienes suficiente dinero como para pagarte la mejor habitación de hotel del mundo pero vienes a quedarte en este apartamento.

—Ah, pero es que tampoco has escuchado de mis líos financieros...

Me pasa por el lado, saliendo de la cocina hacia el pasillo que conduce a las habitaciones. Le sigo, pero siento que la sangre me hierve y que mi respiración está cada vez más pesada.

—¿Por qué no estás en tu casa? —Me refiero a la casa de su familia en ciudad Verano, su casa está en Madrid.

—Haces demasiadas preguntas, Santa Lucía.

—Un momento... —me descoloca la habitación a la que se dirige—. ¿Estás...? ¿Estás...? Ésta es... —le miro apoyado sobre la cómoda cuando le sigo, deja la taza de café a un lado antes de mirarme arqueando una de las cejas, complacido de mi torpeza.

—Estás... Estás... Ésta es... —repito mis palabras en tono burlón, pero no me importa, con autoridad me incorporo en la habitación y automáticamente me pongo a organizar una camiseta suya y un pantalón que no están en el perchero.

—¡Mira cómo tienes mi habitación! —Exagero.

—No sabía que todavía fuera *tu habitación* —replica tratando de ocultar esa sonrisita cínica suya detrás de la taza de café.

Aunque tía Gisselle la conserva exactamente igual que como la dejé en los tiempos que viví aquí, en realidad ya no es mi habitación.

—Pues sí lo es —le contradigo—. ¿Qué Andre no te limitó a su espacio?

—Ehhh... —mira alrededor, como estudiando las opciones—. Éste me gusta más. Me trae recuerdos agradables —su sonrisa cínica se supera a un nivel indescriptible.

—Idiota.

Suelta una de esas carcajadas tuyas que resumen en una de sus sonrisas radiantes que me ponen cosquillas en el estómago pero que también me hacen sentir furiosa. No es posible que todavía tenga ese poder sobre mí.

—Al menos podrías vestirme —le reclamo, consciente de que estoy perdiendo esta batalla.

—Si eso es lo que quieres —se incorpora para deshacerse de la toalla.

—Pero, ¿qué haces? —Me vuelvo y aprieto los ojos con todas mis fuerzas para no verlo. Me siento ruborizada, demasiado abochornada y doblemente furiosa, especialmente cuando escucho otra carcajada burlona detrás de mí.

—Vuélvete, Santa Lucía, que no pienso vestirme *ni desvestirme* delante de ti.

Algo en la entonación de su respuesta hace que me sienta ligeramente dolida. Me cubro los ojos con las manos y lentamente me vuelvo hacia él, temerosa de que pueda estar engañándome, pero al descubrir un párpado, me relajo al confirmar que todavía lleva puesta la toalla blanca.

—Tienes una forma bastante particular de restablecer la comunicación con tu exprometido, Santa Lucía.

Trato de mantenerme altiva, pero la frase me coloca una punzada en el corazón.

—Hablaré con mi primo para que te eche de aquí.

Enfadada salgo de la habitación esperando que al salir del apartamento pueda dominar mis emociones, pero me alcanza cuando todavía estoy en el pasillo y me retiene del brazo.

—Si hubiera sabido que metiéndome en un problema mayor, como en el que estoy ahora, conseguiría verte, lo habría hecho antes, pero, por favor, por los viejos tiempos, si es que alguna vez te importé...

Me ofende su deducción, que ponga en duda todo el afecto que en el pasado le tuve..., que todavía...

—No le digas a nadie que estoy aquí.

Le miro una vez más, directo a esos ojos dulces como la miel, en los que solía perderme sin temor de ser encontrada, recupero mi brazo y sin responder a su petición, me largo, no sin antes, como corresponde, azotar la puerta del apartamento.

El recorrido en el elevador me sirve para poner en orden mis sentimientos. Todavía creo que lo que he vivido ha sido una alucinación, una trampa de mi cerebro, el reflejo de una necesidad remota de encontrarme con él, pero en la medida que llego nuevamente al nivel de la entrada del edificio, que camino hacia el Jeep, reconozco que lo que ha sucedido ahí arriba ha sido cierto.

—Traidor... —apenas me he introducido en el Jeep, lo primero que he hecho es llamar a mi primo.

—Vaya... ¿Cómo está mi prima favorita?

—Nada bien, ¿cómo pudiste hacerme esto, Andre?

—Mmm... Entonces sí está ahí.

—Sí, está *ahí*, y he hecho el ridículo con él al no saber que está quedándose en tu apartamento.

—El apartamento de mi madre... —me corrige.

Aunque ahora que es un adulto los ha ido superando, mi primo siempre ha tenido problemas existenciales con tía Gisselle.

—Ah, supongo, entonces, que es a *tía Gisselle* a quien debo esta sorpresa.

Le escucho hacer una exhalación de fastidio.

—Mejor explícate.

—Mira, se comunicó conmigo ayer, estaba aterrizando aquí, en Lara, y necesitaba de mí...

—Ah, claro —le interrumpo—, necesitaba de ti. ¿Hace cuántos años que no se comunica contigo, Andre? —mi primo guarda un silencio incómodo por algunos segundos. Sé que a nadie le gusta que se le cuestionen sus decisiones, pero con Andre, siempre me ha tocado ser la voz de su conciencia—. No tienes excusa.

—No podía decirle que no, Lulú.

—Claro que sí, son apenas dos letras muy fáciles de pronunciar. Practica conmigo: “No”. ¡Vamos!

—Necesitaba ocultarse y eso no podía hacerlo en un hotel de ciudad Verano.

—Pues tiene dinero como para comprar el silencio de los empleados de cualquier hotel de ciudad Verano —mi primo prefiere dejarme sin réplica—. Me habría gustado que me dieras un sobre aviso.

—Si te hubiera dado un sobre aviso, ¿crees que tu reacción habría sido distinta? ¿Qué no me hubieras reprochado algo?

Algo que absolutamente me molesta de mi primo es lo bien que me conoce.

—Me pidió un simple favor, Lulú, es todo.

Su explicación tiene toda la lógica del mundo, además, Luciano y él fueron mejores amigos en la secundaria, cuando todos estudiábamos en la Eyre^[3], pero desde que se marchó a España para formar parte de ese pequeño club que es el Real Madrid, al principio, por las ocupaciones propias del trabajo y luego por la fama y todo lo que vino con ella, a excepción de mí durante tres años, pareció olvidarse de todos los que fueron sus amigos en el pueblo.

—Además, tú vives en otra casa, no tienes por qué encontrarte con él.

—No tengo por qué encontrarme con él, ¿acaso olvidaste el acuerdo que tengo con tía Gisselle?

—Pues entonces ve al apartamento todo lo que quieras y resuelve ese conflicto que tienes con él.

La idea de resolver algo con Luciano Seri me parece insoportable, no obstante, las palabras de mi primo se repiten en mi mente una y otra vez, hasta que decido defenderme.

—¿Conflicto? ¿De qué hablas?

Él hace un resoplido de disgusto.

—¿Sabes que le colocó agua a las plantas? —Le informo.

—¡Wow...! Y, dime, ¿las ahogó?

—No, tarado —Andre siempre se las arregla para ser un pequeño idiota—, pero sabes que las plantas de tía Gisselle son *mi* responsabilidad no la de un entrometido.

—Vamos, Lulú, que no es para tanto que te reencontraras con el amor de tu vida.

—No es. El amor. De mi vida —mis dientes casi rechinan.

—Y sabes que fuiste tú quien lo dejó y que bro nunca ha dejado de quererte.

—Mira, Andre, vete al...

—Cuida tus maldiciones, primita, que luego te exponen.

Odio que tenga razón.

—Adiós.

Cierro la llamada sin darle oportunidad de respuesta, la última parte de la conversación me ha puesto de un humor de perros, sin querer ofender al pobre Ruppert. No es justo, eso es lo que me gustaría que mi primo comprendiera, que Luciano Seri se presente aquí, en ciudad Verano, ocupando espacios que no le pertenecen e incomodando a personas que han trabajado muy duro para dejar de pensar en él. Creo que necesito un calmante, me siento furiosa. Enciendo el motor del Jeep y me largo a la soledad de mi cabaña, esperando allí encontrar la tranquilidad que necesita mi corazón. Sí, eso es, un lugar neutral, en el que Luciano Seri no ha dejado recuerdos.

Pero lo cierto es que aunque siempre he intentado evitarla, normalmente la imagen de Luciano se cruza delante de mis ojos por lo menos una vez en mi día, ya sea porque protagoniza el último comercial de su gaseosa favorita o una noticia suya es primicia en las redes sociales, pero también es usual que algún flash de nuestra historia se presente en mi mente como un recordatorio de lo que tuve alguna vez y perdí; lo cual se ha intensificado con los últimos minutos de esta noche, toda la escena del apartamento de tía Gisselle no ha dejado de repetirse en mi cerebro, esa mirada suya, su voz y su risa, todas dulces y cínicas al mismo tiempo, además de ese cuerpo perfecto que tiene y la barba en esa cara que me gusta tanto, se me han quedado tatuadas en la mente y me han tenido tan nerviosa que me he quedado más segundos en el cambio del rojo al verde de los semáforos y me he pasado varios cruces.

De regreso a mi cabaña, en el intento de sacarlo de mi mente, he encendido la radio del Jeep con la esperanza de que en ciudad Verano exista un programa radial como el de aquella vieja película que tanto le gustaba a mi mamá, *Sleepless in Seattle*, en la que el hijo de un viudo se comunica con una psicóloga que tiene un programa en la radio, para decirle lo muy triste que está su padre, medio Estados Unidos se obsesiona con la historia del hombre pero es una única chica la que consigue su corazón. Eso quisiera, tener a mi propio Tom Hanks con el que mantener mi mente ocupada y olvidarme de una vez por todas de Luciano Seri.

Pero por supuesto que sucede todo lo contrario, para recordármelo un poco más, esa canción que he evitado escuchar por años, se presenta en el dial para estacionarlo un poco más en mis pensamientos y volver mi existencia todavía más patética.

Invasión por la ausencia

Canta Miguel Ríos.

Me devora la impaciencia

Es inevitable que mi mente se conecte con aquel paseo en el que Luciano me llevó a ver a mi hermana a Lara, cuando todavía estábamos en la secundaria Eyre, y en mitad del viaje justo esta canción que le inspiró mi pegajoso apodo, *Santa Lucía*, se presentó en el aleatorio de su iPod, como el cliché más grande de la historia de la humanidad.

Me pregunto si algún día, te veré

Enojada apago la radio. No quiero recordar más momentos relacionados con el mejor jugador del mundo, sin embargo continúo el recorrido hacia mi cabaña con el corazón agitado y repitiendo en mi mente cada momento de la noche.

Unos niños demasiado románticos

—¿Te marchas? —Me pregunta evitando hacer contacto visual conmigo, pero sí, ha visto mis maletas en la entrada de su piso, no son muchas, apenas tres, nunca tuve demasiado aquí, siempre mantuve lo necesario para hacer mi vida, sin embargo esas tres maletas son suficientes para darse cuenta de que hay una escapada en proceso.

—Se suponía que volvías mañana —es lo poco que se me ocurre responder.

—Ah, perdóname por adelantarme y arruinarte los planes —continúa evitándome, dando grandes zancadas hasta colocarse en la cocina, donde extrae un vaso de cristal de la estantería para servirse agua fría.

—Lo sabes, lo hemos hablado, desde que terminé la escuela no tiene demasiado sentido para mí estar aquí, Luciano. Necesito tiempo —deja el vaso en la encimera y se acerca, ahora distraído en su teléfono.

Esta noche luce glorioso, bueno, siempre ha lucido así, pero justo esta vez ha regresado del viaje con el club con el pelo recién cortado y la barba afeitada en un perfecto candado. Se guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón antes de detenerse delante de mí.

—No hagas esto, Lucía —me dice al oído mientras me aprieta en un abrazo que yo trato de memorizar para el resto de mi vida.

—Tengo que hacerlo, Luciano —le respondo al mismo nivel, abrazándolo también, reuniendo fuerzas para separarme de él.

—No, no tienes —me mira a los ojos, con esa dulce profundidad con la que siempre me ha mirado.

—Siento que estoy viviendo una vida que no me pertenece.

Él mantiene su mirada sobre la mía, pero sé que está perdida entre recuerdos porque por una vez se queda sin respuesta.

Después de todo lo recuerda tan bien como yo, que no era mi plan venir a España, y que si lo hice fue siguiéndolo a él, por todo lo locamente enamorada que estaba entonces y por todo lo enamorada que todavía estoy, pero la soledad me está consumiendo, no hemos conseguido el punto medio y de mi parte, me niego a ser un obstáculo en su profesión, que tenga que escoger entre el fútbol y yo, una opción que nunca he pensado plantearle, que está descartada, pero no puedo seguir guardada en este lujoso piso, como si fuese un objeto precioso, cuando debería estar creando, creciendo, haciéndome profesional. Nací para ser independiente, para realizarme como persona y para amarlo a él, pero ahora necesito espacio, ver qué sucede, si puedo conseguir mis propios sueños.

—Entonces éramos unos niños demasiado románticos.

Con el alma en pedazos me saco del dedo ese símbolo de nuestro amor comprometido desde hace tres años, no tiene sentido que sigamos aferrados a éste cuando el atlántico está por interponerse entre nosotros, le tomo una mano y le devuelvo el anillo que he llevado desde que tenía diecisiete, cuando aquel día de San Valentín me dio la más increíble de las sorpresas y me propuso que me casara con él.

—Siempre voy a estar enamorada de ti, Luciano... —no puedo evitar que se me quiebre la voz al decirlo, pero al mirarlo, siento que un profundo dolor se establece en mi pecho, su

mirada ha dejado esa dulzura característica de sus ojos del color de la miel para reflejar una mezcla de decepción e ira.

—Quédatelo tú —replica como si no le importara. Bajo la mirada para ver sus dedos cerrando mi mano en el puño que ahora custodia el anillo. Me toma de los brazos e impacta mis labios con un beso suyo.

Por un momento lo dudo, él lo es todo para mí, siempre lo ha sido, desde que lo conocí en la Eyre, cuando ambos estudiábamos el penúltimo año y se empeñó en hacerme objeto de sus provocaciones para tratar de conquistarme. Un tiempo de mi vida, el mejor, que jamás olvidaré.

Pero mientras mi mente se pasea por tales recuerdos, entre la confusión y la decisión, me doy cuenta de que deja de besarme para apartarse de mí, que toma las llaves del apartamento y se marcha antes que yo.

—¿Lulú?

La voz de Catalina y un *toc toc* en la puerta de mi habitación me regresan a la realidad, una en la que, por mi propia decisión, Luciano ya no está en mi vida desde hace cuatro años. Cuidando de que ella no lo note, lo que menos deseo es llamar la atención de mi amiga en relación al tema Luciano, me guardo el anillo en el bolsillo de mis shorts antes de reunirme con ella.

—Vamos —me levanto de la cama y salgo de la habitación para dar inicio a las actividades del día, este fin de semana la dulcería ha sido contratada para surtir de dulces la mascarada anual de ciudad Verano. Es tan relevante este evento que esta mañana no he ido a entrenar, he preferido evitar contratiempos e ir al mercadillo a primera hora para hacer las compras correspondientes.

—¿Lo has visto? —Me pregunta mientras recorremos los pasillos del mercadillo; ha sido tranquilizador que se hubiera conformado con mis “¿Sí...?”, “Claro...”, y “Ummm...”, pues desde esta mañana, cuando se me vinieron de golpe todos esos recuerdos, no he podido concentrarme en nada más que no sea Luciano Seri y esa desagradable desazón de que no he sabido de él desde hace una semana cuando al azar lo encontré en el apartamento de tía Gisselle.

Tal vez ya se marchó a España, me digo, pero sé muy bien que sigue en ciudad Verano, hace dos días, cuando le escribí, Andre me lo ha confirmado.

¿Sigue tu amigo hospedado en tu apartamento?

El apartamento de mi madre, Lulú. Sí, sigue ahí.

Gracias por informarme. Por favor que se haga cargo de las plantas de tía Gisselle, prefiero no tropezar con él.

—¿Lulú...? —Catalina chasquea los dedos delante de mí.

—¿Ah...?

—¿Lo has visto?

—¿Qué cosa?

—A Luciano...

¿Qué...? ¿Cómo lo sabe? ¿Es que ya es de dominio público que está en ciudad Verano?

—Disculpa, ¿qué?

—Dicen que ha desaparecido.

—¿Qué?

—Está en todas las redes. Desde que España salió del mundial no se le ha vuelto a ver, dicen que no ofreció declaraciones ni regresó con el equipo a Madrid.

—Ah...

—¿Sabes algo?

—¿Yo...? ¿Por qué habría de saber algo?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé, tal vez Kira te hizo algún comentario —pero luego, sin esperar mi respuesta, argumenta—: La prensa pensó que estaba en Los Ángeles con Valerie Meyer, pero ella fue fotografiada ayer con amigos en una playa de Santa Mónica, entre los que Luciano no estaba, por la noche también la siguieron a un bar, pero ni rastros de él.

—Ah, pues..., no lo sabía.

—¿Qué habrá pasado con él?

—Ni idea —me encojo de hombros.

—¿Es que ya no tienes comunicación con Kira?

—De quien menos hablamos es de su hermano.

—Entiendo. Ha de ser todo sobre Andre.

—Tampoco...

—¿Imaginas que esté aquí? —Propone.

—¿Aquí...? —Me sobresalto, es estúpido que me sienta así de nerviosa por conservar este secreto—. Claro que no.

—Estaría genial que este pueblito recibiera algo de atención, ¿no crees? —Con su codo me da en el brazo y se ríe de su bromita.

—Créeme que no querrías ese tipo de atención para este pueblito.

Recuerdo exactamente lo que ahora vive la tal Valerie Meyer cuando yo apenas colocaba un pie fuera del edificio de Luciano, era horrible no tener un momento de privacidad, sentirse como una curiosidad cuando solo trataba de ser una chica más en Madrid.

—Bueno, es cierto. No me gustaría que los paparazzis estuvieran detrás de ti otra vez.

—¿Detrás de mí? ¿Por qué habrían de estar detrás de mí?

—Porque eres la exnovia, ¡dah!

—Él y yo no tenemos nada que ver desde hace mucho, así que no tienen por qué venir tras de mí.

—Bueno, es cierto que no, pero, ummm... ¿Dónde crees que esté?

—Podría estar en cualquier lugar del mundo —con mis respuestas cortas espero que deje la curiosidad.

—Cierto... Oye, ¿crees que aceptaría venir?

—No creo que ciudad Verano sea su lugar de escape, Catalina.

No sé por qué estoy protegiéndolo.

—Ah, entonces crees que se escapó.

—No creo nada —levanto las manos para tratar de deshacerme del problema.

—Pobre, está atravesando por un momento muy difícil. Pero me refería a si crees que quiera venir a la reunión que estoy organizando para octubre.

Suspiro, creo que el tema “Luciano” no se terminará nunca. Catalina lleva meses planeando una reunión de la Eyre con la generación del 2019, de los cuales las tres cuartas partes de ese tiempo ha estado pensando el modo de invitarlo.

—¿O te sentirías incómoda si viniese? Porque si es así le dejo fuera de la lista de invitados. Nadie cuenta con su presencia pero sí con la tuya. Que no se diga más...

De no ser por el escándalo, Luciano no habría puesto un pie en ciudad Verano, pero *claro*, seguro que vendrá a la reunión de la generación del 2019 de la Eyre. Mentalmente hago un mohín con los ojos.

—Como te he dicho antes, Catalina, claro que puedes invitarlo. No seas ridícula.

—Entonces, si estás de acuerdo, dalo por hecho, pero si te incomoda, lo olvidamos.

Le doy una vuelta a mis ojos, la quiero mucho, pero Catalina es insufrible.

A media mañana hemos vuelto a la dulcería para encargarnos de los preparativos que mis ayudantes de repostería, Lola y Roberta, tienen adelantados, pero Catalina no me deja tregua con el tema Luciano pues apenas enciende la tele que tenemos en la cocina de la dulcería él es el primero en presentarse en la pantalla. Becca, cuyo show de variedades termina luego del mediodía, está informando todo lo que Cat me ha dicho más temprano sobre la supuesta desaparición del mejor jugador del mundo, pero adicionalmente reporta que su abogado, Vladimir Alonso, está encargándose de aclarar el caso por evasión de impuestos y que en aproximadamente tres semanas el mejor jugador del mundo deberá comparecer ante la corte española.

—Ah, sí, claro, qué conveniente, ¿no? —No lo digo yo ni Catalina, sino Luisa, la tercera del grupo, que se presenta en la cocina, retardada y muy emocionada en la conversación que mantiene en el teléfono con su interlocutor—. Seguro que escuchaste que esa chica estará en ciudad Verano y ya estás desesperado por venir. *Por supuesto* que creo que te mueres por ver a tu hijo *justo* este fin de semana... —con esto sé que no está opinando sobre Luciano sino que está hablando con Andre.

Hace ocho, o nueve años atrás para ser más precisa, era el año escolar 2017-2018, más o menos el mismo tiempo en el que fui víctima de las provocaciones de Luciano Seri, que Andre se obsesionó con una chica recién llegada a la secundaria Eyre, pero esta chica era tan independiente y competitiva que anteponía la que desde entonces ya consideraba su profesión, el volley, a cualquier distracción, así que en uno de sus descontrolados impulsos por mantener a mi primo alejado, Kira Seri, esta chica por la que Andre cayó rendido, hizo algo que ni él, que siempre había sido demasiado tolerante con ella, le pudo perdonar. En su despecho y sin medir las consecuencias, Andre se dejó seducir por otra chica a la que no quería, Luisa Bernard, mi empleada de la tienda, madre de mi sobrino Miguel, y actual exesposa de Andre, la misma que en este momento mantiene una acalorada conversación telefónica con él, según detecto por el hilo de la conversación.

Creyendo hacer lo correcto, aunque enamorado de alguien más, Andre se casó con Luisa para darle a su hijo la familia que él no tuvo cuando creció, como la representación del padre que tanto le hizo falta a él, pero cuando una pareja no siente afecto es muy difícil alcanzar la felicidad y engañarse a sí misma o a la inocencia de un niño. Después de cuatro años de matrimonio, Andre solicitó el divorcio.

Debido a que una gran parte de su matrimonio no estuve presente pues estaba residenciada en Madrid, me consta, sin embargo, que Andre siempre ha sido el mejor padre para Miguel a pesar de que sea Luisa quien mantiene la custodia del niño, pero cuando mi primo tuvo que trasladarse a Lara para seguir sus dos pasiones, ser comentarista deportivo de la cadena deportiva ESPN, donde le habían ofrecido un puesto, y Kira Seri, Luisa, que siempre fue la archirrival de Kira en la Eyre (y en la vida) se lo llevó a lo personal. Desde entonces, cuando tiene la oportunidad, manipula al padre con el chico y le priva de verlo, especialmente si sabe que Kira y él estarán en el mismo lugar.

—Pues ojalá te quedes sin neumáticos y no puedas venir.

Tira el teléfono sobre la isla en la que Catalina y yo estamos haciendo el fondant.

—¿Qué tal todo chicas? —Se lleva una mano a la cintura y nos sonríe como si no acabara de comportarse como una grosera. Si Luisa trabaja conmigo como vendedora de la tienda ha sido como un especial favor hacia mi primo, que me pidió que le tendiera una mano ya que él estaba estableciéndose y yo necesitaba la ayuda, pues mi negocio estaba comenzando, y su ex mujer estaba sin trabajo.

Catalina mira el reloj de pared y luego a mí; se suponía que mientras ella y yo atendíamos las compras, Luisa, como “personal de confianza”, debía ayudar con la organización del trabajo.

—Eh, Luisa, son las once de la mañana —hoy todos comenzamos a las siete por el evento de la mascarada; acá en la dulcería, cuando hay eventos especiales, los empleados cooperamos en todas las fases de la elaboración de nuestros productos, orgullosos de que el trabajo en equipo sea nuestra insignia.

—Lo sé, lo sé, pero tuve problemas con Migue, mi mamá tenía cita en el salón de belleza y no podía hacerse cargo de él sino hasta ahora. No pensé que traerlo sería buena idea —aparta una silla de las que están junto a la isla, se sienta y sosteniéndose la cara con el puño, dice—: Estoy tan agotada, chicas...

Catalina me da una mirada incrédula.

—¡Odio a Kira Seri! —Exclama.

—Realmente no nos importa a quién odies, solo trata de ser puntual —le dice Cat. Luisa la mira como si ella no se presentara tarde nunca y luego me mira a mí.

—¿Sabías que tu primo pretende llevarse a Migue durante el verano?

Sí, lo sé porque mi primo suele contarme todo, siempre ha sido así, desde que estudiábamos en la secundaria, pero delante de ella prefiero reservarme la opinión; solo soy capaz de encogerme de hombros.

—Mejor no seas testadura y permítele a ese chiquillo estar con su padre —Catalina le dice lo que he debido decirle yo.

—¡Y que se relacione con esa mujer...! —Esa mujer es Kira. Luisa se baja de la silla para recogerse el abundante cabello que tiene en un moño alto y ponerse el delantal—. Están locas.

Catalina y yo nos miramos brevemente, las dos pensando en lo mismo, estoy segura: ¿Cómo se puede ser tan egoísta y obstinada en la vida?

Por la noche, agotada por todo el estrés del día, me acomodo en mi cama, y retomo el anillo, que he dejado en la mesita de noche cuando me he quitado los shorts para darme una ducha, en mi pecho siento todavía la grieta que aquel rompimiento ocasionó en mí. Sigue siendo un anillo precioso, pero ya no simboliza nada. Abro el cajón de la mesita y lo regreso allí, donde siempre lo he reservado con nostalgia.

Gas pimienta

Si hay algo que extrañe de ciudad verano los tres años que estuve lejos, especializándome en repostería, fue esta hermosa bahía que tengo delante; respirar el aire fresco y ver el amanecer, como sucederá en algunos minutos, bajo el suave murmullo de las olas, es un sentimiento incomparable, que, a pesar de que hoy será un día atareado y tal vez he debido iniciar la faena temprano, no me he querido perder.

Trotando suelo recorrer la bahía desde un extremo al otro, generalmente no hay personas ejercitándose tan temprano, apenas se observa uno que otro pescador desembarcando la mercancía obtenida durante la pesca; pero yo soy tan peculiar en mi rutina que ya todos me conocen y con el tiempo he dejado de ser una curiosidad, cada quien está en lo suyo, mientras ellos atienden sus asuntos económicos, yo voy por la calzada, escuchando un poco de música para disfrutar del ejercicio. Hay buenas canciones este verano pero siempre he preferido los clásicos de mi *playlist*, en específico a mi favorita, quien parece escribir el soundtrack de mi vida romántica y la suya, Taylor Swift.

*Remembering him comes in flashbacks and echoes
Tell myself it's time now, gotta let go
But moving on from him is imposible
When I still see it all in my head
Burning red*

Canto alto y fuerte:

Burning it was red

Concentrada en la lírica de mi canción y acostumbrada a que, además de los pescadores locales, no hay personas cruzando la bahía a estas horas, no veo venir la figura de un encapuchado que a alta velocidad, pero en dirección contraria a la mía, se ha presentado de la nada.

Con la sangre helada, me preparo para emplear una técnica que en tantos años que he venido a trotar sola antes del amanecer no he necesitado: tomo el atomizador que tengo reservado en un pequeño compartimiento del porta agua que siempre traigo conmigo para mantenerme hidratada, y cuando le tengo delante, sus manos sujetando mis hombros para intentar inmovilizarme, no dudo en usarlo, luego de que, como corresponde en una situación como ésta, le propino un perfecto rodillazo en la parte más sensible de su cuerpo.

—¡Por un demonios, Santa, Lucía...! —Exclama el hombre, visiblemente malherido, doblado hasta la mitad, cubriéndose sus partes y apretando los párpados, como reflejo del ardor en sus ojos.

—Luciano, ¿eres tú? —A mí los audífonos se me han caído a los lados por la sacudida y a él la capucha ya no le cubre la cabeza, su rostro está totalmente expuesto.

—¿Quién pensabas que era, Hannibal Lecter? —Protesta muy dolorido, todavía doblado, protegiendo sus partes como si aún estuviese en peligro, con el rostro como una fiebre escarlata —. ¡Mierda!

—Pues, más o menos, sí. Pareces un acosador con esa cosa cubriéndote—me definiendo.

—¿Un acosador...? —Trata de abrir los ojos pero el ardor se lo impide—. ¿Te has vuelto loca? ¡Ouch...!

—Pero cómo se te ocurre acercarte así... —aunque puedo intuir que con todo lo enfadado que está lo que menos desea en este momento es que le toque, me acerco con cautela para ayudarlo a acomodarse sobre un pequeño bote abandonado, que está cerca, con la intención de atenderlo.

—Me lleva el diablo... —gruñe cuando pongo una mano en su brazo, así que, como si hubiera obtenido corriente de un cable descubierto dejo de tocarle.

—¿Puedes caminar? —Dudo en tocarlo nuevamente.

—¿Caminar es lo que te preocupa? ¡Me has dejado estéril!

—Bueno, después verificamos eso —sin abrir los ojos gira la cabeza hacia mí como si estuviera mirándome.

—Ah, ¿sí?

Me río, no hay palabra mal empleada sino mal interpretada.

—Eso quisiera ver...

—No gruñas tanto... Ven.

Resuelta, le tomo del brazo nuevamente para guiarlo hacia el bote con la intención de que tome asiento y pueda ver qué tan afectado está por el gas pimienta.

—Por acá tengo agua —le ofrezco cuando ya está sentado en el borde del bote—, te ayudará refrescar el ardor —tomo su rostro entre mis manos y hago que esa atractiva cara suya, que en este momento está rojiza e inflamada por debajo de la barba, se incline hacia atrás para dejar caer el líquido de mi botella sobre sus ojos dulces—. ¿Te sientes mejor?

—La verdad es que no, Santa Lucía.

Mirarlo así de desesperado hace que me sienta bastante mal de haber ocasionado esto, pero no podía suponer que era él quien venía hacia mí hace un momento.

—¿Puedes abrirlos?

—Preferiría no hacerlo...

—¿Puedes respirar sin dificultad?

—Todavía, pero siento ardor en la garganta.

—Me imagino... —le veo fruncir el rostro cuando coloco otro poco más de agua sobre los párpados, todavía parece imposibilitado para mantener los ojos abiertos—. Bene —le acerco el borde de la botella a los labios.

—Gracias —dice luego de probar el líquido.

—Necesito que abras los ojos.

A regañadientes obedece, sin embargo los abre con dificultad. Trato de parecer impasible, pero los tiene de un rojo intenso.

—¡Demonios, Santa Lucía, me has dejado ciego!

—¿Por qué dices eso? —Me siento nerviosa.

—¿Por qué será...? —Replica obstinado—. No puedo ver.

Dios bendito, he dejado ciego a la estrella del Real Madrid, al mejor jugador del mundo. Mi corazón retumba dentro de mí, pero evito demostrarle mi preocupación. Necesito que esté calmado.

—Ahora sé que he regresado a ciudad Verano para morir. ¿Qué diablos me has echado?

—Gas pimienta.

—¿Gas pimienta?

—Sí, el efecto demorará en quitarse algunos quince minutos. Se supone que tiene que darle tiempo a la víctima de huir de su acosador.

—Ah, sí, de tu acosador... ¿Y no sería mejor que no te expongas saliendo tan temprano a correr en lugar de andar por ahí dejando ciegos y estériles a los hombres que solo se acercan para saludarte?

Sus palabras me ponen mariposas en el estómago. Hace un momento he tenido el corazón descontrolado, mi lado razonable le ha asignado la irregularidad al ejercicio y a la sorpresa, pero mi lado subjetivo sabe que ha sido porque he tropezado con él.

—¿Y no crees tú que sería mejor que no anduvieras por ahí aterrorizando a las mujeres de ciudad Verano?

—Mejor dime si está saliendo el sol —pregunta obstinado.

—No tarda —el cielo ha comenzado a aclarar.

—¿Recuerdas que te dije que nadie debe reconocerte aquí?

—Algo.

—Entonces en marcha —apoyándose en mis brazos intenta incorporarse.

—¿Puedes caminar? ¿Te sientes mejor?

—No particularmente, pero esto no tarda en ponerse concurrido —engancha su brazo al mío —. Que hayas empleado gas pimienta conmigo nos hace uno, Santa Lucía, regrésame al apartamento de tu tía, por favor. Luego me comunicaré con Teo para que me compre antialérgicos y algún calmante.

No le contradigo, aunque toda la situación me parece simpática, simplemente me pongo en marcha.

—¿No deberíamos ir en dirección contraria? —Pregunta luego de dar algunos pasos antes de desengancharse de mi brazo, siento una leve decepción cuando lo hace; pero luego observo que alcanza algo en el bolsillo de sus pantalones de chándal: sus lentes para el sol.

—¿Cómo puedes saber en qué dirección vamos —observo que me toma del brazo nuevamente — si no puedes ver?

—Solo me pusiste gas pimienta, no he perdido el sentido de la orientación.

—Pues te informo que vamos en la dirección correcta —el apartamento de tía Gisselle está más lejos que mi cabaña, donde tengo analgésicos, antialérgicos, una caja de primeros auxilios y lo que sea que necesite para que su cara y cuerpo regresen a la normalidad, aunque se ponga furioso cuando pueda mirar que no está donde se supone que ha debido ir; pero pretendo ser muy rápida, atenderlo y en el Jeep trasladarlo a su lugar de alojamiento.

—Buenos días, Lulú... —me dice uno de los pescadores, que está anclando su bote a la orilla de la bahía.

—Buenos días, Romario —siento nuevamente que se desengancha de mi brazo, esta vez para acomodarse la capucha del suéter y ocultar su rostro.

—Pensé que Lulú era para la gente de confianza... —acepto el reproche, pero me reservo la explicación: desde que le coloqué mi apodo a la dulcería, la mayoría de los lugareños me llaman así—. A mí siempre me costó llamarte de ese modo...

Lo sé.

—Aunque traté de acostumbrarme. Santa Lucía me salía natural.

Le miro de soslayo y sonrío. Es cierto.

—Pero tú odias ese Santa Lucía.

Ya no.

—¿Y tú parece que te sientes mejor?

—No, pero tu popularidad ha conseguido distraerme.

Le revuelvo los ojos aprovechando que no puede verme.

—No soy nada popular, simplemente vengo todas las mañanas a correr, y por eso casi tenemos un grupo de Whatsapp, los pescadores y yo.

—¿Y qué tantas veces has usado ese gas pimienta y tu técnica infalible de defensa? — Carraspea—. Dame un poco más de esa agua que tienes por ahí.

Coloco la botella en sus manos, él bebe un poco y luego se aparta los lentes para agregarla por toda la cara.

—¿Arde mucho?

—No querrás saberlo.

Con habilidad le coloca la tapa a la botella pero no me la devuelve, como todo un caballero prefiere llevar el peso él. Vuelve a engancharse a mi brazo.

—¿Y bien?

—¿Qué cosa?

—La pregunta que te he hecho, ¿cuántas veces has recibido ataques de tus acosadores?

—Para comenzar, no tengo acosadores. Es curioso pero, aunque no te lo parezca, la única vez que he usado ese atomizador y el golpe bajo ha sido contigo.

—Querrás decir en mi contra.

—No tengo instintos homicidas, descuida.

—Hmmm... Pues casi me mataste la última vez que estuvimos juntos.

Mi corazón da un golpe irregular y siento que se me forma un nudo en el estómago tras escuchar esta pequeña confesión. Supongo que siempre será mi responsabilidad la decisión de haberlo dejado años atrás.

—Entonces vamos a hablar de eso... —siento que me he puesto en guardia.

—No lo creo —responde resuelto—. El pasado es mejor no removerlo y, en todo caso, preferiría conocer tu presente. He escuchado y, bueno, también he visto, a través de tu cuenta en Instagram, que tu dulcería, *Sweetland Lu-lú*, un nombre muy curioso —hace el gesto de mirarme de soslayo aunque mantenga los ojos cerrados, puedo notarlo a través del espacio descubierto entre los lentes y sus mejillas, sin embargo, aun cuando no puede mirarme, no puedo evitar sonrojarme, el nombre es alusivo, y él lo sabe, a la primera vez que intentó usar mi apodo—, es la más popular de ciudad Verano, la Heladería Seri ha pasado a un segundo lugar desde que abrió tu tienda.

—Ustedes venden helados, yo, postres. Nunca ha sido mi intención hacerles competencia —me defiendo.

—De eso estoy seguro... —hace una breve pausa—, aunque seguimos manteniendo la patente de tu *brownie* especial.

—Descuida, me he cuidado de cambiar la receta para el que vendo en mi tienda.

—Lo sé, mi madre está furiosa porque dice que el que vendes en tu dulcería es mucho mejor y que lo has hecho para fastidiarla —se divierte con esto.

Nunca he tenido una buena relación con su madre, aunque la antipatía de la señora Seri no me la llevo a lo personal, para ella ninguna de las parejas de sus hijos e hija son lo suficientemente buenas. O por lo menos no está conforme con nadie que venga de la familia Ortiz.

—Tu madre no puede ganarlo todo siempre.

Calla durante unos segundos, como si estuviera tratando de comprender lo que he querido decirle, aunque no he intentado enviar un mensaje encriptado. No fue ella quien nos separó sino mi inseguridad.

—Cediste la receta por diez años, no queda nada para que vuelva a ser tuya.

—No la necesito, no te preocupes.

—En una oportunidad ayudaste a la familia, cediendo los derechos de ese postre, pero siempre me pareció injusto.

Se refiere a cuando todavía estábamos en la secundaria Eyre y su familia estaba atravesando problemas financieros, su padre se había entregado al vicio del juego y había comprometido sus propiedades y sus finanzas, por esos días yo había sido contratada por la secundaria para ofrecer mis postres en las fiestas pre-graduación, ellos probaron el *brownie* y les pareció que debían tenerlo en su heladería para mejorar uno de sus atractivos, el *brownie gelato*. Al principio lo dudé, pero por Luciano resolví cederles mi receta.

—Eso no importa —me encojo de hombros.

—Cuando termine ese contrato haré todo por devolvértela.

—Te digo que no hace falta.

—Como sea..., todavía faltan dos años para que nos pongamos de acuerdo, ya hablaremos en ese entonces, pero, en este momento, al menos admite que eres exitosa, Santa Lucía, y que valió la pena aquel importante cambio que diste en tu vida.

—Creí que no revolveríamos el pasado...

—No lo vamos a revolver, pero no deja de ser cierto.

—Hola, señorita Lucía...

Otro de los pescadores me saluda.

—Qué tal, Johnny —le respondo.

—Tengo almejas frescas.

—Lucen exquisitas —le digo en la distancia, él en su quiosco, yo en la calzada mientras continúo andando con Luciano a mi lado—. Hoy estoy un poco complicada, Johnny, pero mañana o el lunes me llevo mi parte, ¿te parece?

—Como prefiera, señorita.

El hombre nos mira con detenimiento.

—Lleva buena compañía —nervioso, Luciano baja el rostro como cuando venía hacia mí, hace unos minutos, para que la capucha cumpla su función de encubrirlo.

—Es mi primo —respondo nerviosa, tratando de encubrirlo también. Al hombre no parece importarle mi respuesta, sonrío y continúa su labor.

—¿Tu primo? —Replica Luciano en voz baja.

—No esperabas que le dijera que llevo colgado del brazo al mejor jugador del mundo, ¿o sí?

Él se encoge de hombros.

—¿Crees que me haya reconocido?

Si no te reconocí yo...

—No lo creo.

—Es raro, entonces, que te hubiera dicho eso de que vas bien acompañada.

Es porque desde hace un largo tiempo no salgo con alguien. Los lugareños ya se han acostumbrado a verme sola.

—Sí, muy raro —le respondo.

—¿Qué tan lejos estamos?

—Nada lejos —le miento.

—¿Y esos hombres, son amigos tuyos?

—Suelo comprarles pescado y moluscos frescos. Me cuidan mucho, soy la única que trota en la bahía a tempranas horas.

—Pues no creo que se coma el cuento de que soy tu primo. En nada me parezco a Andre.

—Ya deja la paranoia que esos pescadores no conocen a Andre ni tienen tiempo de ver

partidos de fútbol o ver noticias de farándula.

—Igual necesito evitar que se conozca mi paradero, Santa Lucía. Si he venido aquí ha sido por la tranquilidad y el anonimato que ofrece ciudad Verano.

—Entonces sí has venido a esconderte.

—Pensé que Andre te lo había explicado.

—Eres muy presumido al pensar que Andre y yo hablamos de ti.

—Lo soy porque lo sé.

Le miro de soslayo, en realidad es demasiado presumido.

—Entonces, dime, ¿me guardas el secreto, Lu-lú?

La forma en la que dice mi apodo, haciendo referencia a aquella primera vez que me llamó así, la noche en la que se presentó en su heladería con mi primo, donde yo trabajaba por aquel entonces, cuando todos íbamos a la secundaria Eyre, para llevarme a la fiesta de Paty, una de las animadoras y su amiga personal, me pone mariposas en el estómago. En aquel momento, como ahora, se escuchó forzado, sin embargo, estoy segura, que haciendo alusión a lo que hace nada conversamos, en esta oportunidad lo ha dicho así con toda la intención de burlarse un poco de mí. Una prueba más de que los viejos hábitos nunca mueren.

—Seguro.

Una señal para Luciano

—Con que este es el método que has tenido planeado para meterme en tu casa, Santa Lucía — dice con el terrier entre los brazos, ya sin aparente dolor entre sus piernas, aunque su rostro todavía está enrojecido e inflamado por el efecto del gas pimienta. Desde que ingresamos a la cabaña por el patio, Ruppert no ha dejado de saltar y hacer piruetas, como si fuese él quien se hubiera reencontrado con su mejor amigo y el amor de su vida y no otra; es tan regalado que no sé qué voy a hacer con él.

—Dame a este pequeño —le quito al terrier de los brazos para dejarlo en el suelo de la cocina, donde estamos ahora—, tanto pelo canino podría complicar tu situación alérgica.

A pesar de que la cabaña tiene buena iluminación y la claridad debe estar lastimándole la vista, comprometida por el gas pimienta, Luciano se ha arriesgado a quitarse los lentes de sol.

—No lo creo, pero confío en tu buen sentido.

—Gracias —tomo de la encimera el vaso servido con leche y un antiinflamatorio que he sacado de mi cajita de medicamentos; según la información de internet, la leche es el principal antídoto contra la reacción alérgica desarrollada por el gas pimienta—. ¿Qué tal la vista?

Luciano acepta el vaso y toma un trago de buena proporción para pasar la píldora antes de responder.

—No me has dejado ciego, Santa Lucía, si eso es lo que te preocupa.

Hago un mohín con la mirada. Es siempre tan autosuficiente que resulta insoportable.

—¿Y tu otra parte? —Evito mirar la mitad de su cuerpo, pero no puedo suprimir la sonrisa. Él tampoco.

—Ya recuperada, gracias por preocuparte. Aunque creo que querías verificarlo tú misma...

—Nunca he dicho tal cosa... —suprimo otra sonrisa al pensar que estoy coqueteando con Luciano Seri y él conmigo.

—Estoy seguro de que las palabras exactas fueron: “después verificamos eso”.

Me río un poco más y él también.

—Puedes sentarte —le ofrezco.

—Siempre has sido buena cambiando de tema —replica sacando una silla de la mesa, mirando disimuladamente lo que tengo en mi cocina, se sienta quieto, como un niño obediente, a tomar su leche.

—Voy por... —le miro tal vez por más tiempo del que debería, pero me siento, como antes, seducida por su presencia, el magnetismo de su personalidad y su indiscutible atractivo. Aún me parece irreal que Luciano Seri, esté delante de mí, sentado en mi mesa, en mi cabaña—, una crema antialérgica.

—Gracias.

Me aparto sintiendo una variedad de emociones dentro de mí, como la desazón que me produce la conciencia de que éste no es más que un encuentro fortuito, está claro que, como hace cinco años, no cruzó el atlántico para venir a verme y pedirme que me quedara con él; además está eso de que está comprometido con otra mujer y ese otro detalle de que si está aquí es porque ha necesitado refugiarse en ciudad Verano, no en mí. Me siento torpe y nerviosa, incapaz de decir algo inteligente que me coloque otra vez en esa pequeña posición ventajosa que en alguna

oportunidad tuve, aquella en la que me escudaba en la ironía, la base fundamental de nuestra dinámica^[4], para mantenerlo a raya; pero supongo que en eso hemos cambiado, es él quien ahora tiene la ventaja sobre mí.

Rebusco entre los cajones de la cómoda que tengo en el cuarto, donde usualmente guardo este tipo de ungüentos, pero es insólito que justo hoy se haya desaparecido. Me tomo un segundo para pensar en dónde puede estar, miro en distintas direcciones de la habitación pero incapaz de recordarlo termino comiendo una uña y mirando en el espejo que tengo enfrente el desastre de mi pelo, me inclino para detallarme el rostro ruborizado, deseando que sea el reflejo del ejercicio y no de los nervios marcados en el estómago. Sonríó ligeramente porque esto es muy extraño todavía. Me suelto el moño y me peino con los dedos antes de sujetarme el pelo otra vez, justo el momento en el que las mariposas dentro de mí revolotean desesperadas al detectar la figura que me está mirando, invadiéndome con la profundidad de esos ojos dulces como la miel y el calor que está irradiando desde su cuerpo hacia el mío.

—Parezco un monstruo —ronronea desplegando esa sonrisa cínica, que a la vez es espléndida, que siempre me ha vuelto loca y que me deja sin poder coordinar pensamientos con palabras. Pero es tal su destreza para descontrolarme que de un segundo a otro me doy cuenta de que con su habitual habilidad me ha dado vuelta para dejarme frente a él, pasando una mano detrás de mi nuca, que me vulnera a escasos centímetros de sus labios, y que sin solicitar permiso une a los míos.

La sorpresa del beso domina mis pensamientos junto con una serie de dudas como, si ha interpretado que ésta ha sido una invitación para algo distinto a la simple cortesía de ayudarlo, o si me ha besado porque lo ha deseado. Pero la suavidad de los labios que me están besando con ardor, que hoy se sienten más inflamados de lo que los recuerdo —*el efecto gas pimienta*—, que los míos han añorado y deseado en silencio por años, me traen a la realidad y hacen que conecte mis pensamientos y todo mi cuerpo a este momento.

Por unos segundos soy libre, no necesito buscarle explicación a lo que está pasando, mis manos simplemente se acomodan detrás de su cuello y juegan con su pelo, que está un poco largo, mientras las suyas me recorren la piel descubierta entre los pantalones de chándal y el top; con su barba, que cuando estaba conmigo nunca la había llevado tan abundante, me pone cosquillas en la piel cuando con sus labios me recorre el rostro y el cuello hasta descender por el escote de mi top.

—Luciano... —susurro desesperada.

Él se devuelve a mis labios y me besa con más precisión, pegando todo su cuerpo al mío, dejándome saber todo el deseo que está sintiendo por mí.

—¿Lulú...? —Creo escuchar mi apodo en una esquina de mi cerebro, pero se lo atribuyo a los nervios. Despejo la mente y me entrego al beso—. ¿Lulú...?

Mi apodo otra vez...

—Hola, Ruppercito, ¿dónde está tu cuidadora? —Escucho claramente la voz de Catalina. Contra mi voluntad detengo este beso maravilloso.

—¿Qué...? —Pregunta él, desconcertado y con voz ronca, pero buscando mis labios nuevamente. Los recibo porque soy como una adicta que se ha reencontrado con su droga más dura, me descontrolan.

—¿Lu...? —Detengo el beso y en silencio maldigo el momento en el que le di una copia de las llaves de la dulcería a Catalina y dejé de poner seguro al acceso a la cabaña.

—¿Qué sucede? —Él parece haber estado tan concentrado en su rol que no ha escuchado la voz de mi amiga.

—¿No escuchas?

—¿Lulú?

—¿Quién es?

—Catalina.

—¿Catalina?

—¿No la recuerdas? Iba con nosotros a la Eyre...

—Eso no importa ahora, ¿qué hace aquí?

—Es mi administradora y tiene una llave de la tienda que...

—¡¿Catalina está aquí?! —Me interrumpe en visible pánico, al parecer la ha recordado.

—Parece que sí —desesperado busca en la habitación un lugar en el que ocultarse.

—¿Ese armario es lo suficientemente grande como para darme albergue?

Le tomo la mano y lo llevo hasta el baño adjunto a mi habitación, muevo las puertas de la ducha y dejo que corra el agua de la grifería.

—No me parece apropiado que nos duchemos estando Catalina ahí afuera —me dice tratando de disimular su enfado—. Hmmm..., así que entornando los ojos.

También se los pongo en blanco.

—*Nadie va a ducharse*, si he abierto la grifería es para completar mi coartada. Espera aquí.

Pero antes de que pueda tomar la toalla y abrir la puerta del baño, me retiene por el brazo y me besa con fuerza.

—Pícaro —él sonríe, y yo salgo a la habitación tambaleando, completamente torpe.

—¿Lulú? —La escucho nuevamente.

—¿Cat?

—Ah, pero sí estás aquí... —veo que asoma su rostro desde la puerta de mi habitación—. No te creo que fuiste a trotar hoy que estaremos agotadas antes de que termine el día. Eres incansable.

Hago mi sonrisa sarcástica contenta de que Cat no pueda detectarla.

—Sí, esto..., iba a tomar una ducha.

—Pues yo no podía dormir, estoy muy nerviosa por el evento de esta noche, por eso preferí venir para adelantar trabajo.

—Sí, claro, correcto. Será lo mejor, pero... —tengo que inventarme algo pues con Catalina aquí será muy complicado completar mi plan de sacar a Luciano en el Jeep—. Cat, ayer nos faltó hacer algo.

—¿Nos faltó algo...?

—Sí, ir con el decorador, verificar nuevamente que sus colores y motivos combinen perfectamente con los nuestros, así como cualquier otro detalle que hubiera surgido de último momento.

Mi falta de ingenio es tan lastimera, que no me extrañaría que me exponga en lugar de preservarme.

—Pero dijo que estaba todo en orden y que nos llamaría cuando lo tuviera todo listo.

—Pues no deberíamos confiarnos, ten —rebusco en mi cartera las llaves de la Van de la dulcería—, ve en el coche y... —también busco la lista en la que tenemos todos los detalles de la noche— asegúrate con él de que no nos falte nada—. Por favor, ve ahora mientras yo termino de alistarme.

—Pero...

—Ve, ve, no lo pienses.

Ruppert se acerca a Catalina y empieza a dar saltos para que ella lo lleve en brazos. Antes de él no había conocido a un perro tan inclinado a ser llevado en brazos.

—¿Quieres ir conmigo, pequeñín? —Catalina le habla como si Ruppert fuese un bebé de dos años—. Ven con la tía Cat —obediente, el terrier salta a sus brazos.

Cuando la veo partir en la Van, ya segura de que no hay más intrusos en la casa y salvada de que no hubiera sospechado de mí, de puntillas, regreso al cuarto de baño, donde encuentro a Luciano reclinado en el mueble del lavamanos, haciendo algo con su teléfono móvil. También noto que ya no cae agua de la ducha.

—Gracias por cerrarla —se guarda el teléfono en el bolsillo de sus pantalones de chándal y se incorpora.

—No me gusta malgastar el agua.

—A mí tampoco, pero necesitaba hacerlo para que Catalina...

—Lo sé. ¿Dónde está ahora?

—Conseguí que saliera. Lo siento, ella tiene una llave de la tienda y yo generalmente no le pongo seguro a la puerta que divide la dulcería de la cabaña.

—No tienes que explicarte —me pone otro beso en los labios.

—La envié a ver al decorador de la mascarada —posa su mano nuevamente detrás de mi nuca para besarme una vez más—. Es una locura —digo con el corazón desbocado dentro de mí—. Estaba muy nerviosa.

—No es para menos —opina, sus labios contra los míos—. Tienes a un hombre escondido en tu casa.

—Y no a cualquier hombre, sino a...

—Por favor no lo digas^[5] —repite revolviendo los ojos. Me río.

—No iba a decirlo.

—¡Uff...! —me besa rápidamente—. Hace un rato le escribí a Teo. Vendrá por mí.

—¡Oh...! —Siento una leve decepción, esperaba poder llevarlo al apartamento, aunque, siendo sincera, no quiero que se marche.

—No quiero darte más problemas, creo que ha sido suficiente el terror que te hice pasar esta mañana.

—Siempre tan considerado...

—Aún queda algo de nuestra dinámica —señala con picardía, yo no puedo evitar sonreír un poco.

—Será mejor que pasemos a la sala —dejo la comodidad de sus brazos para guiarle.

—Claro.

—No tuve chance de invitarte a desayunar —me vuelvo un poco para mirarlo. Mi corazón sufre con cada mirada.

—Soy yo el que debería invitarte a desayunar a un bonito lugar, Santa Lucía.

Me aprovecho de que voy delante de él para revolverle los ojos y reír silenciosamente. *¿Hasta cuándo empleará ese apodo conmigo?* Me detengo cuando su teléfono móvil suena.

—Dime... —al acomodarse a mi lado, le miro de soslayo, él lo hace directamente—. Ya salgo —baja la mirada pero un segundo después se arriesga a darme otro beso—. Teo ya está afuera —dice respirando sobre mí. Yo no tengo fuerzas para responder, solo asiento con la cabeza.

Atravesamos la cabaña, él me sigue en silencio, yo consulto la hora en mi teléfono celular.

No creo que corramos riesgos.

Luego de pasar la sala, que está frente a mi habitación, y la cocina, tomo un desvío hacia la dulcería.

—Sé que te están esperando pero no quiero dejar pasar el momento —con el brazo señalo lo que sigue a la entrada frente a la que estamos.

—Aquí es donde sucede la magia... —comenta admirando la cocina de Sweetland.

—Una parte —del frigorífico tomo uno de los *brownies* que se han elaborado para la mascarada y se lo doy a probar.

—¡Wow...! Sí que está mejorada la receta —le doy un guiño y continúo con el breve tour.

—Te lo dije, puedes quedarte con la que usa la heladería —él levanta un dedo, como quien va a replicar, pero le interrumpo—: Y esta es la tienda...

Me sigue.

—Estoy impresionado, señorita Lu-lú.

Me pone mariposas en el estómago escuchar mi apodo en su voz.

—Conseguiste tu sueño —coloca un beso en mi frente.

—Una parte, sí.

—Ah, ¿pero es que hay más?

Uno más, pero ese sueño es inalcanzable.

—Bueno, ya sabes lo que dicen, nunca hay que conformarse.

—No... —él baja la mirada y se distrae con el último bocado del *brownie*. Siento que el ambiente se ha modificado y vuelto triste.

—Bueno, ven por este lado —trato de volver a la magia que teníamos antes.

—Es impresionante lo que has creado para mañana —comenta cuando nos devolvemos por la cocina de la dulcería hacia el lado de la cabaña, donde alcanzamos un pasadizo que nos conduce al garaje, el camino más recomendable para evitar a los lugareños que generalmente se reúnen en el bonito parque que hay delante de la tienda.

—¡Wow...! —Se detiene cuando mira el Jeep Wrangler café que una vez le perteneció, el que me legó cuando todavía estábamos en la secundaria y tuvo que marcharse a España para iniciar el campamento con el Real Madrid. En tanto tiempo nunca quise venderlo ni siquiera cuando le seguí al viejo continente para estudiar Gastronomía en *Le Cordon Bleu*, se lo dejé a Andre con la condición de que lo cuidara para mí, como si siempre hubiera sabido que iba a volver para conducirlo. Cuando efectivamente regresé, después de tres años, el Jeep seguía intacto, apenas un pequeño mantenimiento para ponerlo a funcionar nuevamente. Aunque es un clásico, para mí no hay un coche como ése.

—Sí, todavía conservo el Jeep.

—¡Wow...!

Se acerca y toca la carrocería como si el coche fuera algo mágico, producto de un hechizo, una ilusión que está a punto de desaparecer. Su teléfono lo trae de vuelta a la realidad.

—Voy saliendo —le contesta a su hermano, luego me mira, ya estamos acercándonos a la entrada del garaje, marco la combinación en el tablero junto a la pared para abrir la compuerta—. Me gustó verte, Lucía.

Sus palabras me hacen sentir descolocada, como si este encuentro fuese el último, la conclusión que le faltaba a nuestra historia.

—A mí también —le respondo herida, pero tratando de ocultar mis sentimientos, que se vulneran un poco más cuando el último beso entre nosotros lo recibo en la mejilla.

Mascarada

La entrada al hotel parece la gala del estreno de una película de Hollywood, el *vallet parking* se ha encargado de mi Jeep y una alfombra roja se despliega para que el grupo de fotógrafos cumpla con el trabajo de dejarme ciega al cruzarla.

—¿Podemos saber quién está detrás de la máscara? —Me pregunta una chica pequeña, que fácilmente puedo identificar como Tessa Díaz^[6] pues los reporteros no llevan máscaras; Tessa Díaz es la bloguera e instagramer de ciudad Verano, la única que suele acosarme con preguntas incómodas sobre mi pasado romántico.

—Prefiero mantener mi identidad en secreto, gracias —evito mirar el teléfono con el que está apuntándome, seguramente está haciendo una transmisión en vivo, pero después de vivir tres años bajo el lente de la prensa y los paparazzis españoles, prefiero mantenerme en el anonimato y evitar toda clase de entrevistas, todavía más con esta chica, que es demasiado inoportuna, las pocas veces que asisto a eventos como éste suele acosarme con las mismas preguntas.

—Ah, pero eres tú... —dice al reconocer mi voz. Tarde me doy cuenta de que he debido ignorarla por completo—. Amigos —le habla a la cámara de su teléfono—, estamos con Lucía Ortiz —levanta un poco más el dispositivo para que podamos entrar las dos en la pantalla—, una de las empresarias más destacadas de ciudad Verano, dueña de Sweetland Lu-lú, la pastelería que endulzará la noche con sus siempre exquisitos postres—. Hola, Lucía, ¿nos cuentas en qué te inspiraste para crear la presentación de los dulces de la mascarada?

Si todas sus preguntas fueran como ésta.

—En lo que siempre nos inspiramos en Sweetland: el calor de nuestra gente y nuestra preciosa ciudad.

Espero con esto poder continuar mi camino por la alfombra roja, pero me hace otra pregunta:

—¿Quién ha diseñado tu vestido? Está precioso.

Reúno esfuerzos para no ponerle los ojos en blanco.

—Verano Boutique me ha vestido una vez más —generalmente no suelo poner reparo en esos asuntos de diseñadores, lo que siempre hago es darle publicidad a la tienda que me presta alguno de sus exclusivos diseños—. Tienen una colección de noche preciosa y elegante, sin dejar las tendencias del verano.

—Pues sí que está precioso tu vestido, Lucía, de verdad, te sienta estupendamente el rojo —algo abochornada le sonrío, recordando que debo dar las “gracias” a comentarios como el suyo, pero antes de que pueda pronunciar la primera sílaba de la palabra, ella me ataja con otra inquietud—. ¿Y qué opinión te merece la desaparición de tu exprometido, Luciano Seri?

Ésta es la muestra del tipo de preguntas incómodas que siempre me he negado a responder y por las que suelo evitar a esta chica en eventos como éste.

—¿Dónde crees que está?

—Siempre es un gusto saludarte, Tessa —la esquivo, y sin que me importe qué otro comentario pueda hacerme, me retiro.

—Vamos... —siento la decepción en la palabra—. ¡Por una vez expresa lo que sientes, Lucía!

Cruzo la alfombra roja sin mirar a los lados, no quiero tropezar con otro de estos reporteros entrometidos, como Tessa Díaz, cuyo sueño es reseñar en su famoso blog que Lucía Ortiz sigue

enamorada de Luciano Seri, un privilegio que nunca voy a darle. Sin embargo cuando creo que estoy a salvo, que no recibiré más impertinencias de nadie, en la mitad del camino alguien me retiene del brazo, impidiéndome seguir.

—¿Dónde vas tan rápido, primita?

—¡Andre...! —Me siento tan aliviada de que sea él, que pierdo todos los códigos funcionales para este tipo de eventos y abrazo, muy emocionada, a mi primo, que luce tan apuesto, trajeado de esmoquin—. No pensé que tuvieras que trabajar esta noche.

—Tengo dos semanas libres que pasaré aquí, pero hoy me han designado para cubrir la entrada de cierta personita en esta mascarada, así como hacer algunos programas especiales con ella —miro una de las fotografías como imagen de la mascarada que hay de Kira Seri, la mejor jugadora del mundo, la chica que puso el volley de moda, su figura está impresa en cada recuadro de este hotel, despampanante, exquisita, luciendo un perfecto maquillaje en tonalidades pasteles, que se deja mirar pues está sosteniendo la máscara plateada con una mano, mientras sonrío a la cámara. Sus uñas están pintadas en rosa.

—Entonces no estarás demasiado libre, pero sí haciendo lo que tanto te gusta —le doy un guiño, él me responde con una sonrisa ladeada—. Qué bueno que he llegado a tiempo para ver su desfile por la alfombra roja.

—Muy a tiempo, ha de estar llegando dentro de diez minutos.

—Estaré muy interesada en verla.

—¿Señorita Lucía? —Llama mi atención uno de los coordinadores del evento.

—¿Sí?

—Debe pasar por el *stand* del canal oficial de la mascarada para que dé una breve entrevista.

Siendo la dueña de la tienda que ha colocado los dulces de la noche, tengo un compromiso con la sociedad que cumplir, como otro tipo de entrevistas, que son muy profesionales, que solo pueden dar renombre a mi dulcería, y que sí me gusta atender.

—Claro —le digo al hombre—. Te veré luego, hermanito.

—Nos vemos en la barra, Lulú —ahora quien me da el guiño es él. Le sonrío, contenta de que atrás, en los tiempos de la secundaria, hubieran quedado los días en los que Andre era un aficionado empedernido a la cerveza.

Cumplida con mis obligaciones de la alfombra roja, ya más calmada, paso a la recepción, donde extraigo mi teléfono de la bolsa de *cocktail* para comunicarme con Becca.

—¿Dónde estás? —Demanda.

—En la recepción.

Sin buscarla demasiado me doy cuenta de que en la barra hay una chica pelirroja, como lleva el pelo en estos días, que luce despampanante en un vestido fucsia.

—Se supone que yo soy la diva, Lucía Daniela, pero eres la que se hace de rogar.

—Me extrañas demasiado.

—Ven pronto que quiero presentarte a alguien.

El comentario me hace revolver los ojos.

—No estoy para que hagas de casamentera, Rebecca.

Aunque en su programa televisivo coquetea con él las tres horas que se prolonga el show, desde hace unos meses insiste en presentármelo.

—Es mi especialidad, además, contigo tengo evidencias de que cuando pienso que alguien te queda bien, no me equivoco.

Con el objeto de alejarlo de las malas influencias de una animadora insoportable que le quería, en los tiempos de la secundaria, Becca se planteó como un proyecto de vida que Luciano y

yo nos sintiéramos atraídos.

—Pensé que lo querías para ti.

—Nada de eso.

Le pongo fin a la llamada y me dirijo al lugar que ocupa junto a su copresentador de *Buenos días* en el bar.

—Es una mascarada, no una fiesta de disfraces —le digo después de abrazarla, cuando me he reunido con ella.

—¿A qué te refieres?

—A que pareces la representación de Jessica Rabbit —opina él.

—Ustedes no saben de qué hablan.

—Pero luces despampanante —le obsequio una flor.

—¿Despampanante?, tú estás increíble. Mírate —me aleja a la distancia de sus brazos para chequear mi atuendo—. ¿No está preciosa, Ben? —El joven sonrío luego de chequearme de arriba abajo con escasa delicadeza, al punto de ponerme incómoda—. Bueno, quiero que se conozcan, Ben, ella es Lulú —Becca me rodea la espalda para colocarme delante de su compañero de trabajo—, mi mejor amiga desde la secundaria. Lulú —me mira de soslayo arqueando una ceja de manera sugestiva—, él es Ben. Está guapísimo, ¿no crees? —Me da un empujoncito para acercarme todavía más a su amigo. Sonrío para evitar responder, pero me siento muy avergonzada—. Lulú es la amiga de la que te he hablado tanto.

—Mucho gusto, Lulú —se levanta del asiento para tomar mi mano y colocar ahí un beso que, admitámoslo, no ha sido necesario—, he escuchado mucho de ti —hago una sonrisa incómoda. Odio las galanterías de este tipo—. Cosas buenas.

—Mucho gusto —me siento algo intimidada.

—En efecto es preciosa, Rebecca —apunta como si fuera una calificación en lugar de una observación.

—Nunca miento —le dice, luego me mira—. ¿Sabías que tú y Ben tienen muchas cosas en común?

—Eh... ¿no?

—Pues sí, Ben ha practicado atletismo toda su vida y es un aficionado al chocolate, lo que en mi experiencia significa que son un *perfect match*^[7].

—¿Tan rápido te ha hecho efecto la bebida, Becks? —Levanto la copa que está en su lugar de la barra—. Por favor no le pongas atención —le digo a él.

—Luciano Seri, Luciano Seri —me reprocha agregando su propio mohín con los ojos. Sin embargo, cuando escucho esa referencia me pongo a mirar en todas las direcciones, como si el mencionado se hubiera materializado acá, en la mascarada.

Tengo que sacarme de la mente la ilusión que tengo de verlo aquí. Es imposible. ¡Imposible, Lulú! Todos le reconocerían y él necesita estar de incógnito.

—Ya deja de pensar en Luciano, Lucía Daniela. Sí, es cierto, le quisiste mucho y él también a ti, pero eso quedó atrás. Necesitas renovarte —con los brazos extendidos, como si estuviera demostrando el último automóvil en venta, presenta a su amigo. Realmente el nivel de indiscreción de Becca es inaceptable; pero elijo no defenderme.

—Prométeme que esta noche te divertirás.

—¿Y por qué no habría de divertirme?

—Porque eres muy capaz de pasarte la noche mirándonos a todos bailar. Promete que bailarás con Ben.

—Ben, por favor, no tengas en cuenta nada de lo que dice —el compañero de Becca nos mira

con picardía a las dos.

Mientras Becca insiste en crear una atmósfera romántica para Ben y para mí, Cat se incorpora al grupo en el momento en el que empezamos a tomar nuestra mesa, justo para ver un revuelo sin precedentes que anticipa la entrada de alguien a la recepción.

—Ha de ser Kira —comenta ella, que no ha dejado de hacerle ojos a Ben. Pero la persona que ha entrado no es la imagen de la mascarada sino otra chica, una de cabello muy largo, que ha venido ataviada de negro, detrás de cuyo antifaz puedo distinguir a una de las animadoras egresadas de la Eyre, aquella chica insoportable que quería a Luciano para sí.

—Es Verónica —le digo impasible.

—¿Nica...? —Catalina se pone de puntillas para tratar de verla, desde la secundaria tuvo delirios de animadora, admiraba a Becca, a Verónica y a Paty, pero tuvo que conformarse con ser amiga de la mejor amiga de la capitana del *squad*.

—¡Hola, hola! —Saluda Paty, ignorando la entrada de su compañera de animación de la Eyre, Paty ha venido acompañada de su esposo Marcos, el jefe de la comisaría de ciudad Verano, de una chica impresionante de piernas largas, y de Paolo, otro de los compañeros de la Eyre, que jugaba fútbol con Luciano en la Juventina^[8]. También fue novio de Becca en ese tiempo. No se me pasa por alto que la actitud ligera de mi amiga ha sufrido una alteración, ya suponía que parte de su emoción en venir a la mascarada de este año era reencontrarse con su exnovio, pero éste no se ha presentado solo, la modelo presente en nuestro grupo es su novia.

—Becca, *darling*... —unos minutos después, acompañada de sus asistentes, la diva que siempre ha sido Verónica se acerca, le da un saludo europeo como si fueran queridas amigas, sin embargo casi todos los que estamos en esta mesa sabemos que toda su vida “Nica” ha competido en popularidad con Becca; mientras mi amiga ha triunfado honestamente, participando en *castings* que le ofrecían pequeñas oportunidades con las que llamó la atención de productores de televisión, hasta que hace tres años se dio su gran oportunidad como la presentadora principal de *Buenos días*, el show de variedades más visto del país, Nica, que siempre encontró la forma de conocer los proyectos detrás de los que andaba Becca, intentó quitarle cada una de las oportunidades presentándose en las mismas audiciones, solo consiguiendo enredarse con los directivos que la engatusaban con la falsa expectativa de hacerla estrella, lo cual nunca sucedió; sin embargo, la chica que siempre tuvo gran habilidad para hacerse popular, consiguió, a través de estos medios, colocarse como la principal *influencer* del país.

—Verónica... —sabiendo lo mucho que le disgusta que la llamen así, Becca emplea su nombre completo en el saludo.

—Cuánto tiempo sin verte, *Darling* —aunque también nos conoce, a los demás nos mira de reojo, como si fuéramos parte del amoblado de la recepción.

Becca solo la mira.

—Has estado perdida de la alta sociedad...

—Por el contrario, no he estado perdida sino *ocupada* en mi carrera.

—Ah, ¿sí?, ¿qué estás haciendo últimamente?

Supongo que cansada de ser subestimada por su contrincante, Becca no se molesta en responderle, pero alguien más sí.

—Becca es la presentadora más importante del principal canal de televisión del país —Veo claro que a ella se le ilumina el rostro cuando Paolo sale en su defensa.

—Ah, pero si son todos ustedes —nos habla y mira con desdén. Por supuesto, ninguno de nosotros tiene una carrera en la televisión, a excepción de Andre, que no está presente ahora, sin embargo nadie le suma atención, permanecemos inmutables a sus comentarios—. *Darling* —

regresa a la única persona con la que le interesa competir—, he estado demasiado ocupada, ya sabes, viajando por el mundo, ser una *influencer* no es tan sencillo como muchos piensan, requiere de estar al día con las tendencias de todo —nuevamente pasea la mirada por el grupo, me mira unos segundos más que a los demás, por eso de que fui la chica que Luciano eligió en los tiempos de la Eyre, pero prefiere ignorarme, a Dios gracias, para resaltar a Ben—. ¿Y quién es este bomboncito?

Becca exhala fastidiada antes de responder.

—Él es Ben —su copresentador se levanta del asiento y le estrecha la mano, sin colocar el beso en el dorso como lo hizo conmigo.

—Supongo que debes conocerme —le dice ella mirándolo de arriba abajo una y otra vez.

—Seguro... —responde con picardía, desplegando una sonrisa potencial, que a Becca no se le pasa por alto pues le ha revuelto los ojos.

—¿Una *selfie*? —Le propone Verónica, con su teléfono listo para disparar.

Al chico número uno de las redes sociales, cuya cuenta Instagram es de las más seguidas del país, no le cuesta mucho posar e intercambiar información para las etiquetas y algo más. Pero mientras esto sucede, no se me ha escapado cómo a Becca se le pierde la mirada hacia el lado contrario de la mesa, en el que Paolo está con su chica enganchada del brazo, mirándola fijamente a ella.

—Ben —Becca, que se resiste a hacerse la víctima bajo ninguna circunstancia, hace valer sus derechos de antigüedad sobre su copresentador—, me habías pedido que te mostrara la bahía... —sin esperar que su compañero le confirme, le toma del brazo—. Discúlpanos, Verónica.

—¡Ay! —Al revolverle los ojos, supongo que está quejándose de que Becca hubiera empleado su nombre de pila por segunda vez—. Bueno, pues... —nos mira a todos con el mismo desdén y ya sin saber qué hacer o decir, se despide—: tengo mucha gente a la que saludar. ¡Bye...!

Seguida de sus asistentes, se da la vuelta, agitando una larga cola de cabello sintético. Los demás nos miramos a la cara y nos retorremos de risa.

—¿Selfie? —Propone Paty con el teléfono levantado. Ninguno de los que quedamos en la mesa cuestiona la idea.

—Buenas noches...

Unos minutos después, la voz Gabriella Seri, la presidenta del comité organizador de todas las fiestas de la alta sociedad de ciudad Verano atrae nuestra atención.

—Bienvenidos a la mascarada anual de ciudad Verano... —en general, los presentes en la recepción nos acomodamos en el lugar que nos corresponde para atender el inicio del evento—. Este año una digna representante de nuestra preciosa ciudad ha hecho un alto en sus ocupaciones para acompañarnos en la tradicional mascarada.

—¿Me he perdido de algo? —Me pregunta Andre, que se acomoda a mi lado, en su asiento, después de cubrir la entrada de su chica a la mascarada, en un reporte especial para la importante cadena para la que trabaja.

—Nada especial, apenas comienza.

—Ella es una chica estupenda y un modelo a seguir para nuestros jóvenes —continúa Gabriella—, yo me lleno de orgullo de presentarla ante ustedes, que sé que la han estado esperando, a mi hija, Kira Seri.

Nuestra mesa le demuestra su admiración con vítores y aplausos.

Al presentarse ante los ojos de todos, Kira Seri es el verdadero revuelo de la noche. Atrás también quedaron los días de la chica *tomboy* que solo vestía *leggings* y *sneakers*, esta noche lleva un delicado rosa, su color favorito, que la hace la representación del glamour y la

femineidad.

—Dios, es perfecta —expresa Andre, con una admiración tan bonita que me hace sonreír y tener esperanzas de que algo pueda arreglarse entre ellos, que en el pasado, por un breve espacio de tiempo, formaron una pareja muy bonita.

—¿Pudiste hablar con ella? —Le pregunto, pues Kira suele ser especialista en esquivarlo, así se trate de una entrevista para la importante cadena para la que mi primo trabaja y es corresponsal.

—Entrevistarla, como siempre lo hago cuando tengo que cubrirla en alguno de estos eventos, pero no me concede otro tipo de conversación ni acercamiento.

Le rodeo con los brazos, es increíble que después de todos estos años, él siga tan enamorado de ella, constante en su afecto, aunque no pueda tenerla; menos ahora, que hace dos meses la madre de Kira anunció, con toda la pompa respectiva, el compromiso de su hija con uno de los jugadores de volley más importantes a nivel internacional.

—Necesito recuperarla, Lulú.

Asiento con una sonrisa apagada, yo también espero que lo haga. No puede ser que esa familia hubiera puesto de cabezas las vidas de la nuestra.

—Buenas noches, veraniegos —empieza tímidamente—, es un verdadero honor estar nuevamente entre todos y compartir con mi ciudad una noche como ésta —observo que Kira se toma un respiro antes de continuar—. No suelo presentarme en eventos como éste, a menos que por contrato se me obligue, pero cuando a través de mi representante se me planteó la idea de que pudiera yo escoger hacia dónde serían dirigidos los recaudos de la noche de la mascarada —me doy cuenta de que hace un breve contacto visual con Andre—, no pude resistirme.

Miro a mi primo, que me mira por un instante, antes de continuar embelesado con la figura de Kira.

—¿Has tenido que ver con esto?

No es una idea loca, aunque se mantienen distanciados, sé que hablan por lo menos una vez al día. Se las ingenia para no complacer mi curiosidad colocándose el índice sobre los labios para exigirme silencio y atención al discurso de su chica. Por fuerza necesito hacer un mohín con los ojos.

—Como comprenderán, siendo yo deportista, no iba a preferir que los recursos fueran conducidos hacia otra parte. Por algunas semanas he mantenido conversaciones con varios empresarios de la ciudad hasta que finalmente se le dio un matiz por el que me he sentido inclinada para aceptar que mi nombre esté asociado a la mascarada.

Unos cuántos flashes iluminan el rostro de Kira, que trata de mantenerse intacta aunque los que la conocemos sabemos lo incómoda que se siente.

—En los últimos años, ciudad Verano se ha caracterizado por ser cuna de atletas de reconocimiento internacional, muchos de los deportistas empiezan y continúan su preparación en la secundaria Eyre, pero no todos tienen esa valiosa oportunidad como la tuve yo; es por esto que a través de la mascarada se desarrollará un sistema de becas para jóvenes con cualidades para cualquier deporte, que por motivos económicos no pueden seguir sus sueños —los presentes aplaudimos enérgicamente—. De mi parte —continúa su discurso— me comprometo a ser más activa en este tipo de proyectos y financiar a más jóvenes a través de una fundación deportiva que pienso conformar —el hotel rompe en aplausos, Kira se sonroja, miro a Andre, que con su teléfono ha estado grabándola desde que fue convocada al pódium, orgulloso de la chica de la que está enamorado. Observo que ella vuelve a enfocarse en él.

Más aplausos retumban en la estancia del hotel, desde acá noto lo orgullosa que se siente Kira

de este logro alcanzado, le soplo un beso que ella detecta y me sonrío en respuesta, luego, ya sin más que agregar, nos invita a todos al inicio de la mascarada, presentando a la agrupación que amenizará la velada.

Unos minutos más tarde, me levanto de la mesa para buscar a mi primo en el bar, donde ha ido a refugiarse desde que Luisa Bernard se presentó en nuestra mesa para acompañarnos, como otra de las invitadas de *Sweetland Lu-lú*.

—¿Qué te parece si nos acercamos a saludarla? —Le sugiero.

—Ve tú, querrán conversar. ¿Hace cuánto no la ves?

—Eso no importa, hoy no es un momento para conversar ni contarnos secretos, estamos en una fiesta. No te hagas de rogar y vamos —me impongo enganchándome a su brazo, él me pone los ojos en blanco, pero deja el vodka a medio beber en la barra y baja del asiento para ir conmigo a la mesa de Kira, que justo ahora se ha desocupado y ella está sola, masajeándose un pie.

—Pareces una princesa de cuentos de hadas —levanta la mirada.

—¡Lucía...! —Exclama colocándose nuevamente el tacón para levantarse del asiento y abrazarme, todo eso evitando cruzar la mirada con Andre—. Y tú estás increíble...

—Gracias. Desde hace rato he querido acercarme para saludarte pero te he visto ocupada.

—Yo también, al inicio del evento he querido saludar... —furtivamente mira a mi primo, pero el muy tonto prefiere ignorarla—, saludarte, pero luego se complicó todo.

—No te preocupes, que es todo muy comprensible. ¿Cómo has estado?

—Pues más o menos, este asunto de mi hermano, me tiene muy preocupada —Andre y yo intercambiamos miradas, pero ella no lo nota.

—Tu hermano es muy inteligente y correcto, confío en que sabrá resolver este conflicto.

—Lo sé, pero no es solo eso, Lucía, sino que ha desaparecido, y aunque su abogado nos asegura, que sabe dónde está, que está bien y que se presentará ante la corte española en la fecha indicada, la prensa no ha dejado de tratarlo como si fuera el peor de los criminales, un prófugo de la justicia.

Miro a Andre por un segundo, una pequeña solicitud de permiso para contarle dónde está el mencionado y proporcionarle un poco de tranquilidad, Kira jamás revelaría nada, es demasiado discreta, pero me niega la autorización, moviendo casi imperceptible la cabeza.

—Sé que tu hermano no está huyendo de nada ni de nadie, tal vez quiere estar solo.

—¿Te has comunicado con él? —Leo la esperanza en su expresión, lo que me hace sentir horrible conservar este secreto.

—Sabes que él y yo perdimos toda comunicación.

Kira baja la mirada unos segundos y luego dice:

—¡Esa Valerie Meyer ni siquiera me cae bien! —Me abraza dramáticamente, yo trato de responder a su abrazo, buscando la asistencia de Andre, pero él solo sabe encogerse de hombros.

—¿Tú no piensas saludar? —Intento desviar este arrebato de Kira retando a mi primo—, ¿decirle lo bonita que se ve? —Pero cuando él, aunque sorprendido por este, ahora, arrebato mío, empieza a gesticular una respuesta, ella le interrumpe.

—Ya nos hemos saludado afuera, Lucía, gracias.

Pongo los ojos en blanco, estos dos siguen siendo imposiblemente orgullosos.

—Bueno —suspiro, resignada a que no puedo hacer mucho por ambos—, ¿cuántos días estarás aquí?

—Probablemente dos semanas —responde mirando fugazmente a Andre.

—Qué curioso... —también miro a Andre, quien, por esa sonrisa pícaro que intenta esconder, estoy segura, entiende perfectamente el sentido de mi mirada—. Entonces, ¿qué te parece si

mañana nos pasamos el día en la playa?

—Claro que sí, Lucía —me abraza nuevamente—. Me encantará.

—Pues, tenemos una cita —miro también a mi primo—. *Todos*.

Observo que Andre se encoge de hombros ante mi propuesta y que Kira, al buscar su mirada, quiere saber qué le parece la idea.

—Ahora, ¿saben qué me haría feliz? —Me siento como una gran hipócrita por lo que voy hacer, a mí la idea de los bailes arreglados me desagrada, pero es lo que requiere la situación. Tomo una mano de mi primo y una de ella, luego las junto—: que bailasen.

—*Lulú*... —dice él, en tono amenazante.

—Lucía, yo no... bailo —alega ella mirando tímidamente a mi primo.

—Una suerte, entonces, que la música sea lenta y que Andre sí sepa bailar.

Ella sigue mirándole con timidez.

—Vamos... —le propone ladeando la cabeza hacia la pista de baile—, a mí también me haría feliz que bailases conmigo.

Kira me mira, una especie de agradecimiento por mi intervención.

—¡Yeiii! —Exclamo aplaudiendo, mirándolos dirigirse a la pista, contenta de haber conseguido que se unieran por unos minutos. Hacen tan bonita pareja que me hacen suspirar.

Trato de estar a la par de la diversión de los demás, bailo incluso con Ben para complacer a Becca, pero lo cierto es que no me siento en mi elemento, desde que me presenté en la mascarada, he sentido que algo me falta y sé muy bien qué —*o quién*— es. Los recuerdos de la mañana, mi encuentro con Luciano, me han mantenido nostálgica y distraída.

—¿Me concede este baile, señorita? —Ofrece alguien unas horas más tarde, justo cuando me he tomado un descanso, cuya mano extendida delante de mí me traslada a otros tiempos para evocar el recuerdo de aquel chico de secundaria que había sido arrastrado a invitar a bailar a la patética chica que mientras todos sus compañeros de clases se divertían en la fiesta de Halloween ella vendía dulces para aumentar sus ahorros—. No es un merengue, pero estas mascaradas no se caracterizan por tener la música apropiada para un baile.

El corazón me palpita con insistencia, desbocado y esperanzado de que mis deseos se materialicen cuando al levantar la mirada soy consciente de que la persona que tengo delante, un hombre demasiado apuesto, vestido de esmoquin, oculto detrás de una máscara negra, es el mismo que he soñado toda la noche que se presente para bailar conmigo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —A diferencia de aquel baile de Halloween, en esta oportunidad no dudo en tomar su mano, sin embargo, no puedo creer que se hubiera arriesgado a tanto.

—No podía estar tranquilo sabiendo que estabas en esta fiesta mientras yo estaba en el apartamento de tu tía, pensando en ti.

Una vieja canción de Ed Sheeran, que menciona las memorias que se van construyendo, tiempos congelados y corazones que nunca fueron rotos está siendo interpretada por la banda que ameniza la velada^[9], es muy apropiada para este momento.

—Pero alguien podría reconocerte —miro en todas las direcciones, temerosa de que cualquiera de los invitados a la mascarada pudiera descubrir a Luciano, pero todos parecen muy ocupados en sí mismos.

—Nadie va a reconocerme.

—Ah, ¿no?

Siempre seguro de sí mismo, él niega con la cabeza y sonrío, yo me acomodo en sus brazos, notando que igual que cuando era todavía una adolescente, mi cuerpo encaja como una pieza de rompecabezas con el suyo.

—Debo estar soñando... —expreso el pensamiento en voz alta.

—¿Por qué? —Exhibe el ámago de su sonrisa cínica.

—He querido que te presentes en esta fiesta toda la noche.

—Ah, ¿sí? —Frunce el entrecejo como si no estuviera haciéndole una confesión importante—.

Qué bueno que he venido para cumplir tu deseo.

—Qué bueno que he venido para cumplir tu deseo... —repito sus palabras en tono burlón, a lo que él responde con una risa controlada, que, supongo, por su carácter de incógnito no puede revelar en una carcajada.

—Siempre esa reacción —me toca la nariz, le he puesto los ojos en blanco y sonreído sarcásticamente, pero luego tenemos un momento en el que nos miramos a los ojos por unos segundos interminables, como si estuviéramos en un concurso de pestañeo, quién deja de mirar primero pierde—: Estás bellísima, Santa Lucía.

Por supuesto, ésa soy yo. Pestañeo dos y tres veces antes de que pueda hablar. Esta tarde, cuando me he vestido y maquillado lo he hecho para él, como si lo hubiera intuido, que iba a presentarse en el baile para bailar conmigo.

—Gracias —consigo decir aunque él cosquilleo que me producen sus caricias en mi espalda descubierta también me tienen nerviosa—. Y a ti se te pasó el efecto del gas pimienta.

—¿Esa es tu manera de decirme que estoy guapo?

—Algo así —cuando despliega esa sonrisa que me desarma junto a esa mirada dulce y profunda, creo que estoy formando parte de un hechizo—. ¿Estás buscando hipnotizarme, no es así?

—Eh... ¿Qué? —Pregunta entornando los ojos, yo niego con la cabeza—. ¿Te han dicho alguna vez que estás un poco loquita?

Eres tú quien pone así...

—Las plantas te han extrañado —añade—, ¿es que no piensas visitarlas?

—Confío en que su nuevo cuidador no las deje marchitar.

—Cuenta con eso.

—Entonces no hago falta por allá.

—Me gustaría hacerte callar con un beso para que sientas toda la falta que haces.

Dentro de mí creo que algo ha explotado.

—Eres imposible.

—Ese es un avance, antes me restringías al término idiota.

—Eso sigues siendo.

—Um... Los viejos hábitos nunca mueren —sonríe como el cínico que es.

—Tal vez no.

—Me acompañas afuera, Santa Lucía, se me antoja respirar un poco de ese aire fresco que solo se encuentra en ciudad Verano.

Asiento sin siquiera pensarlo un poco. Hipnotizada y hechizada, claro que lo estoy.

Las mariposas aletean en mi estómago ante la idea de que Luciano y yo vamos tomados de la mano, como si fuéramos novios, hacia el lado menos concurrido de la bahía. Afuera del hotel hay parejas caminando por la orilla de la playa, que como él y yo, van elegantemente vestidas, así como grupos de amigos echados sobre la arena, haciendo fogatas, una práctica normal, acá en ciudad Verano, las fogatas nocturnas, que, en conjunto con las estrellas, recrean un escenario muy romántico.

—No sabía qué hacer ni cómo actuar contigo —le explico.

—¿Y eso por qué?

—Temía tu rechazo, supongo.

—¿El mío? —Ahora se ríe un poco más alto que cuando estábamos bailando en la recepción —. Fuiste tú quien me rechazó y me echó del apartamento de tu tía.

—¡Ah...! —Me llevo una mano al pecho para dramatizar un poco más—. No te eché.

—Creo que dijiste que podía pagarme ese hotel —señala el edificio detrás de nosotros, en el que se celebra la mascarada.

—Ah, ¿sí? —Me hago la inocente, él arquea las cejas y hace que me detenga delante de una palmera, me acaricia el pelo y sin necesitar excusas coloca sobre mis labios ese beso prometido durante nuestro baile.

—Si me hubiera hospedado aquí no habríamos tenido ese reencuentro tan divertido —me explica entre besos—. Aunque me habría gustado saber si hubieras reconocido al hombre de barba poblada y máscara de Bruce Wayne que te invitaba a bailar.

—¿Crees que no habría sido capaz de reconocerte?

—Han pasado algunos años, Santa Lucía.

—Pero seguimos iguales, ¿o no? —Acercó mi mano hasta su mejilla—, solo un poco más de barba.

—¿Eso crees?

Asiento. Él me besa otra vez, con ardor y necesidad.

—Tu hermana no sabe que estás aquí... —consigo decir cuando me da un respiro.

—No, este secreto solo lo conocen mi abogado, Mateo, Andre y tú.

¿Y Valerie?, quiero preguntarle pero me muerdo la lengua.

—Gracias por la confianza —me empuja sutilmente hasta que consigue ponerme contra la palmera sin parar de besarme y tocarme de forma más insistente que cuando bailábamos en la recepción, hasta hacerme sentir fuego por debajo de la piel.

—Gracias por guardarme el secreto.

—Siempre puedes contar conmigo —deja de besarme para mirarme con algo que creo es duda. Me parece raro que me mire así, con tanta desconfianza, como si sopesara algo, pero pronto se lanza contra mis labios nuevamente, su necesidad es tan urgente como la mía.

—Te he extrañado, Lucía —me dice entre un beso y otro, entre cada caricia que me calienta la piel, por debajo de la seda de mi vestido—. Te he extrañado —en un movimiento experto me coloca a horcajadas entre la palmera y él, para obtener un mejor acceso a mi boca, a mi lengua y a todo mi cuerpo.

Por un momento me dejo seducir, soy presa de sus caricias y de su deseo, pero también de sus palabras, que me hacen eco, repitiéndose una y otra vez en mi mente, *Te he extrañado, Te he extrañado*, adquiriendo un significado que no es el que hubiera esperado de una confesión como ésta.

Trato de no pensar en este tipo de situaciones, juro que quiero dejarme llevar por el momento, permitir con estos besos que éste sea mi mejor verano, uno inolvidable, pues Luciano siempre lo ha significado todo para mí, y así mismo, yo quiero significar todo para él. Reacciono. Si me hubiera extrañado no habría permitido una separación de cuatro años y no estaría comprometido con otra. Detengo el beso para recuperar la compostura.

—¿Qué? —Él parece contrariado.

—Ya me viste y obtuviste lo que viniste a buscar. Tal vez debas volver a casa.

—¿Lo que vine a buscar? —Parece ofendido.

Tal vez una parte de lo que has venido a buscar, no lo sé.

—Si vine buscando algo ha sido a ti, Lucía, quería verte.

—No quiero que te descubran, si tú así no lo deseas —elijo no ponerme demasiado dramática, pero prefiero darle un fin a este arrebató sinsentido por el que nos hemos dejado arrastrar los dos —coloco todas las partes de mi vestido en su lugar, sin que me pase por alto que le he descolocado. No ha sido mi intención, pero necesito resguardarme—. ¿Cómo viniste hasta aquí?

Él me revuelve los ojos.

—No te preocupes.

—Claro que me preocupo.

—Mateo... —su hermano mayor, que está en la recepción junto a su familia.

—Buscaré la forma de acercarme y decirle que...

—No hace falta —extrae el teléfono del bolsillo de su traje—, yo me encargo—. Asiento antes de darme la vuelta, sintiendo que mi corazón está más fracturado que antes. Trato de mantener las lágrimas en su lugar, dándome fuerzas con pensamientos severos, esto no es más que una oportunidad para él, cuando vuelva a España, su prometida le estará esperando, supongo que con todo lo que una boda por todo lo alto ha de ser.

Cuando regreso al hotel, dispuesta a buscar mi bolsa de *cocktail* para largarme de esta fiesta, siento que de un tirón alguien me detiene por el brazo.

¿Será que mis conocidos podrían solicitar mi asistencia de una forma educada y no por la fuerza?

—Vi lo que hiciste, muchachita.

Verán, los enemigos normalmente suelen darse por alguna rivalidad, como un novio robado o la insana competencia por obtener el liderazgo de algo o sobre alguien, pero en mi caso viene en la forma de Gabriella Seri, la madre de Luciano, a la que jamás le he quitado un novio y con quien nunca he intentado competir ni ser superior en liderazgo, aunque supongo que ella siempre me verá como la chiquilla que se comprometió con su hijo, contra la voluntad de su familia.

—Deja de actuar como casamentera, mi hija se casará con alguien de su nivel.

Por un momento creo que ha reconocido a su hijo en el hombre que ha bailado conmigo.

—Su hija está enamorada de mi primo.

—No intervengas, muchacha.

—No estoy interviniendo en nada. Usted debería dejar de separar a las personas que se quieren —*como intentó hacerlo con su hijo y conmigo cuando apenas comenzábamos nuestra relación.*

Me deshago de su agarre y corro hacia la mesa, donde me excuso con Paty y Marcos, los únicos presentes en este momento —supongo que los demás siguen en la pista—, y me marcho a la tranquilidad de mi cabaña, a la orilla de la playa, un lugar en el que hasta esta mañana no escondía recuerdos de Luciano Seri.

Tuya

—¡Cuánto extrañaba un día así!

Echada en la tumbona, bajo una palmera, en lo que me gusta pensar es parte del patio de mi casa, Becca bebe de su cerveza.

—Tengo que reconocer que cada cierto tiempo extraño mi pueblito y a mi amiga —extiende el brazo hasta que me alcanza y me besa en la mejilla.

—Qué exagerada en afecto para ser algo que sucede cada cierto tiempo —estoy en otra tumbona, entre ella y Kira. Todas frente al mar.

—Es porque te falta mucho... No me pongas los ojos en blanco, Lucía Daniela.

—Llevo lentes de sol.

—Pero te conozco —un alerta suena en su teléfono, ella desespera por desbloquear la pantalla y ver de qué se trata (o de quién). Sonríe un segundo después.

—Anoche no dejaba de mirarte —Becca sonrío ampliamente.

—Desde anoche, cuando dejamos la fiesta, y cada quien se marchó a sus respectivas casas, ha estado escribiéndome.

—¿Paolo te escribió? —Catalina se asoma por debajo de su sombrero desde la tumbona más cercana a Becca, mi amiga solo la mira, pero Cat no se incomoda por su indiferencia e insiste—: ¿Qué te dijo...?

Becca deja de mirarla sin embargo responde su pregunta mirándome a mí, como si hubiese sido yo la que indagara.

—Pues me dijo que le gustó verme, que toda la noche quiso acercarse pero no podía por..., bueno, ya sabes, esa chica con la que se presentó en la mascarada —pone los ojos en blanco—. Pero también me preguntó si yo estaba saliendo con Ben.

—¿Sí...?! —Indagamos Cat y yo, Kira, que también está participando de la reunión está, aparentemente, concentrada en la música que está escuchando de su teléfono.

—Le mentí —Agrega.

—¡No...! —exclamo, ella asiente—. ¿Por qué hiciste eso?

—No quería parecer la patética perdedora que va con un amigo a una fiesta, al que trata de emparejar con otra —me mira—. Sí, sí, ya sé que no te gusta Ben —me encojo de hombros—. Pero estando Paolo tan exageradamente guapo y con una cita, no podía quedar en desventaja.

—Tal vez puedan verse en otro momento.

—Bueno, esa opción quedó abierta —todas estamos a la expectativa de cómo continuará la historia—, me preguntó cuándo volvía a ciudad Verano.

—¿Y en qué quedaron? —Indaga Cat.

Becca me mira sugestivamente. Aun después de los años que han sucedido desde que terminamos la secundaria, el tiempo que estuve en España y la era de Sweetland Lu-lú, todavía no se adapta a que Catalina también es mi mejor amiga y, como es normal en estas reuniones de chicas, siente curiosidad por esa vida privada de ella que no tiene reparos en divulgar.

—Ya se verá —pone los ojos en blanco y luego solo se enfoca en mí, como si de mí hubiera salido la curiosidad—, pero lo importante es que intercambiamos números —Becca escribe algo en su teléfono y vuelve a sonreír—. Mi Whatsapp nunca ha sido más romántico e interesante que

ahora—. Tú me tendrás informada de cada vez que lo veas en el pueblo, especialmente si lo ves con esa chica.

—Yo prefiero no inmiscuirme en ese tipo de líos.

—Entonces lo harás tú, Catalina.

Mi otra amiga, contenta —puedo ver— de ser tomada en cuenta por la capitana del *squad* de animadoras de los tiempos de la Eyre, da un respingo en su asiento.

—Cuenta conmigo.

—Así son las verdaderas amigas —me reprocha.

—Lo siento, pero no voy a pasarte datos, no tengo tiempo para dedicarme al cotilleo; si has visto que está con alguien y eliges continuar, ¿para qué necesitas informantes?

—Porque mi idea es interrumpir ese romance, mi queridísima Lulú —Cat aplaude la idea—, obvio.

Resoplo.

—Por cierto, hablando de cosas obvias y otras que no lo son, ¿se puede saber con quién bailaste anoche?

—¿Anoche? —Siento que las mejillas se me encienden con el recuerdo de mi bailarín secreto y que el corazón me palpita con insistencia. No me he preparado para esta pregunta, ¿qué se supone que debo responder?

—Sí, Ben quería invitarte a bailar nuevamente pero ya estabas bailando con un hombre misterioso, ¿quién era?

—¿No lo sé? —Me encojo de hombros.

—¿No lo sabes? Lucía Daniela, te conozco de toda la vida, tú no bailas con desconocidos.

Eso es demasiado cierto.

—Ha debido presentarse para que pudieras aceptar un baile con él.

—Shhh... —Cat detiene el regaño de mi amiga—, permite que hable que esto suena interesante. Cuéntanos, ¿era guapo?

Demasiado guapo.

—No lo sé, Cat, no pude reconocerlo, llevaba máscara —evito hacer contacto visual con todas o notarán que estoy mintiendo.

—¿Nada? ¿Ni un atisbo?

—Solo que tenía una bonita mirada —*dulce y profunda*, pienso para mí.

—¡Oooooohhh...! —Exclama Cat.

—Entonces, te gustó —curiosamente la opinión viene de Kira, a mi derecha, que escasamente ha intervenido en las conversaciones que hemos tenido durante la mañana de sol—, si te expresas así de ese hombre misterioso.

En general Kira no suele seguir las conversaciones de chicas sobre los chicos, si estuviésemos hablando de la última noticia deportiva en ESPN, sin embargo, ella sería la que llevara el orden de ideas, pero en este caso, estoy impresionada.

—Estoy segura de que era guapo —opina Cat, sosteniéndose la cara con el puño, pestañeando ilusionada.

—Realmente no lo sé —prefiero mantener la mentira.

—Supongo que al menos le preguntaste su nombre —indaga Becca—. ¿No? —Replica alarmada luego de que he negado su suposición—. ¡Sí que eres tonta, Lucía Daniela! Conoces a un hombre que ha debido gustarte un poco como para que bailaras con él pero no te preocupas en indagar quién es.

Me encojo de hombros.

—Aún no me creo que bailarás con un desconocido —dice indignada.

—Ya déjala —dice Cat, todavía pestañeando, como si esta historia le hubiera sucedido a ella—. ¿Sentiste las mariposas?

—Muchas —se me escapa el pensamiento.

—Entonces sí te ha gustado —opina Becca, pero es la mirada de Kira la que está clavada en mí—, seguro que le has observado toda la noche como para que cuando te invitara a bailar no te negases. ¿Por qué no me lo mostraste ni me lo contaste?

—No hay nada de eso, Becca.

—No te creo. Al menos dime que le diste tu número.

Niego con la cabeza.

—¿Tampoco? —Niego otra vez—. Pero por Dios, Lulú. Supongo que tampoco pediste el suyo. Niego.

Becca exhala sonoramente para ilustrar su obstinación.

—Bueno, no te entiendo, si no ibas a establecer una romance con tu bailarín misterioso...

—Shhh... —le dice Cat—, estoy segura de que mañana, cuando se abra nuevamente la tienda, se presentará solicitándola como su caballero misterioso de la mascarada, entonces sabremos quién es y será muy romántico.

—¿Ah, eso crees? —Becca parece incrédula—. ¿Y cómo se supone que va a suceder eso?

—Fácil, todos los invitados saben que Lulú es la responsable de los dulces de la mascarada. No será difícil que la encuentre.

—¿Y si cuando ella descubra quién es este “hombre misterioso” no le gusta? —Interviene Kira desde su tumbona.

—Lo que importa son los sentimientos —Cat defiende al “hombre misterioso”—, pero tengo el presentimiento de que es guapísimo.

Kira le pone los ojos en blanco.

—Pues puede que sea guapo, pero en el fondo podría ser un loco, un acosador o un asesino, ¿lo has pensado?

—Tú solo estás defendiendo los intereses de tu hermano. Si no la quiso, que la quiera otro —exclama Becca.

—Si estoy defendiendo a alguien es a Lucía. Solo bailó con un tipo. Son unas soñadoras.

—Gracias, Kira —aprovecho este atajo para que ninguna se le ocurra pensar que mi compañero de baile era Luciano Seri.

—¿Lo ven?

Becca le revuelve los ojos, apenas tolera a Kira por mí. Pensándolo mejor, creo que apenas tolera a cualquiera de mis amigas en deferencia a mí.

—De todas formas, Lulú, tampoco has debido retirarte de ese modo de la fiesta, te fuiste demasiado temprano y sin despedirte.

—Me sentía muy cansada, lo siento.

—Lo sientes, lo sientes, eres una aguafiestas.

—Trataré de no involucrarme económicamente en la mascarada del próximo año para disfrutar mejor de la fiesta... —por la esquina del ojo veo que Kira se inclina hacia adelante, buscando la atención de Becca.

—Mi hermano la quiso y mucho.

—Ah, pero es que seguimos con ese tema —se defiende la otra.

—Solo quería aclarar el punto.

—Si la hubiera querido tanto —replica Becca—, habría luchado un poco más por ella y no

hubiera permitido que se marchara tan fácilmente.

Kira la mira furiosa.

—Mi hermano se pasa de orgulloso, pensé que lo conocías.

—Pues mira lo que ocasionó su orgullo, va a casarse con otra. Y sí, lo conocía, ya no —Becca agrega lo que le faltaba por decir. Yo siento que no puedo más con esta discusión.

—¡Gracias a las dos! —Exclamo enfadada, levantándome de mi tumbona—, pero dejen este tema en paz. Becca, no me interesa que me defiendas, cuando quiera tener un novio lo buscaré yo misma. Y, Kira..., tú no sabes nada.

Roja de la cólera paso a la cabaña. Necesito algo de espacio, no me gusta que se inmiscuyan en mis asuntos ni que sientan lástima por mí. Por una vez quisiera que cuando estemos juntas, Becca olvidara el tema “Luciano”; es casi como Tessa Díaz, la bloguera de anoche, que está obsesionada con que le confiese mis sentimientos. Me dirijo a la nevera y me tomo un vaso de agua fría, me siento todavía enfadada de que mi vida sea una novela para los demás, por una vez este fin de semana lamento haberme tomado el día libre, habría preferido trabajar a tolerar esto.

Necesito calmarme, las palabras de mis amigas se repiten en mi mente una y otra vez hasta que unos pequeños pasos que se incorporan a la casa pasan a ocuparla, Ruppert me confirma la llegada del pequeñín cuando corre y salta para recibirlo.

—¡Tía...! —Exclama el niño, que me rodea la cintura.

—¡Migue, precioso, qué bueno que pasaron por ti! —A pesar de que casi tiene siete años, es un niño delgado al que todavía puedo tomar en volandas hasta aplastarlo contra mi pecho y colmarlo de tantos besos que tiene que limpiarse la mejilla con la tela de su camiseta—. ¿Cómo has estado?

—Bien —generalmente es así de preciso.

—Bien, ¿nada más? —Él asiente con la cabeza.

—Tía, por favor —se inquieta entre mis brazos—, ya soy grande.

—Pero se me olvida —antes de regresarlo al suelo le aplasto un último beso—. ¡Qué bueno que has venido! Necesito compañero para un baño en la playa, ¿qué dices?

—¿Y metemos a Ruppert?

—Ruppert, ¿quieres bañarte en la playa? —El terrier corre despavorido hasta ocultarse debajo de uno de los sofás que tengo en la sala. Migue se ríe del animalito—. Creo que seremos solo tú y yo, amiguito.

—Pueden contarme a mí en el grupo —dice Ben, que ha entrado a la cabaña cargando algunas bolsas. Ben y Andre han venido temprano con las chicas, pero salieron por algunos implementos al supermercado. Me hace sentir desnuda cuando me chequea de arriba abajo por encima del vestido que llevo puesto.

—¡Quédate dónde te vea, campeón...! —Le dice Andre a su hijo, que ha conseguido que Ruppert le siga al patio. El niño levanta un brazo como señal de que le ha escuchado pero desaparece de nuestra vista—. ¿Cómo va todo por allá afuera? —Es una referencia a: “¿Cómo está Kira?”

—Un poco intensas —mi primo frunce el entrecejo—. Nuevamente Becca y Kira iniciaron el tema “Luciano” —le explico, comillas aéreas incluidas—. ¿A ti cómo te fue con la madre de la criatura?

Por respuesta me revuelve los ojos y niega con la cabeza como si no quisiera hablar del tema.

—Con permiso —dice Ben, al sentirse excluido de nuestros temas, cargando el saco de carbón hacia el patio, donde está la parrillera en la que se colocará la carne. Andre y yo asentimos.

—¿Y cómo está...? —No menciono su nombre, pero Andre comprende bien de quién quiero

saber.

—Anoche, cuando volví al apartamento, no estaba ahí, no sé adónde habrá ido, pero esta mañana, cuando desperté, la puerta de la que era tu habitación, que ahora ocupa él, estaba cerrada. Supuse que había vuelto.

—Pero se supone que...

Estoy por contarle a mi primo que anoche Luciano se presentó en la mascarada para bailar conmigo, pero el muy sabio me indica que alguien está por venir.

—¿Y tú, qué?, ¿te enojaste?

Por supuesto, mi amiga no ha podido quedarse quieta por unos minutos.

—Eres muy indiscreta, Becca.

—Porque salgo a defenderte.

—Puedo defenderme sola, además de que quisiera que dejaras el tema Luciano en el pasado —tomo fuerzas para continuar con algo que yo misma debería tener en cuenta—, donde pertenece.

—Me parece justo, no lo mencionaré nuevamente, pero, por favor, vuelve allá afuera, ¿sí?, Catalina no deja de acosarme con que la empareje con Ben, ¿has de creer...? —Becca pone los ojos en blanco, a mí se me sale una risita—. Y tú —esta vez se dirige a Andre—, hazle el favor a esa chica. Lulú, préstale a tu primo una de esas bonitas habitaciones que tienes en tu cabaña para que éste le alegre un poco la vida a la estrella del volley —miro a Andre, que tiene la mandíbula apretada, está tolerando los arrebatos de Becca, pero sin explotar como yo—. ¡Te juro que es insoportable!

—Becca, ten un poco de respeto —intervengo—. Estás hecha una diva.

—Una diva es esa chica... Vamos, Lulú, por favor —sus manos en forma de ruego—, sé buena amiga y acompáñame a tomar el sol, tú eres la neutralizadora del grupo.

Miro a Andre, que con un brazo me indica que le deje solo para que pueda hacer su trabajo de cocinero. Suspiro profundamente y salgo de la cabaña para *neutralizar* al grupo.

Afuera, Migue, mi sobrino, está haciendo formas de castillos en la arena, mientras Ruppert, que le acompaña, moviendo la cola incesantemente, le quita las palas de plástico con las que los construye para dejarlas lejos de su alcance. Me acomodo en mi tumbona y retomo mi libro, una novela que, con mucho reproche por todo lo que he tardado en leer a Georgette Heyer, me recomendó tía Gisselle antes de viajar a Europa, ese señor Beaumaris sí que hace cosas extravagantes por complacer a una chica que le gusta. Miro al grupo, que ahora está muy apacible, cada quien en lo suyo, Kira con sus audífonos, Cat roncando debajo de su sombrero y Becca entregada al sol, después de todo, no he necesitado ser neutralizadora de nada.

—Lo siento, Lucía —me dice Kira desde mi derecha.

—Descuida, yo también lo siento, no he debido explotar así.

—Yo tampoco habría tolerado que pensarán por mí ni que se entrometieran en mis asuntos.

—De cualquier forma no tengo excusas, tú siempre has sido muy tolerante y respetuosa de mis sentimientos, Key —ella me sonrío ligeramente.

—Por eso, no he debido meterme —se recoloca los audífonos para terminar con la serie de disculpas, le sonrío también.

Me leo todo un capítulo y voy por el siguiente, pero una distracción en la voz de Catalina me lo impide:

—¡OMG...! [\[10\]](#)

Las tres dejamos nuestras ocupaciones para mirar lo que ella está mirando: a un chico alto, todo músculos, de piel bronceada, cabello largo y húmedo, que sale de la playa como si fuese una escena en cámara lenta de *Baywatch*, una serie de televisión, cuyas repeticiones solía mirar mi

mamá cuando Melissa y yo éramos pequeñas; pero no se trata de una versión latina de Mitch Buchannon sino de Ben en bañador. Una chica que cruza la playa le reconoce y le mantiene en la orilla para pedirle un autógrafo, que él le firma en un pecho —me es imposible no hacer un mohín con los ojos—, y más de una *selfie*.

—¡Wow...! —A Kira se le escapa una exclamación tan impropia de ella, que me vuelvo a mirarla. Andre, que se ha incorporado justo cuando ella la ha expresado, carraspea para hacerse notar. La pobre chica se ruboriza.

—¡Es un Dios! —Exclama Catalina.

Andre carraspea más fuerte.

—¡Andre! —Catalina ríe nerviosamente, recién ha notado que mi primo está entre nosotras.

—Señoritas, el carbón está puesto, dentro de nada se colocará la carne a la parrilla y en un poco más podrán comer.

—Gracias, Andre —le sonrío Becca, dándole un guiño.

—¡Sííí...! Gracias, Andre.

—No hay de qué, Catalina.

—Gracias, primito —me pone los ojos en blanco.

Entonces todas miramos a Kira.

—Gracias —apenas se le escucha decir.

—Por nada, Kira —le dice seco, sin mirarla.

—Señoritas... —Dice Ben, que ha vuelto del mar.

—Hola... —le responde Catalina, visiblemente derretida y suspirando.

—Benjamín... —le saluda Becca, poniendo sus ojos más seductores. Él tiene su propia marca de sonrisa cínica.

Por su parte, Kira no habla, solo baja la mirada, evitando mirar al chico, mientras Andre la observa con ojos de águila.

—¿No van a bañarse? —Me dedica una sutil mirada—. El agua tiene la temperatura perfecta.

—¡Tía, lo prometiste! —Ahora es el niño, que está a unos pocos metros de nosotros, quien llama la atención de todos—. ¿Papá puedo bañarme en la playa? Tía Lulú prometió acompañarme.

Siento la mirada de Ben sobre mí, pero yo conduzco la mía hacia Andre, que me dice:

—Si no querías bañarte, no has debido prometerlo.

—Si lo ofrecí es porque voy a cumplir —marco la hoja de mi libro, sí porque soy una de esas chicas que todavía leen libros y no *ebooks*, y lo dejo en la tumbona antes de incorporarme—. ¿Sus flotadores?

—Voy por ellos —me acerco al niño, le quito la camiseta y le tomo la mano antes de ponernos en marcha hacia el mar.

—¡Espérame que voy contigo, Lulú! —Anuncia Cat. Me detengo a esperarla.

—¡También voy!

Cuando Becca se levanta de la tumbona, Ben queda impresionado del cuerpazo que mi amiga mantiene gracias al esfuerzo y la constancia de ir al gimnasio, así como mantener una dieta baja en grasas. No en vano era la capitana del *squad* de animadoras de la secundaria Eyre.

—¿Key...?

La chica, que ha vuelto a ponerse los lentes de sol y a colocarse los audífonos, luego de que Andre regresara a la cabaña para buscar los flotadores, no puede escucharme. Me agacho hasta ponerme a la altura del niño.

—Ve y dile a la tía Kira que venga a nadar con nosotros.

El niño me mira suplicante, siempre ha sido tímido con los que no conoce, o no tiene confianza, como Kira, por ejemplo.

—Ve, puedes hacerlo, Kira es una chica muy amable.

Obediente, porque eso sí que siempre ha sido mi sobrino, un niño muy obediente, aunque cabizbajo, se acerca a Kira, tocándola por el hombro. Desde acá observo que la chica se sobresalta, pero luego le sonríe al niño. Al mismo tiempo, del patio de la casa sale Andre con los flotadores, que, al mirar quiénes están interactuando, se detiene junto al niño.

—¡Vengan! —Vocifero—. ¡Vamos todos al mar!

Kira se quita los audífonos mientras Andre le coloca en los brazos los flotadores a su hijo, ella lo ayuda, luego observo que los dos le han tomado una mano al pequeño y vienen hacia nosotros. Lo más interesante de esto es que Migue, que siempre ha sido muy arisco, le ha permitido a Kira que le toque.

—Eh..., ¿Lulú? —Me dice Becca cuando pasa junto a mí, enganchada del brazo de su copresentador estrella.

—¿Sí?

—¿No piensas quitarte el vestido?

Al mirarme me doy cuenta de que todavía traigo el vestido playero. Levanto la mano para que me concedan un momento y me devuelvo a mi tumbona para dejarlo.

Nos zambullimos en el mar por horas, solo Andre ha entrado y salido de la cálida agua para atender la carne que simultáneamente se está asando en la parrillera, los demás hacemos competencia de nado y hasta jugamos volley playero. Por ratos, Migue se baña, por otros juega en la orilla con Ruppert. Tomamos fotos que subimos a las redes, almorzamos y seguimos en la fiesta.

—¿No te gusta? —Me pregunta Cat en secreto.

—¿Quién?

—Pues Ben, ¿por quién más voy a preguntarte?

—No, ya sabes como soy. No funciono como el resto del mundo, no creo en el *instant crush*^[11], para que alguien me guste tengo que tratarlo y estudiarlo por un buen tiempo... —como me pasó con Luciano, por ejemplo, a quien, en los tiempos de la Eyre, mantuve en observación por más de un año, antes de aceptar que me gustaba—. Necesito enamorarme.

—Eres muy exigente con tus prospectos. Supongo que el enmascarado misterioso no tiene futuro contigo, ya que no le conoces.

Bajo la mirada.

—No lo creo.

—Bueno, a Ben le he visto chequeándote.

—No digas eso.

—Claro que sí, seguro también te has dado cuenta.

—Creo que nos ha chequeado a todas, Cat, y si le gusta alguien del grupo es Becca —Cat baja la mirada—, creo que solo quiere ponerla celosa, pero debería buscar otras personas con quien conseguirlo. A ti sí te gusta, ¿cierto?

Ella niega con la cabeza rápidamente.

—Alguien grandioso va a fijarse en todo lo buena que eres pronto, Cat. Lo presiento.

—A los chicos no le gustan mis formas, Lulú, y a mí me gustan demasiado tus dulces como para renunciar a ellos con tal de convertirme en una de esas chicas delgadas que a ellos les encantan.

—Estoy segura de que hay una persona perfecta para cada cual.

—Y tú encontraste a esa persona hace mucho, ¿no es así?

Cat me mira con tristeza.

—No lo esperes más.

Evito la mirada de Catalina, quien ahora tiene la mirada triste soy yo.

—No estoy esperándolo —le digo, imposibilitada de confiarle que mi hombre misterioso era ese ser perfecto para mí, Luciano Seri.

Al caer la noche, solo quedamos Migue, Andre, Kira y yo. Catalina se ha retirado temprano, ha sido muy sensato habernos tomado todo el fin de semana libre en la dulcería para atender las actividades relacionadas con la mascarada y poder descansar el domingo o pasarla así de bien entre amistades; por su parte, Becca se ha ido con Ben directo a Lara, mañana tienen trabajo desde muy temprano en *Buenos días*.

—Creo que debería irme —dice Kira, que luego del volley se ha pasado la tarde jugando con Migue, ella sí que supo acercarse al niño, concediéndole el espacio necesario para que el pequeño obtuviera por sí mismo la confianza que ella estaba dispuesta a brindarle. Por su parte, Andre pasó la tarde babeando por ambos—. Gracias por el día, Lucía.

—Gracias a ti por venir —la rodeo con los brazos.

—Discúlpame nuevamente por lo que pasó temprano. Tú tienes razón, yo no sé nada de lo que sucedió entre mi hermano y tú, no tengo derecho a opinar ni a defenderlo con vehemencia.

Le sonrío.

—Ya me había olvidado de eso, pero no hay nada que disculpar, si me tocara defender a Andre de lo que para mí ha sido una injusticia, no dudes que lo defenderé con las garras y toda la vehemencia de la que soy capaz —ella baja la mirada y sonrío débilmente—. ¿Qué dices si mañana vienes a la dulcería?

Kira mira al niño y luego me sonrío con sentimiento.

—No creo que sea seguro, Lucía.

—Ella —la madre de Migue— no puede impedir que vengas a la tienda, en la dulcería no nos reservamos el derecho de admisión, y tú eres mi amiga.

—¡Yo también quiero venir, tía! Me gustaría que Kira me contara más historias de Luciano Seri.

Como todo niño de este mundo Migue no es la excepción, Luciano Seri es su jugador de fútbol favorito.

—Claro que sí, mi amor —lo abrazo y le aplasto un beso en la mejilla, no hay por qué romper las ilusiones de un pequeño. Lo dejo para que juegue con Ruppert, que le busca constantemente.

—Voy a pedir que vengan por mí —dice Kira, con el teléfono en la mano.

—Creo que tú deberías llevarla, Andre, ¿no crees?

—Y tú deberías dejarme hablar. ¿Nos vamos, campeón?

—¿Kira va con nosotros?

Andre la mira de soslayo, entonces Kira deja de marcar los números en su teléfono.

—Sí.

—¡Sííí...!

—Mejor ve tú a la heladería —me propone—, ¿te parece?

Suspiro.

—Está bien.

Cuando la casa está sola y todo está despejado, me doy un baño antes de acomodarme en mi cama, con Ruppert a mi lado, a ver alguna película de HBO, la piel me arde, hacía demasiado tiempo que no me bronceaba de esta forma, la tengo enrojecida por la exposición al sol, me pongo una crema refrescante mientras espero que los créditos de la película que ha terminado lleguen a

su fin e inicie la próxima, una comedia romántica de esas que me gustaría vivir en la vida real, entonces entra una videollamada de Becca, que también me funciona como distracción.

—Se te quedó algo —deduzco.

—Tu foto con tu hombre misterioso está en las redes, Lucía Daniela.

Siento un golpe en el corazón.

—¿De qué hablas?

—Y no puedes negar que le conoces, pues eres tú la que está besándolo contra una palmera.

Mi corazón comienza a desbocarse.

—A ti también te etiquetaron en la foto; ¿es que no has visto tus redes?

—Eh..., no.

De pronto cambia el ángulo por el que me ha estado mirando, parece buscar algo en su teléfono.

—¿Qué sucede?

Recibo una imagen por Whatsapp. Es un *screenshot* de una foto mía publicada en la cuenta Instagram de Tessa Díaz. En ésta estoy en la mascarada, bailando con un hombre elegantísimo, vestido de esmoquin, al que solo se le ve la espalda. “El hombre misterioso”, como dice la nota, también me tiene las manos encima y me está besando contra una palmera en otro *screenshot*. Pero estas dos no son las únicas tomas que, de la cuenta Instagram de Tessa Díaz, recibo de Becca, hay otra, de la tarde de hoy, en la que estoy con mi grupo de amigos en la playa, pero en esta foto quienes resaltamos somos Ben y yo, pues él está hablando conmigo a muy corta distancia. El relato de esta última foto sugiere que estoy saliendo con dos chicos al mismo tiempo.

—¿Qué me dices de eso, ah? ¿Quién es ese hombre misterioso, Lucía Daniela? Si hace un mes, cuando hablé con él por lo del escándalo, no me hubiera jurado que jamás volvería a ciudad Verano, diría que has estado besando a Luciano Seri.

—¿Cómo crees? Obviamente es un montaje, una tremenda equivocación. Ésa no soy yo.

—Lucía Daniela, estoy cansada de ver montajes, ésa eres tú.

—Por favor, cómo vas a creer que yo iba a estar en una posición tan comprometida, con un desconocido, en plena vía pública de ciudad Verano, habiendo tantos paparazzis cerca.

—Lucía Daniela, no llevas la máscara puesta, es tu vestido rojo, tu pelo oscuro y tus buenas piernas. ¡Eres tú!

—¡Es un montaje!

—En fin, no voy a seguir discutiendo la certeza de que seas o no tú, lo que importa aquí es que estás saliendo con alguien a escondidas y que no se lo has contado a tu mejor amiga —llora.

—No estoy saliendo con alguien. Te juro que no sé quién es el hombre con el que bailé —el corazón me palpita agitadamente—. Ahora mismo me va a escuchar esa Tessa Díaz. Gracias por informarme, Becca, te llamo luego.

Cuando cierro la llamada me doy cuenta de que estoy temblando y tengo el corazón demasiado agitado. Dos fotos de Luciano están circulando por las redes. Necesito contárselo pero temo que se moleste tanto que no quiera verme más.

Trato de calmarme, ha comenzado la película que he estado esperando en HBO, pero ya no puedo concentrarme. Salgo de la cama para hacerme una manzanilla y vuelvo a la habitación, Ruppert, ya somnoliento, ha pasado a ocupar su lugar en el puff. Mientras tomo la manzanilla, decido escribirle a Tessa Díaz para exigirle que retire esas fotos de su cuenta de chismes, pero cuando estoy abriendo el chat de Instagram para comenzar el reclamo, me sobresalto al escuchar tres golpes secos en la puerta del patio.

Con el teléfono en la mano, como si fuera el arma que me defenderá de los paparazzis, salgo

de la cama, aunque tal vez sea Andre, que ha venido a ver cómo estoy, hace unos minutos le escribí un mensaje desesperado con las fotos adjuntas, para solicitarle ayuda; pero cuando me acerco a la puerta y distingo a través de la tela traslúcida que cubre la parte de vidrio quién ha venido a verme, el corazón empieza a bombear sangre tan deprisa que siento los golpes contra las costillas.

—Hola —me saluda Luciano cuando abro la puerta.

—Hola —pasa junto a mí sin necesidad de que le invite, envolviéndome con ese calor suyo, tan glorioso como siempre, hoy viste un suéter gris y unos jeans que se le ajustan en los lugares apropiados. Dejo de detallarlo cuando me besa en los labios. Me pregunto por qué se cree con tal derecho.

¡Oh, Dios!, ¿cuándo pasé de ser la novia oficial a la otra?

Nerviosa me adelanto hacia la cocina, donde él me sigue, con Ruppert, que también ha salido a recibirlo y no ha dejado de cruzarse entre sus piernas. De la mesa corto un pedazo de torta y se la ofrezco.

—Es de hoy por la tarde —la llevé al horno luego de comer la parrilla.

—Gracias —toma asiento y la prueba—. Calabaza con chocolate... Interesante y especial, como todos tus dulces.

—Gracias —también tomo asiento—. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—El coche de tu primo.

—Claro... —bajo la mirada, ha debido venir por el asunto de la foto, seguramente Andre lo puso al corriente de la noticia—. ¿Quieres vino?

Me levanto rápidamente y me voy hacia la vinera que tengo en la cocina, esta noche no me vendría mal un poco de alcohol que me imprima valentía, antes de tratar este tema de sus fotos en internet, no tarda en que el mundo sepa que está en ciudad Verano y su vida se vuelva un infierno; además lo hago porque siempre compartíamos una copa de vino en la cena, el tiempo que estuve con él en España. Pero en tres segundos siento ese calor suyo irradiando hacia mi cuerpo, que con habilidad me toma de la cintura y me da la vuelta hasta ponerme frente a él.

—Ayer —tiene una forma especial de colocar su mano en mi nuca y acariciarme la mejilla, justo debajo de la oreja—, ¿por qué te marchaste así?

—¿Así cómo? —Necesito controlarme pues por dentro siento que estoy temblando.

—Tan bruscamente —solo le miro, no creo que tenga fuerzas suficientes para responder—. Estabas molesta —agrega.

—No estaba molesta —le miento.

—Llevo años estudiándote, Santa Lucía, sé bien cuándo estás molesta y anoche lo estabas, no al principio de nuestro encuentro, pero luego.

—Tu estudio ha sido interrumpido, ya no creo que me conozcas bien.

—Ah, ¿no? ¿Has cambiado tanto?

Me encojo de hombros.

—No lo sé... Tal vez.

—Creí que anoche habíamos acordado que no habíamos cambiado; para mí sigues siendo la misma chica dulce y determinada que conocí en la Eyre —bajo la mirada—. Ven, te ayudo con ese vino —me quita de la mano la botella—. ¿Dónde guardas las copas?

—Allí —señalo una parte de la despensa hacia la que él se mueve ligero y gracioso. Todavía me siento incrédula de que esté en mi cabaña, conmigo, en mi cocina—, pero no te pregunté si preferías tinto o blanco.

Detalla la botella que está apoyada en la encimera.

—Tinto está bien.

Hace el descorche y sirve el suave líquido italiano en las copas.

—¿Qué tal estuvo tu día? —Me pregunta, haciendo un pequeño brindis con mi copa.

—Estuvo agradable —coloca su copa en la encimera y me atrae hacia él de ese mismo modo que hace unos minutos, su mano en mi nuca, sus labios en mi oreja.

—Te sienta bien el color —las mariposas de mi estómago aletean desesperadas.

—Gracias...

—Estoy celoso de no haber estado entre tus acompañantes —me susurra en el oído. Mis mariposas siguen alborotadas.

—Me habría gustado que vinieras —dejo de resistirme a tocarlo y le rodeo la cintura, descansando mi cara en su pecho.

—A mí también, Santa Lucía... A mí también.

—Tu corazón está latiendo muy fuerte —puedo escucharlo, es como una dulce melodía que tenía olvidada. Responde mi comentario con una risita, de ésas que demuestran que tengo un secreto suyo que no ha querido revelar—. El mío también... —le revelo, pero él me impide seguir escuchando la hermosa canción de sus latidos cuando me levanta el rostro para besarme profundamente.

No tardeo en sentir un incendio dentro de mí, sus manos están por todo mi cuerpo y las mías están reconociendo el suyo.

—Anoche no fui a verte buscando nada de esto, Lucía —me dice cuando nos damos un respiro.

—Lo sé —cuando le miro sus ojos están invadiendo los míos—. Siento haber dicho esas palabras —solo quería herirlo, aunque no creyera que mis palabras tuvieran algún efecto en él.

Le miro durante unos segundos estudiando la idea de confesarle que no le creo capaz de haberme extrañado en todos esos años, como lo confesó anoche, hasta que recuerdo que sí tengo una confesión que hacer.

—Tengo algo que decirte... —cuando él entorna los ojos sé que necesito valentía. Me tomo el contenido de mi copa de vino.

—¡Wow...! Es importante, ya veo.

—Algo así.

—No estarás por decirme que vas a casarte, ¿o sí?

Niego con la cabeza y me acerco a la mesa para buscar en mi teléfono el *screenshot* que me envió Becca. De mala gana se lo muestro.

—Pensé que esta noche habías venido por esto.

Él toma el teléfono e inexpresivo mira el *screenshot*.

—Le pagaré a Tessa Díaz para que las remueva de su cuenta —le garantizo.

—Cuando fotos como éstas aparecen en las redes no dejan de existir, Santa Lucía —comenta, escudriñando el teléfono, solo tengo dos fotos con él, en una estamos bailando, en la otra me está besando contra una palmera—. No pensé que Tessa siguiera dedicándose a esto.

—Sí, y está obsesionada conmigo —levanta la mirada—, o contigo, no lo sé; pero cada noticia tuya que aparece en los noticieros o en las redes se presenta en la tienda para entrevistarme.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué te pregunta? —Indaga alternando la mirada entre el teléfono y yo.

—Mi opinión sobre ti y tus... situaciones.

—¿Situaciones? —su mirada penetra la mía.

—El último comercial que has hecho o el anillo que le compraste a tu prometida.

—Ah..., claro, las situaciones —su mirada regresa al teléfono, me pregunto si está mirando más fotos, se ha quedado más tiempo del necesario con el teléfono—. ¿Y tú qué respondes? ¿Qué opinión tienes sobre esas *situaciones*? —Él continúa concentrado en quién sabe qué en mi teléfono.

—Ninguna —me mira brevemente—. No tengo nada que opinar sobre ti.

Él asiente, pero por su mirada detecto que le he herido otra vez.

—Yo estoy de espaldas en ambas fotos —argumenta— y son unas imágenes muy oscuras, no creo que puedan determinar que soy yo.

Asiento.

—¿Es por esto que has estado actuando tan nerviosa?

Asiento.

—¿Por qué?

—Temía a tu reacción.

—¿Qué clase de reacción podía ser? —Él sigue enfocado en el teléfono.

—Una en la que...

—¿Quién es Ben? —Me interrumpe.

Oh, oh...

Pues parece que sí ha estado mirando las demás fotos del teléfono; encontró el tercer *screenshot*.

—Ben es el copresentador de *Buenos días*, el show de Becca, vino con ella por el fin de semana y pasó el día aquí, con nosotros, en la playa. Esa foto es de esta tarde —veo que aprieta la mandíbula pero no dice nada, mientras tanto, yo sigo balbuceando—; lo que quiere decir que Tessa estuvo por aquí husmeando, pero ninguno la vio.

—¿Y está interesado en ti...? —Su pregunta se clava como una daga en mi corazón. Agita el brazo delante de mí como indicativo de que no necesita mi respuesta—. Más importante, ¿estás tú interesada en él?

Coloca nuevamente el teléfono sobre la mesa y sin esperar mi respuesta, me dice:

—Debo irme, no quiero que Tessa me encuentre por aquí, hoy no traigo el antifaz de Batman.

Por un momento, creo que está celoso, pero cuando expone que no quiere que Tessa lo encuentre, recapacito en que ésta es la verdadera razón por la que se despide.

Asiento a su decisión y me aparto, pero él permanece inamovible junto a la encimera.

—El bronceado —me mira sutilmente— hace una bonita combinación con el blanco.

—Me preparaba para dormir —explico mi escasa indumentaria, apenas una camisola hasta la cintura y un pantaloncillo muy pequeño—, no te esperaba.

—No... —baja la mirada, luego la desvía hacia la puerta, pero me mira otra vez, alcanzando mi mano para acariciarla con sus dedos, haciéndome temblar con este suave roce que me calienta el cuerpo. No creo que sea capaz de saber el poder que tiene sobre mí. O tal vez sí, porque lo próximo que sé es que de un tirón, me acerca a él para besarme con urgencia.

—Luciano... —musito después de unos minutos, reclamándome mi debilidad.

—Lucía... —como si no pesara más que una pluma me carga hasta colocarme sobre la mesa donde continúa besándome, acariciándome con sus dedos expertos por debajo de la camisola, tocándome exactamente como mi cuerpo y mi piel lo recuerdan. Me es imposible resistirme, quisiera tener el temple para negarme e impedir que me vea flaquear de este modo por él, pero es un sentimiento más fuerte que el poder del raciocinio.

Pronto estoy enroscada en su cintura y él está llevándome a mi habitación, donde, con cuidado, me acomoda sobre la cama.

Con emergencia le quito el suéter, reconociendo con los dedos y los labios ese cuerpo firme y perfecto que solía ser mi templo. Mi camisola no tarda en pasar a un segundo plano también cuando interrumpe mis besos para acomodarse sobre sobre mí.

Evito pensar en lo que esto significa para él aunque vuelvo a estar segura de que solo se trata de una oportunidad que se le está presentando durante su breve estadía en ciudad Verano, que no está dispuesto a dejar pasar. De mi parte, solo espero darle una conclusión a mi historia con Luciano Seri.

—Eres mía —dice cuando está dentro de mí.

Le acaricio la mejilla y le sonrío.

Sí, soy suya, esa es una verdad incuestionable.

—Mía, solo mía —me besa con frenesí mientras se mueve haciéndome sentir viva otra vez.

¿Error?

—Conscientemente, nunca he evadido al fisco, Lucía...

Estoy enredada con él, mi mejilla pegada a su pecho, ambos desnudos en mi cama, levanto la mirada, él tiene la suya perdida en el techo de mi habitación, un brazo detrás de su cabeza, con el otro me abraza. No le he preguntado sobre este agobiante hecho de su vida, lo que ha dicho lo he interpretado de dos formas, como si necesitara desahogarse, o como si me debiera esta explicación.

—Lo juro. Y digo conscientemente porque he puesto mis negocios en manos que suponía eran confiables, siempre he procurado llevar mi vida a cabalidad, todo por la ley. Inconscientemente parece que he fallado. Saber que mi nombre quedará manchado para la eternidad injustamente, aun demostrando mi inocencia, es irritante. Mi único error ha sido depositar toda mi confianza en una sola persona.

—Te han estafado —resumo.

—Créeme, la noticia fue primicia para mí también. Pero todo apunta a que ha sido mi contador.

—Wow... —si su contador es el mismo que contrató desde el inicio de su carrera, entonces le conocí.

—Todo lo acusa —él sigue mirando el techo, pensativo, tratando de hacerse el fuerte cuando la carga es pesada—, más aún cuando ha desaparecido desde el escándalo.

—Wow... —consigo que me mire, aunque en sus labios tiene esa típica sonrisa cínica que le ha caracterizado siempre y que a mí me enamoró desde el principio.

—Cuántos “wows”.

—Lo siento... —bajo la mirada.

—No lo sientas —me besa en la frente—, me gusta cuando expresas lo que sientes.

—Bueno, en este momento quisiera expresarle muchas cosas a ese contador tuyo.

—Ah, ¿sí?, ¿tienes un *crush*^[12] especial por Víctor?

Le miro de reojo..., no de buenas maneras, pero solo consigo que se ría y que me bese otra vez.

—Entonces sí es Víctor...

—Sí, es Víctor.

—Montiel, creo que era su apellido. Me preguntaba si sería el mismo que conocí.

—Lo es..., bueno, ya no. Lo despedí desde que me estafó y se fugó, solo que no tuve chance de comunicárselo.

—¿Cómo es que siempre le encuentras el lado simpático a todos los momentos?

—No a todos —lo duda un poco, como si estuviera recordando algo que no le hizo bien—, pero supongo que sí —se encoge de hombros—, es un don con el que nació.

Me inclino para besar esos labios perfectos que tiene.

—Además de otros, por supuesto —me dice, prolongando el beso.

—Sí, tienes muchos dones —opino en una pausa, luego le acaricio uno de sus muslos de pura fibra.

—Ya veo por dónde vas. Eres insaciable.

Me sonrío sobre sus labios pero me separo.

—Tenemos que hacer algo.

—¿Luego de lo que acabamos de hacer...? —Me acaricia las caderas, poniendo cosquillas sobre mi piel.

—No me refiero a eso —le hago un mohín con los ojos—, me refiero a tu contador.

—Ah, eso ya no importa, como te dije, así se demuestre mi falta de vínculos con la estafa, siempre seré recordado como el futbolista, “el mejor jugador del mundo” —dramatiza con comillas aéreas—, que se nacionalizó español para defraudar al fisco.

—¿Así se demuestra? Tiene que demostrarse, eres inocente.

—Maldito Víctor Montiel, si quería dinero solo tenía que pedirlo. Ahora estoy metido en este problema, con una raya en mi expediente profesional para siempre.

—Lo siento mucho.

—Tú no te preocupes, bonita —me besa en la sien—, que he contratado al mejor detective de España y le he entregado mi vida a Vladimir para que defienda mi caso...

—Vladimir tu...

—Mi abogado, sí, también lo conociste, creo, no está tan guapo ni joven como Víctor, pero... Me coloco sobre él y le beso en los labios.

—Parece que estoy hablando demasiado —le da una interpretación certera a mi beso.

—Solo cuando te pones gracioso mientras estamos tocando un tema serio —le beso en el pecho y le miro durante unos segundos eternos.

—Sé que quieres preguntarme algo.

Siempre me ha desagradado que pueda leerme tan bien, pero niego con la cabeza.

—Vamos, pregunta.

Le miro otros segundos pero decido no sacarme la duda.

—¿En qué piensas?

—¿De verdad?

—Sí.

—En tu situación, no quiero que nada malo te pase —me pego otro poco más a él, como si se pudiera, lo que me falta es formar parte de su ADN.

—Hey... —me levanta el rostro—. No va a pasarme nada. Lo prometo.

—Tienes una demanda millonaria en tu contra, con amenaza de prisión, pero me pides que no me preocupe.

—Ah, pero es que te preocupas por mí...

Cuando me besa, creo que mi corazón deja de palpitar.

—¿Estás bien? —Indaga.

Asiento con la cabeza. Estoy perfecta.

—Me refiero a lo que pasó antes —me dice al oído, provocando que las mariposas se agiten y la piel se me erice. Asiento con una sonrisa.

—¿Tú?

—Más que bien, Santa Lucía —se acomoda a mi altura, acariciándome el pelo, mirándome unos segundos interminables.

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres muy bonita —me besa rápidamente—, siempre me lo has parecido, pero no sé si antes te lo dije lo suficiente.

—Tal vez no —bromeo, pero él se ha puesto muy serio.

—Pues lo eres, y que estés así, delante de mí, me parece surreal. Por eso, no me cuestiones, si

intento memorizar este momento para recordarlo eternamente.

—Claro... —bajo la mirada. Tengo que hacer la pregunta, cuya respuesta me estoy muriendo por saber desde el día que me reencontré con él, en el apartamento de tía Gisselle—. ¿Cuándo debes volver?

—La primera semana de agosto.

Siento que mi corazón se abre en dos, apenas restan dos semanas para que inicie agosto. Ahora lo entiendo, es por esto que necesita memorizar el momento, porque luego de esas dos semanas, cuando regrese a España, ya no habrá más nosotros; yo seré historia antigua, igual que hace cuatro años.

—¿Qué? —Aunque he tratado de disimular mi afectación, algo debo estar reflejando en mi rostro como para que él se interese por mis sentimientos—. ¿Qué sucede? —Hace que le mire.

—Nada —retiro la mirada brevemente y suelto lo siguiente—: Tal vez debas volver a casa...

No se me escapa que frunce el entrecejo detrás de mi sugerencia.

—Quiero decir... —al ver que se incomoda, me doy cuenta de que he sido maleducada e irracional.

—No es necesario que me des explicaciones, Lucía.

Rápidamente sale de la cama y empieza a ponerse el pantalón.

—Luciano...

—Perdona el inconveniente, no creo que hubieras estado esperando que un extraño se presentase en tu casa, y que... —con la mirada señala la cama y me mira, mis pechos siguen expuestos, toda yo está expuesta. Me pongo la camisola y mi ropa interior para también salir de la cama.

—¿Un extraño...?

¿De qué está hablando?

—Listo —se pasa el suéter por encima y trata de meterlo dentro del pantalón—. Lo siento, ¿sí?

—¿Lo sientes? —Empiezo a sentir que un nudo se forma en mi garganta.

—No he venido a eso, Lucía, me he dejado llevar. Un error.

—¿Un error? —Hago un esfuerzo sobre humano para que las piernas me obedezcan y no caer desparramada en el suelo.

—No un error como lo estás pensando, quiero decir...

—Mejor no lo expliques —desvío la mirada—. Lo has arruinado.

—Lucía... —siento su mirada sobre mí y que se aproxima para darme consuelo, pero no quiero su lástima.

—Vete, Luciano.

—Lucía... —está junto a mí, el calor de su cuerpo le delata, pero no me atrevo a mirarlo, me ha herido—. Lucía... —hace el intento de que le mire, pero consigo que no me toque—. Está bien.

Te quiero, te quiero, te quiero...

El recuerdo de aquella vez que intenté colocar un muro entre los dos, cuando todavía estudiábamos en la Eyre y él se había escurrido en mi habitación la misma noche que delante de mí había coqueteado con otra chica para provocar mis celos, también, como esta noche, me comunicó, cuando apenas habíamos comenzado nuestra relación, que en pocos meses se marchaba a Madrid. El flash se presenta en mi mente como un recordatorio de que la distancia siempre ha sido un obstáculo y que nuestro destino es estar separados.

—Lucía, yo... —me mantengo firme en mi posición de no hacer contacto visual, sé que se está retirando de la habitación, pero tampoco quiero que me vea llorar.

Lo que pasó, un error. Pues ahí está, *Santa Lucía*, acabas de tener tu conclusión.

Los viejos hábitos nunca mueren

Como si me hubieran dado una paliza salgo de la cama para entrenar, en un mes tengo una competición y necesito estar en forma. Me miro en el espejo del baño, luego de cepillar los dientes, me he pasado la noche llorando, estoy demacrada, tengo los párpados inflamados y los ojos enrojecidos; sentir el fuerte rechazo de la persona que he estado enamorada los últimos ocho años de mi vida, me ha dejado rota para siempre. Acaricio a Ruppert, que todavía duerme en el puff, y salgo por el lado del patio a correr por la bahía.

Hoy pienso llegar a la montaña, que parte la bahía en dos, es lo que hago cuando no puedo superar lo que me pasa, corro como si huyera de un peligro inminente. Sé que necesito olvidar lo que pasó, pero esas crueles palabras, ser un error para la persona que amas, saber que ha sentido estar íntimamente contigo, sea una ofensa inolvidable e imposible de borrar. Una lágrima rebelde sale de paseo a recorrer mi mejilla, no puedo evitarlo, duele demasiado, tanto o más que hace cuatro años, cuando nos separamos. Si ésta es su forma de vengarse lo ha conseguido.

Como cualquier otro amanecer, soy la única entrenando a estas horas por la bahía, consulto el cronómetro para distraerme con algo distinto a lo que pasó anoche con Luciano, llevo un tiempo sin precedentes, estoy corriendo tan rápido que en pocos minutos me doy cuenta de que, aunque sin aire en los pulmones, estoy en la cima de la montaña. ¡Uff! Estoy tan cargada de energía que quisiera seguir corriendo, pero ver el sol abriéndose paso entre las nubes, sobre el mar, es tan hermoso que sería un pecado no quedarme aquí arriba para admirarlo. De alguna forma me siento mejor, relajada y descargada. Me acomodo en el borde de la montaña, voy a quedarme aquí un par de minutos antes de continuar el entrenamiento, tomo la mitad de agua de la botella y respiro, es bonito mirar las gaviotas sobrevolar la bahía.

—Siempre extrañé ciudad Verano —doy un respingo cuando escucho su voz y le miro acomodarse a mi lado—. No me hagas esto nuevamente, Santa Lucía —abusivamente me besa en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —Me siento un poco agresiva.

—He estado siguiéndote por minutos, tratando de alcanzarte, pero, creo que te has convertido, en Paula Radcliffe^[13].

Le doy una vuelta a mis ojos.

—Ah, es que has estado tomándote en serio tu rol de acosador —le reprocho cruzada de brazos, evitando mirarlo por más de un segundo.

—No más gas pimienta, por favor. Paz —replica levantando las manos—. Te juro que aunque salí con la ilusión de encontrarme contigo —le pongo los ojos en blanco nuevamente—, apenas te he visto. Ah, no me crees...

Miro las gaviotas, prefiero no responder.

—Sales demasiado temprano a entrenar, Santa Lucía, estoy realmente preocupado por ti, se lo comenté a tu primo esta mañana, aunque no sé si conseguí que me escuchara porque estaba medio dormido, “mientras esté aquí”, le dije, “cuidaré de ella. Me voy a correr”.

—Ay, pues, qué considerado —empiezo a levantarme, pero él me recoloca en el lugar—. No necesito de tus cuidados —le aclaro—, he estado sola por mucho tiempo y he sabido protegerme.

Hago el intento de levantarme nuevamente, pero me lo impide otra vez.

—¿Siempre has estado sola, Santa Lucía? No hemos hablado de eso.

—No es algo que te interese, después de todo no eres más que un *extraño*.

Consigo levantarme sin que me lo impida. Furiosa e indignada me coloco los audífonos y activo la música en modo aleatorio, *Last Kiss*, una vieja canción de Taylor Swift, es la primera que salta de mi lista de reproducción obsoleta. Siento que se forma nuevamente el nudo en la garganta con la introducción de la canción, prefiero pasar a la siguiente, pero nada pinta bien cuando el próximo *track* es *Say You Love Me*.

—¡Qué pasa con esta lista de reproducción! —No quiero escuchar canciones de desamor—.
¡Agh!

Cierro la aplicación, prefiero no escuchar nada.

—¡Hey! —Le escucho detrás de mí—. Hey...! —me retiene por el brazo.

—¿Qué...? —Hago que me suelte. Él levanta los brazos.

—Necesitamos hablar.

—Tú y yo no tenemos de qué hablar.

—Lucía..., anoche.

—Olvida lo de anoche, es lo que estoy haciendo yo.

—Ah, ¿sí?, ¿lo estás olvidando?

—Pues fíjate que sí —me vuelvo.

—Lucía...

—Está amaneciendo —con el índice señalo el cielo—, a la luz del día es muy difícil que no te reconozcan.

Continúo el descenso de la montaña.

—Lucía... —me detiene nuevamente.

—Luciano, mira, sé lo que dirás, que ha sido un malentendido, que no fue un error y que no lo sientes. Y está bien. Acepto la disculpa, pero no estoy de vacaciones como tú, tengo cosas que hacer y ahora necesito volver a la cabaña para iniciar mi rutina en la dulcería —detecto en él una mezcla de enfado y decepción, pero también me doy cuenta de que luce tan guapo que mi corazón no lo resiste.

—Sigues siendo tan esquiva como desde el principio de nuestra amistad.

—Ah, ¿sí?, bueno, ya sabes lo que dicen de los viejos hábitos —me encojo de hombros—, qué importa...

Empiezo a recolocarme los audífonos en las orejas y le doy *play* a esa maldita canción de Jessie Ware.

—Cierto, qué importa.

—Cuídate —le digo sin esperar una respuesta y empiezo a trotar montaña abajo.

Por la tarde me reúno en la heladería Seri con Kira.

—¿Qué tienes, Lucía?, te noto desanimada.

—Nada, Kira, estoy bien, lo juro —levanto la mano derecha y trato de hacer mi mejor sonrisa—. ¿Tú, qué tal? ¿Cómo vas con lo tuyo? ¿Todavía piensas casarte con el hombre equivocado?

Ella detiene el movimiento del dedo, desde que nos reunimos ha estado dándole vueltas a ese anillo de compromiso que lleva desde hace unos meses, que parece que le pesa en lugar de ilusionarla.

—No quisiera hablar de ello, Lucía.

La comprendo.

—Lo siento, no he debido cuestionarte.

—No lo sientas, agradezco el interés, es solo que...

—Es solo que nada, mejor hablemos de otros temas.

—Como de ese admirador secreto..., tu bailarín misterioso.

—No, de eso tampoco.

Ella sonríe y dice otra cosa.

—Quería proponerte una idea.

—Soy toda oídos —me acomodo, sonrisa incluida, para escucharla.

—Bueno, la propuesta es para ti y para mi hermano —mi corazón da un vuelco ante la referencia—, pero con él conversaré cuando tenga la oportunidad —noto que se entristece un poco, yo me siento fatal de saber dónde está y no poder contárselo—. ¿No te molesta, verdad?

—Claro que no, Key.

—Bien —sonríe nuevamente—. Pues lo que quiero hacer, si consigo ponerme de acuerdo con los dos, es formar una sociedad para crear una fundación deportiva sin fines de lucro aquí, en ciudad Verano.

—Algo de eso te escuché proponer en la mascarada. Wow, Key, me encanta la idea.

—¿Te parece?

—Claro, cuenta conmigo —su sonrisa le ilumina el rostro, me gustaría que Andre la viera.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí.

—Pues, ay, Lucía, me siento muy emocionada —me mira unos segundos, como si estuviese sopesando algo, y sí ha de ser porque entonces agrega—: No me resisto, voy a llamarlo.

Me alarmo.

—¿A quién?

—A mi hermano.

—¿Qué? —Como si estuviera frente a mí, siento que el corazón me late tan fuerte que se me va a escapar por la boca—. ¿Ahora?

—¿Por qué no? —Ella busca el contacto de su hermano en el teléfono y le marca—. ¿Te molesta?

—Claro que no, pero... —la veo llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Entonces? —Encoge un hombro

—Tal vez deberías esperar que...

—¿Luciano...? —Se supone que él ha tomado la llamada—. Al fin me contestas. ¿Cómo estás...? Yo, bien, ya sabes, pero tú, ¿cómo estás? Sí, sí, ya sé que te he preguntado cómo estás antes, pero es porque quiero que me digas la verdad... Eres imposible, Luciano. Bueno, voy al grano, estoy en ciudad Verano... Sí, y estoy reunida con Lucía... —me impresiono cuando le suelta tal detalle así sin más, como si hablaran de mí normalmente—. Ella está... —Kira me mira fugazmente—, bien. En fin quería proponerte un proyecto que acabo de plantearle a ella..., sí ella está de acuerdo... Pero si no te he dicho de qué se trata... —entorno los ojos—. Bueno, luego no te quejes cuando me ponga fastidiosa y tengas que recibir todas mis llamadas y atenderme... Sí, justo enfrente... Claro..., por supuesto.

Kira me mira extrañada.

—Quiere hablar contigo —extiende su teléfono hacia mí.

—¿Qué?

Kira se encoge de hombros, yo niego con la cabeza.

—No.

—Vamos... —coloca su teléfono en mis manos—, no seas rencorosa, habla con él.

—No soy rencorosa —cubro la bocina con la mano—, es solo que...

De pronto me siento tan nerviosa como si no hubiera sucedido nada entre él y yo una noche antes, como si todavía no nos habláramos.

—Entonces toma la llamada.

Suspiro, voy a tener que hablar con él.

—Hola —digo, haciéndole una señal a Kira de que voy a levantarme de la mesa que estamos ocupando en la terraza para conversar, ella se encoge de hombros y sonrío, la muy cómplice de su hermano.

—Hola —se forma un silencio entre los dos, pero no lo siento incómodo—. ¿Cómo has estado?

—Bien, ¿tú?

—Normal...

Hago un mohín con los ojos, ¿cómo rayos se interpreta esa normalidad?

—¿Llegaste bien a la cabaña por la mañana?

—Sí, gracias. ¿Conocías el proyecto de tu hermana? —necesito desviar cualquier tema que se relacione con “el error” que pasó entre nosotros anoche.

—Me basta con que tú estés involucrada para aceptar.

—Luciano...

—Creo que necesitamos aclarar las circunstancias, Santa Lucía.

—No hay nada que aclarar. Todo está bien, de verdad.

—No, nada está bien, ¿qué planes tienes esta noche?

—Estaré muy ocupada.

—Ah, entiendo, me estás evitando...

—Dirijo una dulcería que cierra a las once de la noche, suelo estar muy ocupada.

—Comprendo, Lulú —las mariposas revolotean en mi estómago cuando escucho la referencia de mi apodo—. Bueno, no tengo más alternativa que acosarte por las mañanas.

—No, por favor...

—Es un país libre.

—Cambiaré mi ruta.

—Vivimos en una ciudad muy pequeña.

—Yo vivo aquí, tú eres un simple turista.

—Loquita, ¿mi hermana está ahí contigo?

—No, me cambié de lugar para hablar contigo.

—Siempre inteligente.

—Ya voy a colgar, tú tienes mi número y este teléfono no es mío.

—Entonces me autorizas para llamarte.

—No quise decir eso.

—Pero lo dijiste, Santa Lucía, así que...

—De verdad que no. Realmente no quiero verte ni escucharte, mucho menos la combinación de las dos cosas.

—Espera mi llamada.

—Luciano...

Pone fin a la llamada, el muy cínico. Me regreso a la mesa que ocupa Kira, pero necesito disimular todos los sentimientos que conversar con él ha significado para mí.

—Estuvo buena la conversación —comenta.

—Normal —miro hacia arriba.

—Claro, esa sonrisa es muy normal en ti.

¿Es que no es nunca sonrió?

—Ay, pues mira —todavía traigo su teléfono en la mano—, tienes una llamada de Andre —tomo mi copa de helado para terminarlo en el camino y sonrío para que se note que soy capaz de ser alegre, levanto mi bolso del borde de la silla y me inclino para besarla en la mejilla—, tengo que volver a la dulcería. Nos hablamos.

—Pero, Lucía... —balbucea, todavía sin tomar la llamada.

Le soplo un beso y evitando todo tipo de indagaciones, me marchó, tengo que reconocer que ligeramente feliz.

Cuando los empleados terminan la jornada y me toca darle la vuelta al cartel de “Abierto” a la dulcería, miro la calle colorida de ciudad Verano, sintiendo que algo me falta y sé muy bien qué es. Todo el día he estado recordando el encuentro con Luciano en la montaña y la llamada telefónica de la tarde, preguntándome si no estaré exagerando al no aceptar reunirme con él esta noche, después de todo él ha dicho que si se ha presentado en la bahía esta mañana ha sido para verme, aun cuando anoche traté de demostrarle una indiferencia de la que sé que no soy capaz, y la verdad es que me muero por verlo.

—¡Las plantas de tía Gisselle...!

Qué mejor excusa que esa para acercarme al apartamento y verlo.

Sin pensarlo demasiado, pero con el corazón agitado, cargado de inseguridades aunque decidido al mismo tiempo, apago las luces de la dulcería y entro a la casa por las llaves del Jeep, me llevo a Ruppert como apoyo moral.

En pocos minutos estoy afuera del edificio de tía Gisselle, apeando del Jeep, todavía decidida a subir al apartamento, pero en la medida que voy acercándome a mi objetivo, comienzo a sentir que me falla el equilibrio, que me tiemblan las manos y que se me desboca el corazón.

Adentro todo está oscuro y silencioso, como aquella noche cuando nos vimos por primera vez, hace poco más de una semana. Lo primero que hago es chequear las plantas, pero están mejor cuidadas que si fuera yo la jardinera. Lo siguiente es deslizarme a la que solía ser mi habitación, que ahora ocupa Luciano, pero tampoco lo encuentro aquí. Noto que la habitación sigue ordenada en general, Luciano siempre ha sido muy organizado. Recorro el cuarto con curiosidad, de la cómoda levanto su perfume, que inhalo profundamente, siempre ha usado la misma fragancia cítrica y fascinante. Continúo observando los detalles, hay un libro en la mesa de noche, *Crimen y castigo*, de Fyodor Dostoyevsky, él y yo debemos ser dos de las pocas personas que todavía leemos libros impresos. Continúo el recorrido por la habitación, hay un polo suyo en el espaldar de la silla, lo tomo y respiro su olor, fresco y limpio, quisiera llevármelo a casa para tener acceso a su fragancia siempre. Devuelvo el polo al lugar donde lo he encontrado y miro algo más sobre el escritorio, son bocetos a carboncillo, muy parecidos a los que dibujaba cuando los dos íbamos a la secundaria Eyre y que dejó de hacer cuando se marchó a España, carboncillos de coches y paisajes, estos últimos de ciudad Verano, y uno, dos, tres más, todos míos, en uno de ellos estoy corriendo, una representación mía de esta mañana, en otro estoy sentada en la cima de la montaña, el siguiente es de mi rostro.

Me siento en una esquina de la cama para detallar lo que ha hecho conmigo cuando escucho que se cierra la puerta de la casa.

—¡Ah, pequeño!, pero si eres tú... —le escucho saludar a Ruppert—. ¿Dónde está tu cuidadora?

Inquieta dejo los bocetos sobre el escritorio, me levanto y me presento en el quicio de la puerta.

—Aquí estoy... —muy intuitivo trae a Ruppert en brazos, viene de shorts y sudadera, al

parecer ha estado ejercitándose.

—Hola —me saluda, aproximándose con grandes pasos.

—Hola —deja al perro en el suelo para besarme en los labios.

—Tu barba... —se la afeitado toda.

—Sí, eh... sé que no te disgusta la barba pero ya parecía el hombre de las cavernas.

No me disgusta, pero sin barba también me gusta, me recuerda al Luciano guapo del que me enamoré en la secundaria, ese que tenía que rasurarse a diario para no parecerse al hombre lobo.

—No, eh... quiero decir, pensé que no querías que te reconocieran.

—No quiero me reconozcan, aunque ya quisiera que mi barba me confiriera el poder que tienen los lentes de Clark Kent.

—Lo decía también porque, bueno, parece que saliste.

—Ah, claro, sí..., quiero decir, no: solo he subido a la azotea, ahí se puede hacer ejercicios y pasar desapercibido al mismo tiempo.

—Ah, ¿sí?

—Seguro —se inclina un poco para ponerse a mi altura—. ¿Qué haces aquí, Santa Lucía?

—Vine a ocuparme de las plantas de tía Gisselle.

—Las plantas de tu tía están bien atendidas y lo sabes.

Asiento como si hubiera recibido un regaño. Él se incorpora, me toma la mano y me conduce a la que era mi cama, frunce el entrecejo cuando nota que los dibujos que ha hecho están desordenados sobre el escritorio.

—He visto tus bocetos —le explico tomándolos antes de sentarme junto a él.

—Sí, siempre has tenido una gran habilidad para descubrirme en estos casos —él me los quita de las manos para mirarlos conmigo.

—Están muy bonitos.

—Es porque la modelo es muy bonita.

—En realidad no he modelado.

—No, pero los has inspirado.

Le miro a los ojos.

—Tienes buena memoria —baja la mirada.

—A veces no puedo sacarte de mi mente, entonces te dibujo.

—Tal parece que no has podido sacarme de tu mente tres veces hoy.

—Son más —me levanta el mentón—, pero prefiero no asustarte.

Con delicadeza me besa en los labios, hasta que nos dejamos caer sobre el colchón, ambos mirando el techo, yo todavía abrazando los bocetos.

—Lo que quise decir... —retoma el tema de ayer por la noche.

—Por favor, no lo expliques.

—Nunca sentiría estar contigo, Lucía —siento su mirada sobre mí, pero yo prefiero mirar el techo—. Anoche solo quise disculparme por la forma en la que te abordé, pero no supe explicarme, terminé diciendo una torpeza detrás de la otra. No quiero que pienses que si me presenté en tu casa fue buscando cama.

—Nunca lo pensé —sigo mirando el techo.

—¿No?

Niego con la cabeza porque creo que si hablo se me cortará la voz.

—Qué bueno que no lo pienses porque no fue así y para mí —se acomoda de lado, invadiendo mi espacio, su mano sobre mi abdomen, su mirada sobre la mía—, estar contigo, jamás sería un error —me limpio una lágrima que ha osado salir del ojo contrario al lado en el que está él—. Por

favor no llores.

—No estoy llorando —acerca su rostro al mío y me besa.

—Cuando vine a ciudad Verano tenía la esperanza de encontrarte, Santa Lucía, pero desde esa primera noche que te presentaste aquí, no has salido de mi mente, te instalaste ahí de tal modo que creo que me estoy volviendo loco —me estudia por unos segundos antes de continuar, yo me quedo quietecita, queriendo saber a qué conclusión ha llegado—. A pesar de que me advertiste que no vendrías, durante una semana te esperé, pensé que algo en mí te haría regresar, pero me castigaste. Fue pura suerte que te encontrara esa madrugada trotando por la bahía.

Le limpio una ceja con los dedos y le acaricio la mejilla, ahora sin barba.

—Creo que la extrañas.

—Me gustas así también.

—Así que te gusto... Revolviéndome los ojos tan pronto.

—Es porque eres insoportable.

—Ahora soy insoportable, antes no temías llamarme idiota.

—Tal vez has cambiado.

—Sí, de idiota a insoportable.

Mientras guardamos silencio unos segundos, yo me debato en preguntarle algo que me dejó curiosa.

—La noche de la mascarada... —tomo el riesgo de indagar el tema.

—Ajá.

—No volviste a casa.

—Así que Andre te puso al corriente.

—Le pregunté por ti, cómo estabas y esas cosas. Me dijo que cuando volvió no estabas aquí.

—No sé a qué hora volvió Andre ni a la que regresé yo, pero, para tu tranquilidad, me quedé con Mateo un rato...

Nos quedamos en silencio unos segundos más, creo que cada uno cavilando en esta situación particular.

—¿Por qué viniste, Lucía?

—No quería que nuevamente las cosas terminaran mal entre tú y yo.

—Ah, pero es que estamos terminando...

—Tal vez sea la conclusión que necesitamos. En aquel entonces —me refiero a nuestra ruptura—, nunca volviste a contactarme, ni siquiera pediste una explicación.

—No podía. No querías estar conmigo, eso me bastó. Fue un tiempo en el que también pensé que sería cuestión de tiempo para que volvieras a mí, pero no lo hiciste.

—Yo pensé que no querías saber más de mí.

—Cuántos malentendidos...

—No quiero que el de ayer se sume al historial.

—Lo de ayer, espero que...

Asiento con la cabeza y le sonrío

—Lo de ayer está aclarado —él me besa otra vez.

—Qué bueno.

Dejando los bocetos a un lado de la cama, atraigo a Luciano hacia mí, mi mano en su nuca, para tener su rostro cerca del mío y besarle profundamente. No tardamos en estar desnudos.

—¿Estás segura?

—Tampoco he venido buscando esto —sonríe ante la referencia de lo que pasó ayer y de lo que me ha dicho hace un momento—, pero no puedo evitarlo.

—Yo tampoco.

Me besa nuevamente antes de hacerme el amor.

El desfile de la vergüenza

La luz del día y el trino de los pájaros me despiertan, el techo de cemento pintado de blanco y los dibujos a carboncillo, obsequios que hace tantos años recibí de Luciano, colgados sobre las paredes rosadas no me resultan desconocidos, sin embargo no me doy cuenta de la confusión del escenario en el que estoy hasta que siento el calor de una pierna enredada con la mía y el peso de un brazo musculoso que me mantiene inmobilizada.

—Buenos días... —las mariposas se despiertan con la profundidad de su voz, algo ronca por la hora. Me vuelvo a mirarlo y le acaricio la mejilla, que ya no está cubierta de barba, pero cuya sombra se percibe sobre la piel.

—Buenos días.

—Dormir contigo —se acomoda apoyando la cabeza en la palma de la mano—, en tu antigua habitación, tiene algo de erótico, Santa Lucía.

—Ah, ¿sí? —adquiero la misma posición que él.

—Parece que he cometido un delito —arquea una ceja para ilustrar un poco más el comentario.

—Espera que tía Gisselle lo sepa y veremos si le parece igual de erótico.

Tía Gisselle siempre le ha tenido mucho afecto a Luciano, de hecho fue la única que cuestionó severamente mi decisión de poner distancia entre ambos cuando todo se terminó, sin embargo, y a pesar de que en su momento contribuyó para que estuviéramos juntos, en el tiempo que éramos novios, y él todavía estudiaba en la Eyre, se ponía paranoica cada vez que venía al apartamento para verme después de las prácticas de fútbol; generalmente le insinuaba que era ya muy tarde para hacer visitas o que Lulucita tenía mucho que estudiar^[14]. Según ella —y no que se arrepintiera, pues a pesar de las diferencias amaba y protegía incondicionalmente a Andrecito—, en su juventud perdió la cabeza por un muchacho inteligente y atlético, tanto o más encantador (como si eso fuera posible) que Luciano, que cuando supo que la había dejado encinta, la abandonó a su suerte. No obstante, a pesar de las leyes de la física y la atracción entre ambos, Luciano y yo siempre respetamos su apartamento, aunque era muy difícil, especialmente porque en aquellos meses, mientras estuvo en la ciudad, haciendo uso de la escalera de emergencia que da a mi ventana, pasó cada noche conmigo.

—No irás a contárselo... —cuando se incorpora apoyando el cuerpo sobre ambos codos, mis ojos no hacen otra cosa que pasear por ese abdomen ejercitado que tiene; Luciano no es como esos jugadores que se depilan todo el cuerpo para lucir como modelo de la revista Men's Health, su abdomen continúa siendo tan masculino como aquella vez que le vi sin camiseta, cuando se cambiaba el uniforme de la heladería Seri delante de mí, en una de las noches de fogatas de los tiempos de la Eyre. E igual que cuando éramos más jóvenes y todavía éramos novios, creo que junto a mí tengo al hombre más sexy del mundo.

—¿Cuándo vuelve tu tía?

—Se supone que debe estar aquí a mediados de agosto, pero con esto de que tiene un novio italiano...

Me mira incrédulo.

—Tu tía tiene novio...

Asiento, pero él entorna algo más los ojos.

—Ah, no me crees...

Para mí también fue una sorpresa cuando hace algo más de una semana tía Gisselle hizo una videollamada, acompañada de un italiano encantador que podría ser el gemelo de Franco Nero en su personaje de *Cartas a Julieta*, al que presentó como su novio.

Gateo hacia el escritorio, al pie de la cama, para alcanzar mi teléfono, donde he almacenado algunas fotos. Me vuelvo a mirarlo con ojos entornados cuando recibo una suave nalgada, su sonrisa cínica está desplegada.

—Atrevido —suelta una carcajada que me pone nerviosa—. Despertarás a Andre —encoge un hombro, todavía divirtiéndose. Le revuelvo los ojos—. Mira —acomodándome a su lado nuevamente le muestro una de las fotos que tía Gisselle me ha enviado, en la que se le mira junto a su “amor”, como le dice, encantadora y feliz en un café cercano a la hermosa catedral Santa María del Fiore.

—Tu tía, como su sobrina, solo se merece lo mejor —le miro de soslayo, él está estudiando la foto en la que resalta el caballero de cabello plateado, pero de figura conservada, que acompaña muy amoroso a mi tía—. Se le mira feliz. Me alegro por ella —me coloca un beso en la sien.

—Gracias —evito babear, pero sé que estoy sonriendo estúpidamente—. Parece un hombre muy agradable —él asiente, todavía mirando las fotos que le estoy mostrando—, le he conocido a través de videollamadas.

—Ah, ¿sí?, ¿qué tal es?

—Muy simpático.

—A tu tía se le ve muy ilusionada.

También lo pienso.

—¿Sabías que en todos estos años nunca le conocí un enamorado?

Al fruncir el entrecejo, leo que me está preguntando: *¿Y eso qué significa, Santa Lucía?*

—Tal vez prefirió dedicarse a su hijo y a sus sobrinas antes que tener citas que posiblemente no la llevarían a un final feliz —opina el muy sabio.

—Es posible pero, ¿qué hay del amor? Creo que el ser humano tiene la necesidad de enamorarse, de compartir su vida con alguien que le haga sentir emociones distintas al afecto incondicional que se obtiene de un hijo, ¿no lo crees?

—También lo creo, Santa Lucía... —me besa el hombro—, pero tal vez tu tía se conformó con el amor que ya recibía de ustedes.

—Tal vez... Creo que es raro conformarse.

—¿A qué?

—A no sentir esas emociones.

—¿Lo dices como si hubieras tenido muchas?

Le miro de soslayo.

—Solo estoy entrando en el personaje de tía Gisselle —no me gusta que me interprete tan bien. Suspiro—. Al menos espero que, en aquel momento, los tres fuéramos suficiente, pero, en este momento quiero que se dedique a sí misma y sea muy feliz. Ahora, señor, ¿sabe qué es un verdadero peligro? —Dejo el teléfono a un lado mientras admiro su bonita cara, él entorna los ojos esperando por mi explicación—: Que el sol haya salido y yo siga aquí —en el apartamento de tía Gisselle, donde he venido anoche, para buscar justo lo que he encontrado: *a él*. Le beso rápidamente y salgo de la cama, trasteando mi pantalón y mi blusa, que desde anoche están uno en el suelo y otra en el sillón.

—¿Por qué sales así?

—Tengo que irme.

Él dobla ambas piernas para apoyar los codos en las rodillas. Siempre se ve glorioso.

—¿Tan temprano?

—¿Temprano? Son las... —dando brincos para subirme el pantalón retomo mi teléfono y consulto la hora—, *jocho y media!* —Mi voz sale unos cuántos decibeles más altos de lo que he pretendido—. ¡Es demasiado tarde!

En media hora hay que abrir la dulcería, el grupo de trabajo se presentará y comenzará a preguntarse dónde estoy, será todo muy sospechoso, que no esté puntual como cualquier otra mañana, especialmente después de esas fotos en la cuenta Instagram de Tessa Díaz, a la que, por cierto, nunca le exigí que las removiera; pero al muy cínico le parece todo muy gracioso, pues sale de la cama exponiendo su sonrisa cínica para tentarme, lo sé. Yo me doy prisa al abrocharme el pantalón y el *brassier*.

—¿Tarde para qué? —Me retiene de la cintura antes de que pueda ponerme la blusa y con destreza me desabrocha el *brassier* para exponerme toda. Por dentro siento que me estoy quemando.

—¿Qué haces? —Trato de recuperar mi *brassier*, pero, junto a la blusa, que también me ha quitado de las manos, va a parar al escritorio donde están sus recientes ilustraciones.

—Estás muy bonita por la mañana —me acaricia el pelo. Siento que me ruborizo.

—Tengo que irme... —susurro, pero él calla mis pensamientos con un beso.

En un par de segundos estoy nuevamente en la cama.

—Vamos al desayuno —ofrece cuando salgo nuevamente de la cama, esperando esta vez poder cumplir con el objetivo de vestirme. Es algo erótico que esté comiéndome con los ojos mientras me hago con la ropa.

—Gracias, pero es demasiado tarde.

Chasquea la lengua y sale de la cama para colocarse el boxer.

—¿Te gusta lo que miras? —El muy cínico me sorprende admirando su cuerpo, no se ha resistido a exponerme, pero no he podido evitar fijarme en la bonita combinación que hacen los boxers y sus musculosas piernas. Hago un mohín con los ojos y me obligo a mirar en otra dirección, pero unos segundos luego siento que su mano se une a la mía y que me conduce a la puerta de la habitación.

—Deberías primero confirmar que Andre esté teniendo uno de esos profundos sueños que suele tener —le sugiero antes de salir.

—Tu primo se despierta después del mediodía —me recuerda.

Es cierto, debería dejar la paranoia, Andre siempre ha sido dormilón.

—Tortilla española, tostadas y un poco de café. Conmigo —ofrece.

Sé lo que debo hacer, negarme e ir directo a la dulcería para empezar el día, pero no puedo rechazar esta oportunidad que tengo de desayunar con él, como lo hacíamos antes, cuando estábamos prometidos.

—No tomaré más de media hora, lo prometo.

Hago un nuevo mohín con los ojos, pero solo para que parezca que me está obligando a quedarme, y salgo con él por el pasillo, de puntillas para evitar el ruido, es como si estuviéramos escapando de la mismísima tía Gisselle, uno de aquellos tantos amaneceres juntos, cuando me negaba a que él utilizara nuevamente las escaleras de emergencia para bajar al estacionamiento, recuperar el Jeep, cambiarse de ropa en su casa y volver por mí dos horas más tarde, la

adrenalina de que tía nos pudiera descubrir lo hacía todo más emocionante.

Ruppert nos da los buenos días, le tomo en brazos para que se tranquilice, mientras espero que Luciano presente alguna novedad desde la cocina, adonde se ha adelantado para darme la confianza de que me incorpore. Le doy un beso a Ruppert y lo devuelvo al suelo. Esta mañana me siento particularmente despreocupada y feliz; al punto de no estar segura de ser capaz de dejar de sonreír.

—Buenos días, primita... —me paralizó al escuchar la voz de Andre, que está sentado en la mesa de la cocina, tomando un vaso de jugo de naranja—, qué contenta se te ve —comenta tratando de ocultar su sonrisa sardónica— ¿Es acaso felicidad?

Entorno los ojos y miro a Luciano, que también está conteniendo la risa mientras coloca el café molido en la cafetera. Me ha tendido una trampa.

—¿Dormiste bien? —Andre suelta la risa al terminar la pregunta, el otro se le une.

—Son un par de idiotas.

Me coloco el delantal y me dirijo al refrigerador para extraer los huevos y las papas, en los días que estábamos prometidos, a Luciano siempre le gustó cocinar tortilla española para mimarme cuando tenía algún día libre, pero hoy me gustaría ayudarlo. Me pongo en la tarea de quitar la piel de las papas.

—Hey, señorita... —Luciano detiene mi labor—, le dije que yo invitaba. Siéntese, por favor, que esta mañana cocino yo.

Mantenemos el contacto visual por unos segundos hasta que él cabecea para que yo vaya a ocupar mi puesto en la mesa de tía Gisselle.

—Ya lo escuchaste, primita —dice Andre, terminándose el jugo—, mejor siéntate y cuéntale a tu primo cómo está tu vida romántica últimamente.

Se ríe ruidoso cuando le miro de malas maneras.

—Este día, bro, voy a recordarlo siempre. No había vuelto a ver a mi primita haciendo el desfile de la vergüenza desde... —le doy una patada por debajo de la mesa, acompañada por una mirada regañona, no creo conveniente que Luciano conozca mis secretos—. ¡Ouch...! —Me mira muy poco complacido, pero por la forma en la que Luciano está mirándole, siente mucho interés.

—¿Decías? —Indaga Luciano.

Andre me mira, luego carraspea.

—Creo que he olvidado lo que estaba por decir.

Me relajo un poco.

—Algo sobre los distintos desfiles de la vergüenza de Lucía —aporta Luciano, salteando las papas en la sartén, con el entrecejo ligeramente fruncido y evitando mi mirada—. ¿Es que has traído a muchos amigos aquí, Santa Lucía?

—Me has malinterpretado, Bro, no estés celoso que...

—¡Andre! —Lanzo una nueva patada contra su pierna.

—¡Pero qué demonios, Lulú!

—¿Es que no tienes otro tema de conversación? —Tomo un pedazo de pan de la cesta en el medio de la mesa y me inclino para colocárselo en la boca con tal de evitar que siga hablando—. Mejor cuéntanos cómo te ha ido con Kira —noto que su expresión se vuelve oscura.

—Hablemos de cosas posibles, Lulú.

Me aflijo al escuchar su respuesta.

—Bro, ¿hay algún modo de convencer a tu hermana de que no cometa el peor error de su vida?

La expresión de Luciano es indescifrable, no le responde a Andre sino que continúa elaborando el desayuno, apenas mirándole para no parecer maleducado.

—¿Sabes qué excusa me da? —A Andre no parece importarle la seriedad de su amigo—. Que si yo me casé por las razones equivocadas, ella también puede hacerlo. ¡Está loca! Siempre lo ha estado —niega con la cabeza—. No sé por qué sigo obsesionado con esa chica —alcanza un trozo de pan y lo come.

—Solo estás enamorado de ella —sobre la mesa uno mi mano a la suya como señal de solidaridad.

—Pues no debería estarlo, Lulú, no ha hecho más que rechazarme toda la vida —le imprimo un poco más de fuerza a su mano.

—Lo lamento, bro, mi hermana nunca ha sabido lo que ha querido —Luciano me da una mirada que no puedo decir que sea fugaz—, ése ha sido siempre su gran problema.

Parece una indirecta, como si estuviese agregando también: *así como tú, Santa Lucía*.

Mantenemos el contacto visual por unos segundos, hasta que Andre da una nueva opinión sobre su caso.

—Sí que lo ha sabido, el volley, es lo único que le importa. Por eso se buscó como pareja a un idiota que lo juega.

—El volley es su profesión, tú solo tienes que demostrarle que vale la pena darse una segunda oportunidad —le lanzo una mirada a Luciano que él detecta. En el reflejo de una sonrisa sobre sus labios descubro que ha detectado mi respuesta a su indirecta. Una ligera sonrisa también se forma en los míos. Me levanto de la mesa para ayudarle con las tostadas.

—Si no me equivoco, ése es un matrimonio por conveniencia —señala Luciano.

—Sí, estoy seguro de que a él le conviene mucho —replica Andre, que nos mira con sospecha cuando de forma repentina todos escuchamos que suena la campana del apartamento.

—¿Esperas a alguien? —Le pregunto.

—No —responde algo confundido, pero se levanta a ver quién es.

Luciano continúa con la preparación de la tortilla mientras yo voy al frigorífico para traer el jugo de naranja que coloco luego sobre la mesa.

—Así que muchos desfiles de la vergüenza... —le miro incrédula.

—Sabía que dirías algo, pero, por favor no repares en las tonterías que dice Andre.

—No reparo en esas cosas —replica esquivando mi mirada—, descuida...

—Preferiría, Luisa —la inalterable voz de Andre llega hasta nosotros desde la entrada del apartamento a la cocina—, que antes de que te presentes en mi casa, me llames para confirmar que puedo recibirte —Luciano y yo nos miramos, la duda como reflejo de nuestras miradas—. Aclarado ese punto, ¿qué se te ofrece?

—Lo ves, Migue, que tu papá no te quiere —no hace falta que Luisa levante la voz para que también podamos escucharla.

—¿Qué estás haciendo? Ven, campeón.

Confundidos, Luciano y yo tratamos de conectar nuestros pensamientos, la inquietud sigue impresa en nuestras miradas. Luisa Bernard está en la puerta con el niño, lo que no nos deja opción de ocultarnos, salir de la cocina y atravesar el pasillo hacia mi antigua habitación es exponernos a que ella o Migue nos vean desde la entrada. Que descubran a Luciano, por el momento, es imposible.

—Tranquila —me dice al oído, lo único que se me ha ocurrido es protegerlo, como si yo fuera un escudo; sí, es bastante estúpido pensar que colocándome delante de él voy a volverlo invisible, Luciano es cerca de quince centímetros más alto que yo.

—Ella está ahí, ¿cierto? —vocifera Luisa.

—Luisa, si viniste para que me quede con Migue, no debiste molestarte en traerlo, pensaba ir

a buscarlo.

—¡No, ya no, no voy a dejarlo aquí contigo y esa arpía que tienes ahí dentro!

Hago una exhalación profunda. ¿Hasta cuándo Luisa mantendrá estos celos que siente por Kira?

—La arpía es mi hermana, supongo —me dice al oído. Sé que se va a leer algo enfermizo pero por mí me quedaría así pegada a Luciano toda la vida, no tendría inconvenientes con que Luisa quiera quedarse la mañana completa, en la puerta del apartamento, discutiendo con Andre, con tal de que él y yo podamos estar así de cerca.

—¡Es ahora mismo me va a escuchar!

—¡No, Luisa, no puedes pasar!

Cuando me vuelvo para mirar a Luciano veo que está consternado, consciente de que sus días de anonimato en ciudad Verano terminaron. Lo próximo que sé es que Luisa Bernard está delante de nosotros.

—Lo siento, bro —Andre aparece detrás de ella, rascándose la nuca. La carcajada de Luisa es insoportable.

—Así que aquí es donde se esconde el gran Luciano Seri...

—Luisa... —doy un paso adelante para intervenir, pues sabiamente Luciano ha preferido quedarse callado, pero él coloca sus manos sobre mis hombros para detener mis impulsos.

—El mundo entero creyéndote un prófugo de la justicia mientras tú estás aquí —se inclina hacia un lado para mirarlo, Luciano todavía lleva puesto solo un boxer. Alcanzo un paño de la cocina y se lo pongo delante para cubrirlo—, con tu querida novia... —arquea las cejas y sonrío maliciosamente al mirarme—. Y pensar que todo este tiempo te he creído una mosca muerta, Lucía, pero has sido más astuta que muchas. Bien hecho.

—Suficiente, Luisa —le dice mi primo. Yo solo la miro, incapaz de defenderme porque como lo ha insinuado Luciano, no vale la pena.

—Listo —encoje un hombro con jactancia—. Te dejo al niño por unos días. Necesito ir a Lara —supongo que se dirige a mí al dar su último argumento—, entrevista de trabajo, ya sabes —encoje un hombro y sonrío como si ahora fuera nuestra cómplice—, no iba a quedarme trabajando para ti eternamente, Lucía. Pero ya puedo ir tranquila —se inclina para darle un beso al pequeño, que todo este tiempo ha estado con la mirada gacha, de la mano de su padre, luego nos mira nuevamente, a Luciano y a mí, y vuelve a reír—. Te felicito, Lucía, ya era hora que tuvieras una cita —me da un guiño y sale del apartamento.

Las miradas de Luciano, Andre y la mía se cruzan, mi primo está muy avergonzado.

—No pude hacer nada, bro, lo siento.

—¿Crees que hable? —Doy algunos pasos adelante hasta quitarle al niño de la mano y abrazarlo. Conozco a Migue, sé que, aunque es muy joven, puede establecer diferencias entre cuando su madre sabe comportarse y cuando es una maleducada.

—No lo sé.

—Será mejor que se lo adviertas —susurro.

—No —interviene Luciano.

—¿No? —Andre y yo preguntamos al mismo tiempo.

—No.

—¿Por qué? —Inquiero.

—Creo que si le hacemos esa advertencia... —Luciano hace una pausa y mira al niño, puedo leer que se contiene de emitir un juicio verdadero—, será como retarla para que la verdad salga más pronto a la luz pública.

Los tres nos miramos, como si estuviésemos haciéndonos la misma pregunta: *¿están de acuerdo?*

—Creo que Bro tiene razón —acuerda Andre luego de unos segundos—. Al sentirse amenazada, podría recurrir a alternativas que no nos convienen.

—Esto es alarmante —opino.

—No te preocupes —avanza hacia mí y pone un beso en mi pelo—, todo esto formaba parte del riesgo de venir aquí.

La dulzura siempre constante en su mirada ahora parece nublada por la preocupación, pasa por mi lado y sale de la cocina, dándole una palmada en el hombro a Andre a modo de camaradería. Por unos segundos me preocupo, pero mi primo me hace una señal de que ha salido para cambiarse de ropa. Entre hombres deben entenderse, me relajo un poco.

—¿Qué les parece si desayunamos? —Propongo, mirando a mi sobrino—. ¿Comiste algo, Migue?

El niño niega con la cabeza.

—Sale de viaje sin darle algo de comer al niño —balbucea el padre de la criatura.

—Pues nosotros tampoco —le doy un codazo a mi primo. Es muy cierto lo que ha expuesto, pero pienso que los padres, especialmente cuando están divorciados, deben reservarse las opiniones negativas que tienen entre sí para no influenciar a los hijos de acuerdo a esos juicios.

—Ven, campeón, tomemos asiento para esperar que tu tía nos dé desayuno.

En pocos minutos estamos todos sentados en la mesa de la cocina, desayunando, Migue no se atreve a levantar la mirada, los demás no podemos hablar entre sí, solo nos miramos unos a otros.

—Esto está muy bueno —digo, tratando de romper el silencio.

—Es la mejor tortilla que he comido en mucho tiempo, bro.

—Es su especialidad, la tortilla española —que aprendió a cocinar con sus compañeros del famoso club.

—Ustedes dos no saben lo que es una tortilla si piensan que ésta es la mejor —dice con un poco de su modestia cínica, si es que tal cosa pudiera ser, mientras consume un bocado—. Tú no me pongas los ojos en blanco —me toca la nariz.

—Si no aceptas un cumplido por el desayuno que me has invitado... —veo que Migue me mira disimuladamente.

—¿Y a ti te ha gustado, pequeñín?

Al notar que Luciano se ha comunicado con él, muy sorprendido, el niño casi se ahoga con el bocado de comida que apenas se ha llevado a la boca.

—¿Estás bien? —Su padre le da algunas palmadas en la espalda hasta que el niño consigue pasar el bocado con un poco de agua que le ofrezco. El pequeño asiente sin levantar la mirada—. Responde, campeón.

—Es que tu padre y yo hemos de ser muy maleducados —intervengo—. Aunque sabemos que lo conoces porque sigues todos sus partidos...

—Tía... —avergonzado, me suplica con la mirada que no haga lo que intuye que voy a hacer.

—¿Qué? —me sonrío—. Es la verdad —le susurro a Luciano, que mira al niño con cierto orgullo—. Bueno, que sepas que es un amigo de la familia —agrego mirando al hombre a hurtadillas, ya que lo tengo al lado—, Luciano, él es Migue, mi querido sobrino.

—Hola, amigo —Luciano extiende la mano, pero Migue es incapaz de mirarlo o pronunciar palabra.

—Hey, campeón, ¿es que no tienes modales?

—¡Papá...!

Nunca lo había visto tan cohibido delante de alguien.

—Hola —apenas le dice luego de darle la mano.

—La tortilla que estás desayunando la hizo él —Luciano me mira de soslayo, como diciéndome “Suficiente, Santa Lucía”.

—¿Qué...? Está muy buena, ¿no te parece, Migue?

—Tía... —juega con la comida apenas sonriendo.

—Yo la encuentro deliciosa —me inclino para besar en la mejilla al cocinero—, estoy muy agradecida del desayuno, a pesar de las circunstancias —añado entre dientes—, y solo espero que... —le miro, él parece interesado en mis palabras, pero no puedo terminar la idea.

Luciano parece confundido.

—Vamos, que se repita, bro, eso quiere.

Luciano arquea las cejas, como el niño hace un momento también se ha ahogado con la comida. Mi primo cada vez me gusta menos. Unos minutos luego, dejando al chico más adaptado a la personalidad que está en el apartamento de su padre, me retiro a la dulcería.

—Nos tenías preocupadas —me dice Cat—, es tan poco particular de ti, no contestar el teléfono —cuando he regresado a la habitación de Luciano para buscar mis pertenencias he visto diez llamadas perdidas y ocho mensajes de Catalina—, ¿dónde has estado? ¿Estás bien?

En general ella y todas las empleadas me tratan como si viniera de la sala de emergencias.

—Lo siento, anoche se me hizo tarde en el apartamento de Andre —evito la risita que me traen los recuerdos de la noche— y preferí quedarme ahí. Mi teléfono se quedó sin batería.

Cat asiente sonriendo, siempre cree lo que le digo, bueno, también es porque generalmente no miento.

—Te informo que tu empleada estrella reportó que no vendrá por dos días.

—Ya lo sé.

—¿Te lo dijo?

—Eh..., sí.

—Dijo que tiene una entrevista de trabajo en Lara, ¿has de creer?

—Espero que la consiga, Cat, porque ya no quiero que continúe con nosotros.

Roberta y Lola, que están en el fondo de la cocina haciendo postres, murmuran entre sí. Catalina las mira sugestivamente hasta que ambas comprenden el significado de la amonestación y continúan su labor.

—Así que te decidiste, ya era hora.

—Nunca es tarde para tomar grandes decisiones. Gracias por tu apoyo, Cat —la abrazo—, por abrir la dulcería y encargarte de todo cuando no estoy.

—Sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé. Necesito una ducha antes de atender todos mis quehaceres.

—Ve, ve —le sonrío y me doy prisa, pero antes escribo un mensaje:

Por acá todo en normalidad. Aquella no ha hablado.
Qué bueno, yo por acá creo que tengo un nuevo amigo.
Sabía que lo conseguirías
Me preguntó si soy el novio de su tía.

El corazón me palpita rápidamente ante la angustia de lo que tal idea pueda representar para él. De pronto me siento muy agitada.

¿Qué debería decirle?

Que es complicado, que tú ya tienes novia, que solo soy un romance de verano.

Suspiro. Me siento muy desdichada.

Solo tú tienes la respuesta a esa pregunta.

Nada que perdonar

—Es temprano, Santa Lucía... —se quita la playera, exponiendo a mis ojos esa espalda musculosa que mantiene. Es curioso que le he visto desvestido varias veces desde que comenzó esta especie de reconciliación y que todavía quiera comerlo con los ojos cuando muestra algo de piel.

Reconciliación, eso me gustaría que fuese, pero no estoy segura de que sea lo que está sucediendo, probablemente no pues, a pesar de que se siente el afecto entre ambos y la historia que nos une, no debo olvidar que está comprometido con otra mujer. Sin embargo, cuando no me dejo atormentar por pensamientos parecidos trato de disfrutar la ilusión de estos sentimientos, como esta mañana, por ejemplo, cuando he sido consciente de que quién ha amanecido a mi lado, tal como lo recuerdo de los tiempos pasados, aunque el escenario sea distinto, es él.

Anoche se presentó en la dulcería cuando estaba dándole la vuelta al cartel de “Abierto”, casi se cruza con Catalina, que suele quedarse hasta el final de la jornada, pero tuvo suerte; fue todo muy romántico, me hizo conversación mientras me ayudaba a guardar la loza y a poner en orden la cocina de *Sweetland*, pero ahora estamos afuera de la cabaña, mirando el mar, luego de un intenso entrenamiento.

—No hay moros en la costa —argumenta mirando en una dirección y otra para cerciorarse de que Tessa Díaz no esté cerca con su cámara indiscreta—, y hace mucho tiempo que no entro en estas aguas cristalinas de ciudad Verano —se quita los zapatos y las medias, esta mañana ha salido en shorts; ha venido tan preparado para quedarse conmigo que en la maleta del coche de Andre, ha traído una mochila con ropa de cambio—, ¿qué dices?

—Piensas meterte al agua...

—Sí, ¿tú?

—Ah-ah.

—¿Por qué no?

—El agua debe estar fría.

—Pero qué excusa tan floja —se aproxima a mí—, estamos en ciudad Verano en pleno estío, si el agua está de una forma es tibia.

Lo próximo que sé es que estoy soltando un grito agudo, de esos que suelen dar las chicas sensibles en las películas cuando son sorprendidas y echadas al hombro de su interés romántico como si fueran un costal de papas.

—¿Qué haces?

—Llévate a nadar conmigo.

—¡Pudiste pedirlo amablemente!

—Te lo pedí amablemente.

—No, solo dijiste, *voy a entrar a estas aguas cristalinas, Santa Lucía...* —trato de hacer su voz, incluyendo frases que no ha dicho exactamente pero que serían muy propias de él.

—¿Y eso no es ser amable?

Aprovecho que no está mirando para hacer un mohín con mis ojos.

—No, eso es comunicar lo que vas a hacer.

—Apenas un detalle técnico.

—Claro, un detalle técnico. Espero no pretendas meterme en el agua con mis zapatillas.

Cuando se detiene creo que ha recuperado el buen sentido y que va a devolverme a la arena, pero eso no es lo que ocurre. Habilidosamente me quita cada una de las zapatillas, se da la vuelta y las lanza detrás de mí. Cuando vuelvo a ver la cabaña, que ahora está en un punto distante, también veo que mis zapatillas están justo donde ha dejado las suyas, además de ser el mejor jugador de fútbol del mundo es también un buen lanzador. Unos segundos luego mi cuerpo empieza a mojarse.

—Es injusto —Luciano me ha colocado delante de él y ahora está mirándome con sus ojos dulces y profundos—, tú solo te quitas la playera y ya quedas presentable para nadar en el mar, mientras que yo... —levanto los brazos para demostrar lo empapado que está mi top, afortunadamente hoy no he salido en pantalones de chandal sino en shorts de licra— no puedo hacer lo mismo.

—Tú también puedes hacer lo mismo, pero no creo que tengas el mismo impacto en la sociedad si fueras la que se quedara sin... —apenas toca mi top, luego mira a los lados, como verificando que la playa sigue desolada, en todo caso el área de los pescadores está lejos de mi cabaña, luego me atrae hacia él y me da uno de sus besos rápidos pero con la intensidad precisa impresa, como cuando todavía intentaba mantenerme al margen en la cocina de mi hermana, en aquel paseo a Lara, cuando éramos más jóvenes, en el que comenzamos nuestra preciosa relación, ocho años atrás—. Siempre me ha gustado ese cuerpo de sirena que tienes, Santa Lucía —me dice al oído antes de zambullirse y alejarse nadando, dejándome descolocada—. ¿Adónde vas?

—¿Ves esa isla de ahí?

Se refiere a ese punto exótico que flota sobre el mar, a algunos cien metros de la orilla de la playa, una isla muy pequeña e inhabitada, pero bastante curiosa por sus cocoteros y helechos. Respiro profundamente, creo que tendré que seguirle.

—Wow..., Santa Lucía, no sabía que tenías el set de *La Laguna Azul* en tu patio —exclama saliendo del agua, admirando el paisaje—. Esto es paradisíaco —me toma la mano para ayudarme a salir también—. ¿Estás bien?

Me planto delante de él con mis brazos en jarra y le sonrío.

Más que bien.

—¿Cansada?

Uso mi mano como visera para cubrirme de un ligero reflejo del sol, que está saliendo en todo su esplendor, luego niego con la cabeza.

—¿Segura? —Me rodea la cintura y me da una mezcla de su mirada dulce y cínica—, ¿o es que, como yo, estás impresionada de la belleza del paisaje, de lo bonito que es todo por aquí, por ciudad Verano, que no puedes hablar? —Acorta un poco más la distancia entre ambos, también le rodeo con los brazos y me inclino para besarlo rápidamente, él me estudia durante unos segundos y me toma la mano antes de ponernos a andar—. ¿Cómo es que en tantos años viviendo en ciudad Verano, no había venido a este escondite tuyo?

Le sonrío, siempre ha sido fácil sentirse alegre cuando estoy en su compañía.

—Es porque la isla viene con el contrato de la cabaña —me mira de soslayo.

—Estoy por creerlo —avanzamos, parece que quiere explorarla, lo cual será muy fácil y rápido pues la isla apenas cuenta con algunos ciento ochenta metros cuadrados—. ¿Cómo diste con tu cabaña? —toma una cayena y me la coloca justo detrás de la oreja.

—Un día Melissa y yo estábamos mirando lugares en los que..., bueno, ya sabes, colocar *Sweetland* y, pues, luego de varios días, no encontraba uno que fuera ideal, apareció ésa preciosa cabaña que es ahora —trato de enfocarla en la distancia, la vegetación de la isla obstruye un poco

la visión, pero aún se detecta—; en aquel entonces no era más que algunos muros abandonados.

Él me mira unos segundos antes de responder.

—¿Por qué no colocaste la entrada de la dulcería hacia el lado de la playa?

—Quería el paisaje para mí sola —le limpio las cejas con los dedos, es algo que siempre me ha gustado hacer.

—Bien pensado —me toma la mano nuevamente y continuamos caminando en silencio hasta que nos detenemos en un claro para sentarnos sobre la arena, su espalda contra un cocotero, yo me coloco entre sus piernas—. *Sweetland Lu-lú* —le escucho decir directo en mi oído—, interesante nombre.

Me río tímidamente, sintiéndome afortunada de que no pueda detectar mi vergüenza, fue en su honor que le coloqué ese nombre a la tienda.

—Recuerdo que cuando colocaste la foto de tu tienda en tu cuenta de Instagram quise llamarte para preguntarte por qué le habías puesto ese nombre tan particular —me besa en el hombro.

¿Sí?

—Pero el orgullo me ganó.

—Colocarle ese nombre a la tienda y presentar la foto en las redes fue mi último recurso para llamar tu atención —le confieso, todavía evitando su mirada.

—¿Sí?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, creo, siempre has sabido el gran idiota que soy —él me atrae hacia él haciendo que descanse sobre su pecho.

—¿Qué me habrías dicho?

Puedo sentir la tensión en su cuerpo, cuando la saliva pasa por su garganta antes de hablar:

—Si ese Lu-lú —se pone a jugar con el tirante de mi top— lo habías colocado por la forma en que según tú yo digo tu apodo.

—¿Y qué habría pasado cuando yo te dijera que sí? —Sus manos juegan con mi piel por debajo de la ropa húmeda, haciéndome temblar; mi corazón se siente muy agitado.

—Primero habría pensado que yo todavía te importaba... —su voz es ronca.

—¿Y segundo? —Me aparta el pelo para besarme en el cuello, luego aparta los tirantes de mi top y continúa besándome. Yo no lo resisto y me vuelvo para colocarme a horcajadas sobre él, proporcionándole acceso a sus deseos y a los míos. Me besa profundamente, su lengua invadiendo mi boca, la mía jugando con la suya. Sin embargo, esa cosquilla de qué habría hecho, cuando no movió un dedo para contactarme me perturba la mente, no me deja entregarme a este momento como debo. Interrumpo lo que está pasando.

—Yo te diré qué habría sido lo segundo —sus ojos están conectados con los míos—: *nada* —subo los tirantes de mi top y me pongo de pie. Alcanzo a ver que le he descolocado.

—¡Hey...! —Al levantarse me detiene por el brazo.

—¿Qué...? —Me hiere que no hiciera algo para que estuviéramos juntos nuevamente, si tanto me extrañaba y si de ese modo en el que quiere dar a entender le emocionó que ese *Lu-lú* fuera un tributo a él, ¿por qué no me buscó?—. Debemos volver.

Los dos mantenemos la mirada sobre el otro por unos segundos hasta que, sin argumentos, me deja ir.

Cuando regreso a tierra firme junto nuestras pertenencias, su playera, sus zapatillas y las mías, y furiosa, me adelanto a la cabaña. Él entra detrás de mí y cierra la puerta, mi patio apenas está delimitado por una cerca de madera a prueba de curiosos, dejo los artículos en la mesa de jardín y me coloco debajo de la ducha que tengo aquí justo con el objeto de sacar el agua de mar antes de

pasar a la casa; él se mete conmigo.

—Sí habría hecho algo, Santa Lucía —me coloco el champú en el pelo y él me ayuda a frotarme, hago lo mismo con él cuando es su turno—, en ese momento fui un cobarde, pero sé que si hubiera obtenido de ti alguna señal positiva te habría buscado nuevamente.

—La señal era el nombre de mi tienda, pero no actuaste.

Retrocede un poco cuando se lo echo en cara y hace el intento de replicar, pero le detengo.

—Ya no importa.

Rápidamente me saco el champú y salgo de la ducha, tomo una toalla que tengo en una estantería adjunta y dejo otra para él en la mesa de jardín antes de pasar a la casa.

—No importa pero estás molesta —luego de un par de minutos se incorpora a la habitación conmigo. Me cubro con la toalla pues he comenzado a cambiarme la ropa húmeda.

—No estoy molesta —me defiendo—. No puedo estarlo —me encojo de hombros—, sucedió así.

Él se detiene delante de mí para tomarme de la cintura.

—No te cubras cuando estés conmigo, Santa Lucía.

Cuando me pierdo en la profundidad de sus ojos dulces, siento que mi toalla cae en el suelo.

—Perdóname —me dice.

Le limpio las cejas nuevamente y me pongo de puntillas para besarlo.

—Nada que perdonar.

Por la noche me siento inquieta, hoy hemos cerrado temprano la dulcería, apenas son las diez y ya estoy acomodada en mi cama lista para dormir, solo que no puedo concentrarme en eso, lo único que está en mi mente es Luciano y todas sus formas. No hemos vuelto a vernos desde la mañana, luego de que me hiciera el amor después de nuestra breve discusión, pero no se estableció una promesa de que volviéramos a vernos más tarde, solo se ha despedido sin más, y eso me hace sentir insegura. Tengo mucho miedo de perderlo antes de que sea el momento, si debe estar en España en agosto, solo le resta una semana más aquí. Se me escapa una lágrima. ¿Qué será de mí después de ese tiempo? Esta vez no creo que pueda resistir la separación.

Me despierto a medianoche, me he quedado dormida sollozando por mi irreparable futuro. Por costumbre tomo el teléfono para asegurarme de la hora y ver las notificaciones, tengo algunas etiquetas de Instagram y un sobrecito. Es un mensaje de él.

Pensando en ti, Lucía. Avisame si puedo acercarme a verte.

El mensaje es de las once, pero ya es la una. Una lágrima involuntaria se me escapa del ojo.

Me quedé dormida temprano. Me habría gustado que vinieras.

Le respondo, esperando que pueda leerlo por la mañana, pero recibo la respuesta inmediatamente.

¿Es demasiado tarde para ir ahora?

Advertencia

—Cuéntame de Melissa —me dice cuando alcanzamos la cima de la montaña en la que nos encontramos hace tres días—, no hemos hablado de ella.

Nos sentamos en el borde, en el mismo lugar en el que me encontró cuando todavía no le perdonaba su rechazo.

—Ah, pues, Melissa está embarazada.

—Vas a ser tía...

—Sí, de una niña.

—¿Qué nombre va a tener?

—Amelia.

—Como tu mamá. Un bonito nombre, me gusta.

—Gracias... Sí, lo es.

Me doy cuenta de que he bajado la mirada y de que me siento sonrojada, es bonito que recuerde tan bien estos detalles.

—¿Cuándo es su día?

—Dentro de un mes y medio.

Él asiente pero deja de mirarme para enfocarse en el horizonte.

—Será un momento especial, has de estar esperándolo.

—Sí, de hecho me pongo muy nerviosa cuando pienso en ese día. Melissa quiere dar a luz a la niña.

—Nada de modernidades como una cesárea.

—No, ya sabes cómo es.

—Sí, una chica muy valiente... Como su hermana —agrega ladeando la cabeza hacia mí.

—¿Qué tengo de valiente?

—Todo lo que has conseguido, Santa Lucía, ha sido por tu determinación. Eres admirable.

—Entre los dos, tú eres el que has conseguido los triunfos.

—Lo mío ha sido suerte, buena y mala.

—¿Cómo es eso?

—Hacer lo que me gusta sí me ha hecho triunfar, pero también perder... —esquiva mi mirada —, aspectos de mi vida que han sido importantes. Pero no hablemos de eso, Santa Lucía, mejor continuemos hablando de tu hermana, cuéntame, ¿siguen viéndose regularmente?

—Eres muy astuto cuando quieres cambiar de tema.

—Siempre trato de ingeniármelas cuando no quiero hablar de mí. Responde mi pregunta.

—Sí, cuando no puedo viajar ella viene a verme, pero ahora que está en sus últimas semanas de gestación, quien se moverá a verla soy yo... Este sábado.

—Éste sábado —no lo pregunta.

—Sí —me mira un segundo y luego vuelve la mirada al horizonte. Yo hago lo mismo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar con ella?

—El fin de semana.

Le veo asentir.

—¿Tú, qué harás? —Le pregunto luego de unos segundos.

—Creo que comunicarme con mi abogado, preguntarle cómo va mi caso.

—Claro...

—Eso además de una clase de fútbol que le prometí a un pequeñín —me mira de soslayo.

—Espero que no esté dándote demasiado trabajo.

—Nada de eso, es un chico muy agradable. Increíble, todavía me parece, que sea el hijo de una relación no afectiva entre tu primo y *Luisa Bernard* —dice el nombre de la chica con cierta reserva.

—Sí, es una situación bastante singular. ¿Sabes si se ha comunicado con alguien?

Me refiero a algún medio de comunicación o establecido contacto con el administrador de una red social importante.

—Hasta ayer no.

—Puede que no fuera tan importante para ella encontrarte ahí, con nosotros.

—Con mucha suerte, esperemos que sea así.

Me miro los dedos por unos segundos. Aunque sé que no es mi culpa lo que está sucediendo, de alguna forma me siento responsable, si no me hubiera quedado a desayunar, tal vez Luciano no habría estado expuesto cuando Luisa se presentó en el apartamento de Andre.

—Pero adoras a ese niño —interrumpe mis pensamientos.

—Ese niño lo es todo para nosotros, es nuestro consentido.

Me mira de soslayo y sonrío, aunque no puedo distinguir la alegría en su mirada.

—En cualquier momento tendrás uno también.

Bajo la mirada y ladeo el rostro, me entristece la idea de que en sus buenos deseos, ese bebé no sea suyo.

—Yo estoy aprendiendo a quererlo también —reconoce para mí al mirarme de soslayo, antes de pasar un brazo alrededor de los míos. Le sonrío, su afecto por Migue representa mucho para mí. Apoyo mi rostro en su hombro y permanecemos quietos y en silencio durante algunos segundos, cada uno en sus propias reflexiones, mientras admiramos el amanecer.

—¿Volvemos a casa? —Le pregunto luego de unos minutos, si sigo dándole vueltas al asunto de su pronta ausencia voy a ponerme demasiado paranoica. Él asiente y me ayuda a incorporarme.

—Debes tener mucho que hacer.

—Algo así. Tomados de la mano, hablando de temas triviales, regresamos hasta mi cabaña, donde sin fuerza de voluntad termino entre sus brazos.

Más tarde, cuando me incorporo a la cocina de la tienda, Catalina, Roberta y Lola están amontonadas alrededor de la tele que tenemos aquí.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

Las tres se dan la vuelta pero cubren la pantalla, sin embargo puedo distinguir la voz de Becca, que está haciendo un reporte sobre el caso del futbolista Luciano Seri, algo sobre la falta de pruebas que demuestren su inocencia por evasión de impuestos, pero también la escucho decir que se ha dado a conocer la pista de que su contador ha desaparecido y se presume que ambos se han dado a la fuga.

¿Qué?

Las tres chicas están mirándome, rebuscando en mis gestos algún rastro de mis sentimientos, pero trato de mantenerme impertérrita. La declaración de quien reconozco como la voz de Vladimir Alonso hace que al menos dos de ellas se vuelvan hacia la pantalla nuevamente para seguir el escándalo del momento. El abogado de Luciano asegura que su representado no es prófugo de la justicia sino que se está tomando un merecido descanso y que estará presente ante la corte en la fecha prevista. Después de darme una mirada significativa, en la que me pregunta si

deseo mirar las noticias, Catalina se aparta para que ahora pueda ver las imágenes de Valerie Meyer saliendo de su residencia de Los Ángeles, siendo acosada por reporteros que indagan con ella el paradero de su prometido, que la cadena de televisión está presentando como parte de todo el circo que hay alrededor de la vida de Luciano Seri.

Siento una punzada en el estómago cuando escucho la referencia que une a la actriz con ese chico que ha pasado las últimas tres noches en mi cama.

—Ella se ve que no está pasándola bien... —entre dientes Roberta le comenta a Lola—. Nada bien. El niño de oro de ciudad Verano prófugo de la justicia...

Catalina me mira de soslayo y apaga la televisión.

—Será mejor que dejemos de flojear —las dos mujeres se miran como si estuviesen contándose un secreto, pero asienten.

—¿Cómo está, señorita Lulú? —Preguntan las dos, todavía nerviosas.

—Muy bien. Como lo dijo Cat, es mejor que se pongan a trabajar —las chicas me sonríen antes de regresar a sus puestos de trabajo, pero me dirijo en voz alta a la que emitió la opinión sin contemplar los hechos—: Eh, Roberta —la chica se vuelve, su actitud es altiva—, él no es un prófugo de la justicia.

La muchacha se impacta brevemente de mis palabras, pero se defiende.

—No he querido decir eso, señorita —se defiende respetuosamente.

—Ya sé que no.

La chica no se intimida, pero tranquilamente y sin hacer más réplicas regresa con su compañera a continuar la labor.

—Esas chicas son demasiado inoportunas, no les hagas caso.

Niego con la cabeza y me pongo el delantal.

—¿Es eso lo que todos piensan, que Luciano es un prófugo de la justicia?

—No lo sé, Lulú —me sonrío reflejando la pena que siente por mí—. Lo importante aquí es saber cómo te sientes tú, cuál es tu opinión.

Bajo la mirada, no quiero hablar del tema.

Cat me conoce tan bien que respeta mi silencio, me aprieta el hombro antes de regresar a su oficina, una señal inequívoca de que cuento con su apoyo, aunque no tenga idea de lo que está sucediendo realmente.

Una parte de la mañana transcurre entre los mejores recuerdos de los últimos días, la imagen de la sonrisa cínica y la mirada dulce y profunda de Luciano, sus caricias y atenciones; pero la otra parte la paso agobiada por todas las preguntas que no he formulado porque deduzco las respuestas:

¿Volverá a España?

Por supuesto que sí.

Después de todo lo que ha sucedido entre nosotros, cuando esté allá, ¿seguirá comprometido con Valerie Mayer?

Ni cómo ponerlo en duda.

Ese anillo de compromiso parece el accesorio favorito de la chica.

A hurtadillas miro a los lados para cerciorarme de que no me están mirando y lo extraigo del bolsillo de mi pantalón. Con nostalgia lo detallo unos segundos, esta mañana, mientras él ha estado en la ducha, lo he sacado del cajón de mi mesa de noche y he fantaseado con la idea de ser su prometida nuevamente. Suspiro, sigue siendo el anillo más precioso del mundo. Me limpio una lagrimilla para tratar de equilibrar las emociones, muy objetivamente soy capaz de establecer diferencias y lo que es racional en la vida de ambos. Aunque duela, porque va a doler y será

fuerte, espantoso, peor que antes, lo mejor será ponerle fin a lo que está sucediendo.

Inhalo profundamente, sintiendo el nudo en la garganta y las lágrimas amontonarse, pero es necesario. Saco el teléfono de mi delantal y le escribo un mensaje:

Creo que no debemos vernos más.

Al mediodía me reúno con Kira, hemos quedado para almorzar en la pescadería de Romario.

—Ayer he pasado parte del día con Andre y el niño —me cuenta.

—Ah, ¿sí?

Me contenta saberlo.

—Sí —ella sonríe—, ese niño es adorable, Lucía, y Andre es un padre maravilloso con él.

—Andre adora a Migue, si por él fuera tendría su guarda y custodia, pero lastimosamente el niño es el elemento por el que Luisa Bernard controla a mi primo.

Kira aguarda unos segundos antes de responder.

—Siempre me sentiré arrepentida, Lucía —al hacer esta introducción sé que va a hacer referencia a aquel incidente que sucedió entre ella y Andre, el día de la exhibición^[15] de la secundaria Eyre, en la que ambos participaron, ella como capitana del equipo de volley y él como la mascota de la secundaria, cuando en un arrebatado de celos, Kira lo denunció con el dueño de la escuela—, de mi baja actuación con tu primo en aquel momento.

—Eso fue hace tantos años, Key, que no creo que Andre lo recuerde.

—Justamente, han sido años desgraciados, en los que me ha tocado verlo desde la distancia, saber que está ahí y que está loco por mí, sin que podamos estar juntos. Porque solo yo tuve la desdichada idea de ir contra el chico del cual estaba enamorada para enviarlo a los peligrosos brazos de la chica que más envidia me ha tenido siempre.

—Eso que pasó solo demuestra que eres humana, Key; pero no comparto tu opinión —su mirada refleja confusión—, no enviaste a Andre a los brazos de nadie. Ese desliz es total responsabilidad de mi primo.

—Un desliz que trajo como consecuencia a ese tesoro que tienes por sobrino —ella sonríe con nostalgia.

—Migue es la ilusión de todos en la familia, por él no condenamos lo que pasó con Luisa.

Ella suspira.

—Yo tampoco lo condeno, no me malentiendas.

—Sé que no —le sonrío porque sé que le encanta ese niño, se le nota cuando están juntos los tres.

—En aquel tiempo era una muchachita demasiado orgullosa y caprichosa que creía saber lo que quería, pero estos días que he compartido con ambos solo he tenido cabeza para pensar que si no me hubiera dejado llevar por el orgullo Seri, si no hubiera sido tan obstinada, tal vez ese niño podría ser nuestro.

Coloco mi mano encima de la suya para demostrarle mi apoyo y le sonrío.

—Al ser de él también puede ser tuyo, solo tienes que perseguir tu felicidad.

Ella me sonrío también, pero no es más que el reflejo de su infelicidad.

—¿Le sigues queriendo, no es así?

—Nunca he dejado de quererlo, Lucía.

—Ya lo creo... Kira Seri hablando de tener niños es algo nuevo.

Consigo que ría.

—¿Y tú, Lucía? ¿Qué pasa con tu felicidad?

Bajo la mirada. Mi felicidad es relativa a una fantasía, existe solo entre sueños y quimeras.

—Soy feliz a mi modo, Key.

—Claro, tienes una bonita cabaña y una tienda exitosa, pero, ¿nada más?

Lo sé, se supone que la mujer moderna no requiere de un compañero para sentirse completa, de hecho yo me creía muy actual, hace algunos años, cuando regresé a ciudad Verano para desenvolverme en el mundo de la repostería, pero ahora que he conseguido ser exitosa profesionalmente sé perfectamente que algo realmente importante ha estado faltándome. Si tan solo pudiera confesarle a Kira lo confundida que he estado sintiéndome últimamente me serviría de mucha ayuda escuchar sus introspecciones, pero eso significaría confesarle que su hermano está en la ciudad y sigo desautorizada para decirlo.

—Desde que regresaste de España no saliste con nadie más.

—Claro que salí..., con Tony, ¿recuerdas?

Tony es un chico que conocí al azar en los tiempos que trabajé en la heladería Seri, cuando todavía iba a la secundaria, que a mi regreso de España salió conmigo con propósitos de popularidad. Su único objetivo era subir en las redes sociales que había tenido una cita con la exprometida de Luciano Seri.

—Ah, sí, cierto. Mi hermano trató de ocultar sus emociones, pero recuerdo que se mantuvo bastante hosco cuando lo supo.

—¿Sí? —Las mariposas revolotean en mi estómago ante esta nueva verdad.

—Dijo algo como que ese chico quería salir contigo desde hacía mucho. Creo que se alivió cuando unas semanas más tarde le dije que no había pasado nada entre ustedes —ella le unta otro poco de mantequilla a su pan y luego comenta lo siguiente—: Me atrevo a creer que nunca has podido olvidar a mi hermano.

En el estómago recibo un pinchazo, pero niego con la cabeza, sintiendo, además, que se me forma un nudo en la garganta. Pienso que si Kira está confesándose de esta forma tan abierta conmigo, no tengo por qué ser tan reservada con mi propia historia.

—Lo que nunca comprendí es por qué lo dejaste, Lucía.

Como si fuese ese momento siento pánico y creo que voy a llorar.

—Porque me sentía confundida y algo sola —consigo responder—, él estaba cada vez más ocupado y yo necesitaba, anhelaba realizarme como profesional. Pensé que en España, siendo su sombra, no lo conseguiría; pero nunca pensé que él no volvería a buscarme.

—Yo tampoco, pero sé que detrás de esa armadura de hierro que suele tener, estaba pasándola muy mal.

Me sostengo el rostro con la palma de la mano. No quiero volver al dolor de aquellos días.

—Tú tampoco volviste a buscarlo.

—Pensé que no quería saber de mí.

—Siempre estuvo loco por ti, Lucía.

—Ni tanto. Va a casarse con otra mujer.

Ella niega con la cabeza.

—Sé que todavía te quiere, sino, por qué cada vez que hablo con él habría de preguntarme si te he visto, por qué habría de interesarle si estás saliendo con otra persona.

—¿Te pregunta por mí?

—Todo el tiempo.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque tú parece ser particularmente celosa de este tema.

Sí, es cierto, prefiero evitarlo a toda costa.

—Se me ocurre una idea —en este momento la siempre sensata Kira parece irracional—: tal

vez deberías salir con alguien, quizá con ese Tony, ¡o con ese chico que trabaja con Becca...! — Veo que interrumpe la idea—. No te gusta, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Perfecto, lo que menos deseo es sembrarte la idea de que salgas con alguien para que mi hermano se ponga celoso y vuelva a buscarte, mientras tú te enamoras de ese otro chico por mi culpa.

—Kira —me río—, estás siendo demasiado imaginativa.

—Como sea... Sales con ese chico, les tomamos unas fotos, las publicamos en las redes y listo, le hacemos reaccionar a ese idiota que tengo por hermano.

—Mejor dejamos las cosas como están, Key.

Después de todo ni siquiera le importó mi mensaje de la mañana, simplemente no lo respondió. Está totalmente de acuerdo en que no volvamos a vernos.

En este momento el mesonero se presenta en nuestra mesa y coloca un plato de pescado frito y fresco para cada una.

Con el corazón destrozado por la falta de comunicación con Luciano, ordeno la tienda, algo inquieta por el fuerte viento y los relámpagos, ciudad Verano tiene una especial particularidad, las raras veces que llueve son como si al pueblo lo atravesara un huracán, las calles quedan desoladas, los comercios cierran temprano y los lugareños prefieren quedarse en casa. Ahora mismo lamento que Andre hubiera querido quedarse con Ruppert desde que fui con el terrier al apartamento, el pequeño es siempre buena compañía. Guardo unas copas para malteadas que quedaron afuera, me quito el delantal y empiezo a correr las persianas, desde donde veo que un coche conocido ha aparcado afuera. Mi primo ha venido a chequear cómo estoy, pero no es Andre quien apea. Mi corazón se detiene cuando veo a Luciano a través del vidrio aproximarse debajo del torrencial.

—No vuelvas a insinuar, decir, ni siquiera pensar que debemos separarnos —me advierte cuando abro la puerta de la tienda para recibirlo, desde donde, sin permitirme ofrecer una réplica, me besa con tal desesperación que me arden los labios, es una invasión de su boca sobre la mía, una conquista, está colocando su bandera sobre mí, reclamándome como suya, sin dejarme siquiera hacer una protesta—. ¿Lo entendiste?

Por respuesta le miro con deseo, tal parece que no puedo controlarme cuando estoy junto a él. Le quito la playera que está empapada por la lluvia y le acaricio el pecho musculoso antes de cerrar la puerta de la tienda.

—Ven —le tomo la mano—, vamos a colocar tu ropa en la secadora.

A la luz de las velas he horneado una torta de moras que a él siempre le ha gustado. Afuera se ha desatado una tormenta tan fuerte que algunas ramas de los árboles han caído sobre el cableado eléctrico impidiendo que haya servicio de electricidad.

—¿Por qué escribiste ese mensaje?

Pregunta mientras le sirvo café para acompañar el pastel. Tomo asiento junto a él, en este momento estamos teniendo una reunión privada en la dulcería, pero evito la respuesta a su pregunta.

—¿Ah? —Me toma del mentón para hacer que le mire y lo hago, me distraigo en su mirada dulce, desde la que adquiero valor para contestar su inquietud.

—Esta mañana presentaron noticias tuyas en el show de Becca —empiezo a explicarle.

—Las vi —su mirada se endurece—. ¿Por eso no quieres verme? ¿Piensas que soy un prófugo de la justicia? ¿Un estafador?

—¡No! —Tomo su mano—, por Dios, no...

—¿Estás segura? —Entorna los ojos para estudiarme.

Me levanto de mi silla para acomodarme en su regazo, él me recibe rodeándome la cintura, yo le beso en la mejilla y descanso en la suavidad de la bata de baño que se ha puesto mientras su ropa se seca.

—Muy segura. Siempre he valorado tu honestidad, Luciano, jamás he dudado de ti. Sé que apenas me he reencontrado contigo he debido hablar del problema para demostrarte mi apoyo, pero no lo creí necesario pues pensé que estabas seguro de que soy incondicional contigo.

—Yo también creí estar seguro, pero luego de tu mensaje me siento confundido.

Respiro profundamente antes de tocar este tema tan espinoso para mí que podría acelerar la ruptura definitiva de este romance veraniego que estamos teniendo. Me duele el alma pensarlo.

—Me siento mal porque... —le miro a los ojos una vez más antes de soltar toda esta inseguridad que siento, en su dulzura encuentro la confianza para continuar—, no eres mío —noto que frunce el entrecejo—. Quiero decir..., no que seas un objeto o algo parecido, sino que...

—Entiendo lo que quieres decir, Santa Lucía, no te expliques tanto.

—Bueno —me encojo de hombros—, te debes a otra persona. Estás comprometido con alguien más.

—Ah, eso... —su mirada dulce ha vuelto al cinismo tan característico del inicio de nuestra amistad hace mucho tiempo; como si mi argumento no tuviera sentido.

—Sí, eso... —abandono su regazo y le doy la espalda, no quiero que me vea enjugando lágrimas por él.

—Valerie... —el roce de sus labios en mi cuello hace que se me erice la piel, ha venido tras de mí y ahora está rodeándome con sus brazos.

—Es *Lucía*... —le corrijo antes de liberarme.

—¿Crees que no lo sé? —Puedo ver la burla en su mirada, pero levanta un brazo para intervenir—, Valerie y yo estamos distanciados.

—Eso no hace falta que me lo expliques, tú estás aquí, ella en Los Ángeles —él arquea las cejas y presiona sus atractivos labios, está evitando reír.

—Las cosas no han funcionado bien entre nosotros últimamente —se explica, aunque hay cierta burla en su rostro—. No han funcionado bien nunca.

Sacudo la cabeza. No quiero que este punto se convierta en un confesionario para él, pero, ¿es cierto eso?

—Igual es tu prometida, Luciano —le reclamo plantándome con los brazos en jarra. Él se inclina y hace un despliegue de besos en mi cara.

—Déjame... —forcejeo hasta que consigo apartarle y salir de la dulcería para pasar al lado de la cabaña.

—Lucía...

Me alcanza en la cocina, donde me toma de los brazos para inmovilizarme.

—A quien quiero es a ti —declara mirándome directo a los ojos, una mirada que no le sostengo a pesar de que sus palabras están haciendo eco en mi cabeza, las piernas me flaquean y todo a mi alrededor da vueltas—. ¿Lulú?

—¿Qué..., qué dices?

Me aparta el pelo de la cara y sonrío.

—Que no me importa Valerie. Nunca me ha importado.

—Pero...

—Sino podía tenerte me daba lo mismo, quienquiera que escogiera sería solo un accesorio.

—Pero...

—No me digas que no sientes una pequeña porción de lo que yo siento porque no voy a creerte.

Como siempre puede leerme demasiado bien. Como respuesta me inclino para besarle, él también responde a mi beso con ardor y desesperación, repasándome con sus manos sobre la ropa, a mí no se me olvida que solo lleva puesta mi bata de baño.

—No entiendo —digo cuando busco respirar, luego de unos minutos. No comprendo nada de lo que está sucediendo, si me ha querido siempre, por qué hemos estado separados por tanto tiempo.

—Yo tampoco lo entendía, Lucía, por qué necesitaste poner distancia entre nosotros hace cuatro años, pero ahora que estoy aquí lo comprendo. Necesitabas ser tú. Necesitabas realizarte en tu profesión.

Niego con la cabeza.

—Contigo también era yo.

—Pero había una parte tuya que estaba extraviada. Necesitabas encontrarte, Lucía.

Primero le beso, luego le abrazo, quiero quedarme así, con él, para siempre. No quiero perderlo otra vez.

—Mi compromiso también fue un intento fallido por llamar tu atención.

Le estudio por unos segundos, ¿es eso cierto?

—Tu compromiso me dolió muchísimo.

Me abraza.

—Lo siento, no lo sabía —le rodeo con los brazos, él es mi hogar—. Sigo enamorado de ti, Santa Lucía.

—Yo también de ti, Luciano.

Me aparto un momento, necesito chequear algo, que sus ojos digan la verdad, y sí, lo hacen.

—Nunca he dejado de quererte.

Lo más natural habría sido recibir un beso suyo, pero lo que hace es más significativo, me toma entre sus brazos durante un largo rato, como si en este abrazo estuviera compensando todos los años que no pudimos estar juntos, pero anhelando estarlo.

Por el momento no me importa si tiene que regresar a España o su compromiso con Valerie Meyer, esta confesión responde y aclara la incertidumbre que me ha atormentado por años. Ahora que conozco la respuesta solo puedo sonreír. Es a él a quien necesito para ser feliz.

Descubiertos

—Tengo una idea —me dice un poco antes de que sea la hora de salir a entrenar, los dos seguimos en mi cama, enredados uno con el otro—. Si no te parece demasiado comprometedor, claro.

De pronto me siento muy curiosa, me apoyo en el brazo para mirarle.

—¿Cuál? —Me acaricia el pelo antes de hablar.

—¿Qué dices si te llevo a ver a Melissa?

Pestañeo varias veces, esto no puedo creerlo.

—¿De verdad?

—Si no te molesta o crees que... —no le permito terminar, le beso toda la cara—. Sí estás de acuerdo, qué bueno —sonríe entre mis besos.

—Melissa se sorprenderá mucho de verte.

—¿Buena o mala sorpresa? No me gustaría meterte en problemas.

—No estarás metiéndome en problemas —él arquea las cejas de manera graciosa.

—Algo me dice que será una de esas situaciones en las que no le gustas demasiado a la hermana de tu chica.

—Ah, pero es que soy tu chica... —me pone los ojos en blanco—. Bueno, es interesante saberlo —me siento especial aunque él prefiera hacerse el indiferente—. Melissa no te odia, pero está un poco resentida porque... —*porque sigo enamorada de ti y ella, como yo, ha estado bastante segura de que has pasado la página de nuestra historia desde hace mucho tiempo*—, bueno, porque ya sabes cómo me ha protegido siempre.

—Protegerte de una mala influencia como yo, es muy inteligente de su parte.

Le miro durante unos segundos en los que él me sostiene la mirada hasta que decide que debemos interrumpir los pensamientos que en este momento nos estén cruzando la mente, cada uno con sus propias suposiciones del porqué él sería una “mala influencia”.

—Hablando de nuestras hermanas, Luciano... —ofrezco una solución al problema.

—¿Cómo está la mía?

—Bastante confundida.

—Sigue enamorada de Andre pero va a casarse con otro solo para complacer a mi madre.

En el pasado, Kira era una rebelde que no solía atender las direcciones de su madre, pero luego de la decepción y el desconsuelo que le causó la separación de Andre, cuando mi primo le confesó que no podían estar juntos porque tenía que formalizar la relación y darle su apellido al hijo que iba a tener con otra mujer, Kira se prometió no volver a desconcentrarse en algo distinto al volley, un aspecto de la vida de su hija que, aunque Gabriella Seri no compartía, empezó a apoyar con tal de mantenerla alejada de las malas influencias y compañías que pudieran arruinar su futuro.

—Además del conflicto interno que mantiene respecto a lo que debe hacer con Luisa Bernard —le explico a su hermano.

—Bueno, en este punto, creo que todos los Seri tenemos un conflicto interno sobre lo que debemos hacer con esa chica.

—Es cierto, pero el hecho de que ha transcurrido un día completo y no hemos visto noticias

tuyas en las redes es un buen indicio de que ha mantenido la reserva. Luisa no es una mala persona —opino también, al notar su falta de convencimiento—, su problema se enfoca en el derecho que cree tener sobre Andre al haber tenido un hijo suyo.

—Tu primo sí que supo buscarse la madre perfecta para su hijo —me encojo de hombros—; pero volviendo a Key, ella no tiene por qué darle atención a esa chica.

—Ésa también es mi opinión, pero hay algo más.

—¿Qué será?

—Por favor, cuéntale que estás aquí, ella quiere verte, saber de ti, y a mí me está resultando muy difícil estar en su compañía reservándome el secreto, no quiero pensar en lo que será para Andre y en lo que sería si se enterase por otra fuente.

Luciano lo piensa un rato.

—Tienes razón, bonita, prometo hablar con ella cuando volvamos de Lara.

Le beso en la mejilla.

—Gracias.

—No, gracias a ti, Lucía.

—Querrás decir “Santa Lucía...” —me sale una risita tonta.

—No —me acaricia el pelo—, quiero decir Lucía.

Espero poder disimular todo lo tontamente enamorada que me siento.

—Sabías que cuando estudiábamos en la Eyre, un año antes de que... —me detengo, no quiero emplear la palabra “novios” entre nosotros, especialmente cuando ahora no lo somos—, bueno, ya sabes...

—¿Qué es lo que se supone que sé?

—Bueno, esto de que...

Me mira ansioso. Le hago un mohín con los ojos.

—No me harás decirlo —él ríe.

—¿Por qué no?

—No desvíes la conversación.

—Vamos, quiero escucharlo.

—No —trato de evitar la sonrisa.

—¡Vamos!

—Ah-ah.

—¿Es una especie de tabú?

—No, pero tú bien sabes lo que tú y yo fuimos.

—Pues..., no lo recuerdo.

—¡¿Qué?!

Él suelta una carcajada, le gusta mortificarme y jugar con mis sentimientos, pero me cubre de besos.

—Idiota.

Se ríe otro poco.

—Lo recuerdo todo y muy bien, mi novia.

Mis mariposas revolotean como locas.

—Pero qué ibas a decirme antes de que te hiciera desviar la conversación.

—Creo que ya lo olvidé.

—Tengo un problema serio de egocentrismo.

—Aires de importante —resumo.

—¿Aires de importante?

Me río porque parece ofendido.

—Sí que sabes cobrarla, *Santa Lucía*, pero ya sé que no te gustaba el apodo que te di cuando te conocí.

Le miro de soslayo.

—¿Por qué?

Hago un nuevo mohín con los ojos.

—Porque me hacía sentir algo así como...

—¿Angelical?

—No exactamente... —me mira con el entrecejo fruncido—; más bien algo parecido a una monja —le explico con cierta vergüenza.

—Estás lejos de ser una monja... —estoy segura de que va a decir “Santa Lucía”, pero lo cambia—, Lucía.

—He ahí el asunto.

—¿Cuál?

—Haces tanta referencia al “Santa Lucía” que cuando solo me dices “Lucía” se escucha raro.

—Lo he empleado más de la cuenta, ¿no?

—Un poco... Tal vez, pero son los aires de importante —él hace un mohín con los ojos.

—Cuando te he visto por primera vez después de esos años te llamé así, ¿cierto?

No se me olvidará nunca, los nervios que sentí dentro de mí cuando escuché su voz profunda detrás de mí pronunciando esa frase tan particular como inolvidable.

—“No querrás ahogar esas plantas, Santa Lucía” —trato de hacer su voz.

—Qué bien te burlas de mí —me besa en la sien, pero luego parece pensativo—. Ese Santa Lucía lo empleé como escudo, además no iba a sonar despreocupado si solo te llamaba “Lucía”. El “Santa Lucía” le daba ese toque de cinismo que algunas personas, ya sabes —arquea las cejas—, dicen que me caracteriza..., además de los... aires de importante..., ¿en serio?

Observo que no le ha gustado la calificación asignada.

—Bueno, eres muy seguro de ti mismo, eso te da cierto estatus de importancia... De ahí esos aires —resumo con gracia aunque él me revuelve los ojos, pero puedo leer que le ha gustado la explicación.

—Como sea... Pero sí, es cierto, he abusado de tu apodo, así que prometo ir suavizándolo.

—Por mí está bien —encojo un hombro—. Ahora me gusta.

—¿Sí? —Parece incrédulo.

Me abrazo otro poco más a él, una demostración que le pone cómodo pues se ajusta a mi cuerpo y le hace sonreír.

—Los años no te han quitado la inocencia, Lucía —vuelve a besarme en la sien y nos quedamos unos largos segundos así, sin decir nada pero disfrutando el abrazo y la compañía—. Ya deberíamos arreglarnos para salir —esta vez coloca un beso sobre mis labios.

—Creo que deberíamos tomarnos el día libre.

Dudoso, se aparta un poco para mirarme.

—Habrà mucha gente en la calle como para exponerte, si no queremos que sepan que estás aquí...

—Cierto, la municipalidad no descansa hasta dejar limpia toda la ciudad después de uno de estos vendavales.

—Entonces recuerdas cómo es.

—He dejado de venir a ciudad Verano, pero no he olvidado sus particularidades. Crecí aquí.

—Bueno, actúas como si no te importara —continúo abrazada a su cintura.

—Siempre me ha importado —me acaricia la mejilla—, pero mi profesión está en otra parte.

—Lo sé —bajo la mirada.

—Pero no hablemos de eso ahora, Lucía.

Asiento y cierro los párpados hasta que me quedo dormida entre sus brazos.

No sé cuánto tiempo después, tal vez dos horas, cuando despierto algo desorientada —no estoy acostumbrada a dormir tanto—, recuerdo la noche anterior y la conversación con él antes del amanecer, entonces me doy cuenta de que ya no está en mi cama, sin embargo ha dejado una nota sobre la mesa de noche.

Sigues siendo hermosa cuando duermes. Te veo en la noche.

Sonrío y me voy a la ducha, donde no puedo dejar de cantar viejas canciones de Taylor Swift que me recuerdan a este verano cruel que estoy teniendo.

—Estás muy sonriente esta mañana —me dice Catalina a media jornada mientras estoy trabajando en unos *scones* rellenos con chocolate, la última especialidad de la dulcería.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Quieres decir que no sonrío normalmente.

—Nunca has sido muy risueña, pero en los últimos años casi nada.

—¿De verdad?

Empiezo a preocuparme, a todos les parece extraordinario cuando sonrío.

—Siempre estás tan metida en tu trabajo, quizás para bloquear temas en los que no quieres pensar, que, creo, te privas de obtener más beneficios de la vida.

Las palabras de Cat me tocan los sentimientos; es cierto, desde que regresé a ciudad Verano me he refugiado en el trabajo para obstaculizar todo lo que me pueda vulnerar, pero necesito cambiar esa forma de ver la vida, especialmente cuando pronto tendré que afrontar una nueva separación de la persona que más he querido siempre.

—Me propongo sonreír un poco más a partir de ahora.

—Excelente premisa.

Cerca del mediodía, después de sus días de “permiso”, Luisa se presenta en la tienda.

—¡Bravo! —Catalina aplaude al verla; en este momento estamos comenzando a traer los dulces al mostrador de la dulcería.

—¿Qué? —Dice ella, colocando los lentes de sol dentro de su bolso, que guarda en el espacio no visible del mostrador, que es usado por los vendedores y cajeros con este objeto.

—¿Te marchas sin solicitar el debido permiso y esperas que te recibamos emocionados?

Es por esta actitud que Catalina es la encargada de la tienda, tiene el carácter, la profesionalidad y la determinación para atender cada una de las situaciones que se presentan.

—Tenía una importante entrevista de trabajo en Lara —la mira con altivez—, y no puedes acusarme de que no solicité el permiso pues les escribí a ti y a Lucía —se coloca el delantal y se sostiene el pelo suelto en un moño alto, como es requerido acá en la dulcería, ahora sin dejar de mirarme, sé que va a soltar lo de Luciano, estoy segura, pero eso no es lo más grave, sino que suelo ser tan transparente que en estas circunstancias no sabré cómo defendernos a él y a mí.

—La misma mañana que ibas a faltar —le reclama mi amiga.

—Pues fue de imprevisto —Luisa no deja de mirarme.

—Ninguna entrevista de trabajo es de imprevisto, Luisa —Intervengo luego de ordenar los *cupcakes*, soy la dueña de la tienda y tengo todo el derecho a reclamarle, a pesar de que ella me tenga en sus manos al conocer mi gran secreto.

Ella se encoge de hombros y responde:

—No esperabas que me quedara en tu tienda, o en ciudad Verano, para siempre, ¿o sí, Lucía?

—No espero nada de ti, en realidad, excepto que tengas algo de respeto por este trabajo, tus compañeros y por mí.

—Ah, ¿solicitas respeto? ¿Es que no tienes tus propios intereses ocultos, *Lulú*?

—*Luisa*... —digo con advertencia, pero no creo que mi tono de voz la intimide.

—Lo dices como si te debiera algo... —se sonrío de forma maquiavélica.

—A mí no.

—¿A quién, entonces? ¿A Catalina? —Cat le revuelve los ojos—. O no, déjame adivinar... ¿A tu querido primo que ni siquiera tiene los modales de permitirme la entrada a su apartamento cuando voy a dejar a nuestro hijo? —arquea una ceja, pero yo me mantengo altiva y desafiante, sosteniendo el contacto visual con ella, no pienso ponerme nerviosa aunque esté provocándome y tratando de exponerme.

—Luisa, tienes que permitir que el niño y su papá hagan una relación normal. Y aceptar que no recuperarás a Andre como esposo —le aconseja Catalina.

—Claro, para ti, que no tienes hijos, es muy fácil decirlo, pero Andre era mi única oportunidad de tener una pareja, de no quedarme sola... —me mira—. Ustedes no saben lo que significa —para este momento Lola y Roberta ya han salido de la cocina para unirse a la tienda y ser espectadoras de todo el drama de Luisa—, conocer a alguien y que huya apenas le menciono mis dos pequeños detalles: divorciada con un hijo —enumera con los dedos—. Es como si le dijera que tengo una enfermedad terminal.

—Si esa persona no te acepta con todos tus detalles, Luisa, es porque no vale la pena —le dice Catalina, yo prefiero no intervenir o sacaré a la luz, más rápido de lo que pueda hacerla entrar en razón, que Luciano está en ciudad Verano.

—Necesité ir a esa entrevista de trabajo porque en ciudad Verano no hay expectativas de vida, ni para mí ni para ninguna de ustedes... Bueno, no tengo que decírselo, eso lo saben —me mira fijamente—. ¿No es así, Lucía? ¿Verdad que es cierto que hay que buscarse a los novios en el extranjero?

Por un momento me intimidó, pero en realidad no tengo por qué defenderme, no ha dicho nada que me exponga, es solo una pregunta punzante con la que busca desequilibrarme, sin embargo, no pienso permitirle.

—No creo que para la señorita Lucía sean un problema los novios de ciudad Verano o del extranjero —escucho la voz de Roberta, que ha salido en mi defensa, o es lo que creo hasta que, al volverme, veo que está mostrando en su teléfono móvil una foto reciente de Luciano, conmigo en sus hombros, frente a la cabaña.

Puedo sentir las miradas de todas mis compañeras sobre mí, cuestionándose la mentira, pero de lo único que en este momento soy consciente es que mi corazón se ha detenido por un par de segundos.

—Pero mira qué guardadito te lo has tenido, Lucía... —comenta con toda la sorna de la que es capaz, sin tener que mirar el teléfono de Roberta—. ¿Acaso pensaste que podrías mantener oculto un romance tan importante en un pueblito como éste? —Entonces suelta la carcajada.

Aunque prefiero no hacer contacto visual directo, sé que Catalina está cuestionándome con la mirada. Por el momento no voy a responder las inquietudes de ninguna.

—¡Miren! —Agrega Lola tímidamente, señalando la tele de la dulcería que está encendida—, ahí también está la noticia.

Luisa toma el control remoto y sube el volumen de la televisión.

—Se descubre el paradero de Luciano Seri —anuncia Becca, en un breve noticioso—, de acuerdo a la cuenta Instagram de nuestra informante, el mejor jugador de fútbol del mundo ha estado refugiándose en la casa de quien fuera su pro-me-ti-da —la miro tratar de atenuar el entrecejo fruncido— hace más de cinco años, la empresaria Lucía Ortiz —mi amiga deja de leer por un segundo y mira la cámara como si me estuviese amonestando, luego carraspea y continúa—. La pareja ha estado nadando en la playa —comenta tras una entonación hostil—, trotando a la orilla de la bahía de ciudad Verano y teniendo cenas *románticas* a la luz de las velas en la dulcería *Sweetland Lu-Lú* —agrega sarcásticamente, mientras imágenes mías y de Luciano se presentan en un recuadro adjunto—. ¡Pero esto es increíble...! —Exclama furiosa, mirando implacable a la pantalla—. Quiero decir..., lo ven, no estaba prófugo de la justicia, solo ha estado..., ya saben, en su querida..., queridísima ciudad Verano, donde a nadie se le ocurrió buscar porque, bueno, Luciano no ha vuelto por ahí desde que comenzó a jugar para el Real Madrid.

Alcanzo el control y apago la televisión consciente de que tengo varios pares de ojos sobre mí.

—Puedo explicarlo... —me defiendo—, pero antes tengo que hacer una llamada.

Siempre he evitado responder el acoso de Tessa Díaz, pero esta vez no puedo quedarme sin hacer nada, se ha pasado de la raya. Marco su número.

—¡Felicidades, Lucía!, al fin te lo has quedado, ¿o es que eres solo un breve romance de verano? —ríe de forma maquiavélica—. Dame la primicia, por favor, que estoy a poco de conseguir un millón de seguidores, casi una *influencer* gracias a ti y a algo que siempre supe: que nunca dejaste de quererlo.

—Me contenta muchísimo, Tessa, y espero que hayas hecho buen dinero con las fotos porque te juro que esos serán tus únicos cinco minutos de fama —cierro la llamada.

Catalina aplaude mi decisión, yo las miro a todas, ellas están esperando mi explicación.

—¿Y bien? —Indaga Luisa—, ¿nos vas a contar cómo es que ha sucedido el reencuentro? —Dado su conocimiento de la historia, es positivo que no esté alardeando con las demás. Por un momento he pensado que ha sido ella la que reveló el paradero de Luciano, pero Luisa es todo menos una paparazzi. Tal vez esté equivocada con ella.

—Ahí —señalo el teléfono que Roberta y Lola miran absortas—, está toda la información—. Mejor nos ponemos a trabajar, que no tardamos en abrir.

Luisa suelta otra carcajada que yo trato de ignorar y rápidamente paso al lado de la cabaña.

—¿Estás bien? —Me pregunta Catalina, que se ha acercado para hablarme.

—No —enjuago algunas lágrimas.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque se suponía que nadie debía saberlo.

—¿Que tú y él se han reconciliado?

—El y yo no...

—Se les ve muy felices en las fotos —comenta apasionada—, la misma química que cuando estudiaban en la Eyre y fui testigo de la pareja tan bonita que formaban, pensé que estarías contenta.

—No es tan sencillo, Cat, él quería pasar inadvertido hasta que tuviera que regresar a Madrid.

—¡Oh...! —Ella se mira las manos hasta que levanta la mirada algo sorprendida—. ¿Entonces todo este tiempo has estado con él? —Le sonrío—. ¿Estabas con él cuando volviste tarde por la mañana?

—Sí y sí.

—¿Era él tu caballero misterioso de la mascarada?

—Sí.

—¡Ohhhh...! Sabía que había una bonita historia detrás de ese hombre enmascarado —le sonrío, pero creo que una lágrima se asoma en mi ojo—. Lulú —me abraza—, si me lo hubieras contado, les habría ayudado a mantenerse encubiertos.

—Gracias —le sonrío nuevamente aunque lo que quiero es llorar, sé lo que para él significa que le descubrieran aquí: un regreso temprano a Madrid, mi conclusión anticipada, la que en realidad no quiero.

—¿Desde cuándo está aquí, exactamente?

—Hace dos semanas.

—Wow..., dos semanas viéndote a escondidas con él.

—Apenas una —respondo con la voz entrecortada.

—¿Solo una?

—La primera le evité.

—¿Por qué hiciste eso?

—No sabía qué hacer... Pensé que eso era lo que quería.

—¿Por qué estás tan emocionada?

—Porque ahora que sabe que le han descubierto se marchará.

Catalina me abraza nuevamente.

—Tal vez, esta vez, quieras volver con él.

Niego con la cabeza, tratando de contener las lágrimas.

—Eso no está planteado, Cat —la escucho suspirar—. Necesito ir a verlo. Encárgate de todo..., una vez más, ¿sí?

—Por supuesto, Lulú.

—Gracias.

—¡Qué viva el amor! —Mi casi hermana me sonrío—. Ve por tu hombre —Cat consigue que sonría.

Decidida tomo las llaves del Jeep y me voy al garaje, tengo que encontrar a Luciano.

Una buena noticia entre tantas malas

En pocos minutos estoy afuera del edificio de tía Gisselle, pero en el trayecto hasta acá he recibido algunas llamadas, la primera es de Becca, que no iba a hacerse esperar:

—¿Cómo es, Lucía Daniela, que tengo que enterarme por una nota de prensa que mi mejor amiga está saliendo nuevamente con su exprometido...? —Es su primer enunciado, luego se extiende con todo un lío de cómo siempre me ha acompañado en las buenas y en las malas y apoyado en todas mis decisiones—. ¿Y cómo me pagas? Ocultándome el aspecto más importante de tu vida.

Me siento mal, Becca tiene razón, cuando entré a la secundaria Eyre, apenas tenía doce años, ella fue la primera niña que desinteresadamente se acercó a esa otra niña triste y solitaria para entablar amistad y aportar algo de luz y alegría a mi vida, en aquel oscuro momento en el que perdí a mis padres; desde entonces no nos hemos separado, aunque vivamos en ciudades distintas, siempre estamos en constante comunicación. Realmente le debo una explicación. Pero no ahora, que me siento tan preocupada por la reacción de Luciano sobre la noticia internacional de su paradero.

—Te juro que te lo contaré todo.

—Siempre dices eso, pero prefieres ocultar tus asuntos, a mí, que siempre he sido un libro abierto contigo.

Me rindo y le explico un poco de mi preocupación.

—Todavía no sé qué haces hablando conmigo, Lucía Daniela —me dice después de escucharme, emitiendo juicios, como había de esperarse, en cada fragmento de la explicación—. Ve por él.

Enjugado lágrimas, pues puedo oler el fin de mi verano romántico, conduzco hacia el apartamento de tía Gisselle. En el camino, la llamada de Andre es la segunda en entrar.

—Luisa consiguió lo que quería —me dice—, no habló con la prensa pero se lo contó todo a Kira.

—¿Qué?

—Está furiosa conmigo, me llamó para insultarme y me dijo un montón de cosas, como que todavía compartía secretos con mi exesposa o que estaba jugando con ella, justo en estos días que ha estado planteándose dejarlo todo por nosotros, que si soy un mentiroso al que le gusta verla sufrir, que le oculté lo de su hermano cuando sabía lo mucho que ella quería saber de él, y tantas cosas más.

—Por Dios, Andre, cuánto lo siento.

Él hace una exhalación profunda.

—Ha de estar igual de enfadada conmigo.

—No pensé que se pondría así, Lulú, lo juro —al evadir mi comentario sé que es así, Kira me ha colocado en su lista negra.

—Ya había convencido a Luciano de que le contara la verdad, iba a hacerlo luego de que me llevara a Lara.

—¿Vas con él a Lara?

—Ya no lo creo; ahora que se sabe descubierto, seguramente ha de estar haciendo sus maletas

para volver a Madrid —agrego con tristeza.

—Bro no sabría lo que hace si te deja otra vez.

Se forma un silencio entre los dos por un par de segundos.

—Andre, he tomado una resolución.

—Muy bien.

—Antes que nada le doy gracias a Dios que mi sobrino tiene un padre maravilloso con los medios suficientes para responder por él, mas ya no puedo tener a Luisa en la tienda. Es demasiado tóxica.

Fui bastante estúpida al creer que se había reservado el secreto, pero lo usó de la forma más cruel.

—Lo sé, Lulú, lo sé. Yo no puedo sacarla de mi vida, pero tú sí. Hazlo.

—No lo dudes.

Hacemos un breve silencio nuevamente.

—Hablaré con Kira, Andre.

—No te molestes.

—Es mi amiga y también está enfadada conmigo. Trataré de explicarle.

—No tiene caso, aunque estoy yendo a su casa para tratar de que me permita verla.

—Te deseo suerte, Andre. Que se arreglen las cosas entre ustedes.

—Gracias, Lulú. Te veo luego.

—Adiós, hermano.

A diferencia de la primera vez que me encontré con Luciano en el apartamento de tía Gisselle, esta vez no puedo esperar el elevador sino que subo por las escaleras de dos en dos hasta llegar al apartamento. Toco la puerta mientras trato de introducir la llave en la cerradura, estoy muy nerviosa. Ruppert me recibe emocionado cuando consigo entrar, acaricio al pobre pequeño, que no es responsable de que su cuidadora se sienta tan tensa.

—¡Luciano...! —Comienzo a buscarle por todo el apartamento, pero no está en la sala ni en la cocina ni en mi antigua habitación. Desesperada abro las puertas de mi armario pero confirmo que su ropa está todavía ahí. Me siento un momento en la cama y miro alrededor, cuántos recuerdos tengo de él en este lugar, la primera vez que me dijo “te quiero”, la primera vez que me cuidó y se quedó dormido a mi lado cuando me puse enferma, la primera de todas las demás. Aquel último año de secundaria no nos separamos, cada noche subió la escalera de emergencias para quedarse conmigo, él y yo teníamos algo muy especial, si no me equivoco, todavía lo tenemos. Alcanzo las nuevas ilustraciones que hay sobre el escritorio, una representa la cabaña, otra es de la isla y la siguiente es de nosotros, a la luz de las velas, en la dulcería. Una lágrima recorre mi mejilla, es todo tan bonito que duele que esté por terminarse. Regreso las ilustraciones al escritorio y acaricio a Ruppert, que ha venido a acompañarme.

—¿Dónde está nuestro amigo, ah? ¿Sabes algo de él? —El terrier sonrío, me mueve la cola e inquieto intenta que le siga hasta la puerta del apartamento. Consulto la hora y pienso en una idea —. ¿En serio crees que esté ahí? —El pequeño ladra—. Vamos a ver.

Salgo del apartamento y tomo el elevador, con Ruppert entre brazos, cuando las compuertas se abren, recibo en el rostro la brisa fresca del verano, siempre, después de una noche de lluvia, hace un día soleado pero con una temperatura agradable. Salgo tratando de no pensar en que estamos en el último nivel del edificio, no es como si sufriera de vértigo, no obstante le tengo respeto a las alturas. Miro alrededor pero veo que es inútil, tampoco está aquí. Me acerco a la terraza, a una distancia prudente, para admirar un poco más el paisaje antes de volver al apartamento, el cielo está abierto, las gaviotas lo surcan y la bahía luce preciosa, radiante, como

si nada extraordinario estuviese sucediendo en ciudad Verano.

—¿Santa Lucía?

Me sobresalto al escuchar su voz.

—Cuidado... —me advierte, manteniéndome en equilibrio al inmovilizarme desde la cintura —. Por lo visto no puedes estar lejos de mí —me aparta el pelo de la cara con una mano y con la otra acaricia al terrier, que ha estado desesperado, moviéndose inquieto entre mis brazos, desde que le ha visto.

—Siempre dices que subes para hacer ejercicios —los guantes en sus manos me dan la razón.

—Ah, sí. Qué bueno que ha sido la intuición lo que te ha traído hasta acá; por un momento he creído que dormido me has insertado un dispositivo con GPS para mantenerme localizado — agrega haciendo uso de su sonrisa cínica.

Luciano coloca al terrier en el suelo, no hay peligro de que esté suelto acá, la azotea está protegida por un muro de contención de al menos un metro de altura, lo cual me da libertad para abalanzarme a sus brazos.

—A mí también me da gusto verte —toma mi rostro entre sus manos y me besa.

—¿Por qué no has contestado mis llamadas?

—¿Me has llamado? Dejé el teléfono en el apartamento —frunce ligeramente el entrecejo—, ¿qué sucede?

Bajo la mirada antes de comenzar, no sé cómo darle esta información.

—¿Lulú? —Hace que le mire cuando pone sus dedos en mi mentón para levantarme el rostro.

—La noticia le está dando la vuelta al mundo.

Al principio creo que no lo asimila, pero cuando su mirada se nubla siento que mi corazón se desboca.

—¿Qué?

—Lo siento...

—¿De qué estás hablando?

—Yo tampoco lo sabía, hasta que Roberta —él frunce el entrecejo—, una de mis ayudantes de repostería —le explico—, nos mostró la noticia en su teléfono.

A él parece que se le ha ido la sangre del rostro.

—Esa chica ha estado espiándonos, tiene fotos nuestras nadando y trotando por la bahía, incluso nos tomó fotos el día del apagón. No sé cómo no nos dimos cuenta.

—Luisa Bernard.

—No, Tessa Díaz.

—¡Maldita sea! —Dice entre dientes, empuñando la mano.

—Lo siento... —su mirada se suaviza antes de tomar mi rostro entre sus manos.

—Tú no lo sientas...

—Pero...

—Pero nada, no tienes responsabilidad de lo que está pasándome —me besa rápidamente—. Bajemos —me toma la mano—, necesito ponerme en contacto con Vladimir —asiento.

—Vamos, Ruppert.

El terrier, que ha estado olfateando toda la azotea mientras hemos estado aquí arriba, agita la cola y se une a nosotros. Cuando ingresamos al apartamento Andre ya está aquí.

—¿Pudiste hablar con ella?

Niega con la cabeza.

—¿Sucede algo más?

—La madre de... —Andre señala a Migue, que está en el sofá, frente a la tele, mirando una

pelea de androides en uno de los canales deportivos—, sí abrió su bocota después de todo, pero para echarle en cara a tu hermana lo que sabía antes que ella.

—Y mi hermana se molestó, supongo. Eso es tan típico de Kira, ser tan inmadura.

—No es para menos, Luciano —intervengo. Él me acaricia la mejilla y asiente.

—Me lo advertiste, lo siento —cuando mira a Andre sé que lo está incluyendo en la disculpa—, hablaré con ella.

—¡Luciano! —Migue apenas nota nuestra presencia en el apartamento, por supuesto, la pelea ha ido a comerciales.

—Hola, pequeñín —Luciano se acerca para acariciarle el pelo, luego se abre paso por el apartamento hasta llegar a su habitación, mi antigua habitación, y en segundos sale, con el teléfono en la oreja—. Vladimir... —le escucho decir—, así lo estoy sabiendo... Sí, sí... Tessa Díaz, una *blogger* de la ciudad, que nos ha estado siguiendo para tratar de obtener información con la que hacerse popular... Ah, una buena noticia entre tantas malas —me asalta la curiosidad, ¿cuál es?—. Es un maldito, al que voy a partirle la cara cuando le tenga enfrente. La semana que viene como está previsto. Te lo agradezco. Adiós.

—¿Está todo bien?

—Sí, bonita, todo está bien.

—¿Cuál es la buena noticia? —Indaga Andre.

—Pues que... —alarga el brazo hasta tenerme delante de él para abrazarme y besarme rápidamente—, las fotos han disipado la noticia de que soy un prófugo de la justicia.

—¿De verdad?

Él asiente.

—¡Tía...! —Migue ríe contagiosamente cuando nos mira—, creo que Luciano es tu novio.

El aludido me mira y ríe con dulzura.

—Papá, si la tía y Luciano se casan, sus hijos serán mis primos.

—Eh, campeón —le responde su papá, rascándose la cabeza y mirándonos confundido, para Luciano y para mí es inevitable sonreír.

—Ya escuchaste al niño. No podemos decepcionarlo.

Le miro incrédula de lo que me está proponiendo.

—Ah, ¿sí?

Él se encoje de hombros y arquea las cejas, parecemos dos tontos a los que se les termina la ilusión cuando la campana de la puerta nos alerta.

—¿Periodistas tan pronto? —Se pregunta relajado, sin embargo yo me tenso—. Tranquila, bonita —sus palabras me calman un poco.

—¡Yo abro la puerta, papá! —Vocifera el niño.

—Migue, espera, tú no estás autorizado... —le advierte su papá, pero el pequeño es demasiado rápido.

—¡Es la tía Kira...! —Exclama.

—Hola, Migue —se le escucha saludar al niño, los demás intercambiamos miradas—. ¡Entonces es cierto! —Le reclama a su hermano al hacerse visible, ha colocado los brazos en jarra y tiene el rostro fruncido, todo su lenguaje corporal es de un marcado enfado—. Bueno, claro que lo es, como lo anuncian las noticias, muy presente en ciudad Verano. ¡Eres un idiota y un grandísimo egoísta! ¿Cómo puedes ocultarte así de los que te quieren, ah?

—También me da gusto verte, hermanita —Luciano deja mi lado para ir hacia ella.

—No te molestes —levanta un brazo para detenerlo, evitar que se acerque para abrazarla.

—Vamos, Kira, me conoces. Necesitaba del anonimato.

—Pues por mí puedes quedarte para siempre así. A partir de hoy tengo solo un hermano.

—Key...

Ella se da la vuelta y echa a andar hacia la puerta.

—Vamos, Key, perdóname.

Ella se vuelve a mirarlo.

—Tú no entiendes el significado de la palabra familia... Y ustedes... —después de todo tiene una deferencia para con Andre y conmigo—. Me mintieron.

Andre y yo nos miramos un segundo, mi primo baja la mirada.

—Me decepcionaste, Lucía, me creía tu amiga.

—Key... —doy un paso al frente para tratar de explicarle, pero ella niega con la cabeza—. Y tener que enterarme de su traición de la manera más cruel —Andre y yo nos miramos otro segundo—. No tengo nada que hacer aquí.

Decepcionada empieza a retroceder hacia la puerta, primero me mira a mí, luego a su hermano y por último a Andre.

—No te molestes en buscarme —le dice.

—Kira... —mi primo avanza hacia ella.

—¿Tía Kira? —Migue se enrosca a su cintura.

—Necesito irme, pequeño. Te quiero mucho —coloca un beso en la frente del niño y sale del apartamento.

—¡Kira...! —Vocifera Andre antes de ir tras ella.

Luciano me mira.

—Tenías razón —pero no se lo reprocho, solo me acerco a él para que me abrace. Lo necesito—. Sé que nunca quisiste mentirme, pero voy a arreglarlo —me besa en la frente—, lo prometo. Ni Andre ni tú tienen por qué arrastrar con mis errores.

Apoyo mi mejilla en su pecho para que abrace un poco más.

—Buenas tardes... —pero el consuelo no perdura en el tiempo, una voz estridente interrumpe el momento haciendo que Luciano y yo nos miremos primero y luego nos separemos un poco.

—¿Mamá?

—Hijo querido... —dice Gabriella, mirando alrededor. Me aparto totalmente para que puedan saludarse, detecto que Mateo también ha entrado al apartamento acompañando a su madre, se encoge de hombros cuando hace contacto visual conmigo, él y yo no somos los mejores amigos, pero sé que es el hermano en el que más confía Luciano—. ¿Pero qué haces en este lugar —le pregunta mirando alrededor, menospreciando el apartamento de tía Gisselle, se lo leo en la expresión, “en este basurero”—, cuando tienes toda la comodidad que requieres en casa?

—Acá estoy cómodo, mamá, no me ha faltado nada —alarga el brazo para alcanzar mi mano—, gracias.

Su madre me mira de arriba abajo, tal y como lo hizo hace tantos años, cuando por educación tuve que quedarme a cenar en su casa, en aquel entonces Kira me había regalado algunas prendas que no utilizaba sin consultárselo, así que, al verme la ropa puesta, le pareció lo más adecuado insinuar que yo era una ladrona.

—No puedes estar mejor que en tu casa, cariño. Nos has tenido a todos muy preocupados —le besa en la mejilla, haciendo, con este gesto, que su mano y la mía se desunen—, ¿por qué has estado ocultándote de nosotros?

—Para evitarles inconvenientes. ¿Mamá, recuerdas a Lucía?

—Claro, sí. ¿Cómo estás, querida? —Me dice fríamente.

—Bien, gracias.

—Si no hubiera sido por esa chica, Luisa Bernard, que se comunicó con tu hermana, no nos habríamos enterado de que estabas aquí —vuelve a mirar la sala de tía Gisselle con desdén—, bueno, y luego salió esa noticia —me mira como si yo fuera el objeto más insignificante de ciudad Verano—. Necesitas comunicarte con Valerie, está muy preocupada.

—Mamá...

—No puedes decirle que no a tu madre —le hace algunos mimos que se observan forzados desde acá—. Vamos a casa.

—Mamá, Lucía y su familia han sido muy hospitalarios conmigo —ella vuelve a mirarme como si me odiara, lo que, es posible que así sea. Nunca le gusté, y si me toleró hace algunos años fue por ese detalle de la receta del *brownie*, en aquel entonces significaba más su heladería que el amor que sentía por su hijo—, me han recibido como si ésta fuera mi propia casa, no puedo irme ahora.

—Querías mantenerte oculto y lo has conseguido, pero ya será imposible que te mantengas así, allá te daremos todo lo que necesitas —se engancha al brazo de su hijo y le besa en la mejilla—, no todos los días tengo a mi niño conmigo.

Luciano me mira brevemente y yo asiento, tratando de sonreír.

—Ve con tu mamá, hace tiempo que no están juntos, yo volveré a la dulcería.

Él se separa de su madre para acercarse a mí, me rodea la cara con sus manos.

—No lo dudes, ve.

Me besa con fuerza en los labios y luego me dice al oído:

—Te veré luego.

Gabriella Seri carraspea.

—¿Nos vamos?

Luciano vuelve a mirarme, pero luego rodea a su madre de los hombros y sale con ella y Mateo del apartamento.

—Vamos Migue —consigo hablar luego de dominar mis sentimientos—, vienes con tu tía a la dulcería.

—¡Sí...!

—Busca tus cosas.

El niño va a la habitación de su papá y de ahí sale con su mochila, toma a Ruppert y de mi mano, salimos del apartamento de tía Gisselle.

¡Al diablo los fotógrafos!

Tengo que ingeniármelas para acceder a la dulcería, he tenido que atravesar el camino sinuoso que una vez seguí con Melissa, cuando por primera vez encontramos la cabaña abandonada y nos enamoramos de ella, que permite el paso desde la playa; el lado de la dulcería es un caos de coches y gente con cámaras y flashes que me han hecho recordar el horror de Madrid, cuando era perseguida por paparazzis que buscaban hacerme una foto o sacarme cualquier palabra que les diera una exclusiva sobre Luciano Seri.

—¿Qué es todo esto, tía?

—Nada importante, cariño, pero prométeme que te quedarás en mi habitación, mirando esas peleas de androides que tanto te gustan.

—¡¡¡Sí!!!

Me hace sonreír la inocencia del pequeño.

Dejo el Jeep en la puerta del patio y consigo entrar a la cabaña con el niño, que obedientemente se va a mi habitación, seguido del terrier. Ahora bien, cuando me acerco a la tienda, puedo escuchar que Catalina está tratando de deshacerse de los curiosos, pero estos están firmes, establecidos acá.

—¿Qué es lo que quieren ver? —Salgo a hacerles frente a estos sinvergüenzas a los que ni siquiera puedo señalar de fotógrafos, pues todos son lugareños que están tratando, como lo hizo su vecina con las fotos que consiguió de Luciano y mías, de obtener sus cinco segundos de fama y algunos dólares a nuestra costa.

—¡Oh, Lulú! —Exclama Catalina al verme.

—¿Recuerdas cuando querías un poco de atención para ciudad Verano? —Le digo entre dientes, mirando a los espectadores.

—Sabía que me lo echarías en cara, pero apenas quería que algo nos pusiera en el mapa, no que tu vida fuese una catástrofe. Lo siento.

—Espero que ya no se necesite GPS para encontrarnos.

Me coloco el delantal y respiro profundamente, como si no pasara nada en la tienda, pero es momento de poner a estos curiosos en su lugar.

Algunos me llaman Lucía, otros Lulú, muchos de ellos son caras conocidas, lugareños que cada dos fines de semana vienen a la tienda con sus familias para comprar el pastel del día, pero que hoy no han venido por los dulces sino por mí, por la exclusiva de lo que sucede conmigo y Luciano Seri.

—¿Desde cuándo estás encubriendo a Luciano Seri? —Pregunta un hombre de algunos treinta y cinco años, que me apunta con su teléfono celular. Está haciendo una transmisión en vivo.

La pregunta me desencaja.

—No estoy... —detengo mis palabras, desde siempre me he prometido no responder las inquietudes de los curiosos.

—¿Cree que Luciano Seri sea culpable de la evasión al fisco? —Pregunta otro de los lugareños, éste de algunos cincuenta años, que a diferencia del anterior, cubre la noticia, haciendo anotaciones en una libreta.

—Te hemos visto con él, ¿eso quiere decir que han regresado? —Pregunta una chica cuya voz

reconozco de inmediato—. ¿Son pareja otra vez?

Cuando alcanzo a ver dónde está salgo de atrás del mostrador para encararla.

—¡Tú...!

La muy cínica me sonrío y saluda con la mano.

—¿Es que no has ganado suficiente?

Tessa sigue sonriendo, como si estuviese acercándose a ella como muestra de amistad, sin embargo le demuestro lo contrario, cuando la tengo a escasos centímetros, la tomo del brazo para arrastrarla hacia la puerta de la tienda y echarla.

—¡Cálmate Lulú! —Dice Catalina, luego de que todos escuchamos su grito agudo.

—¡Fuera! —Cegada por la ira desdeño la preocupación de mi amiga.

—¡Lulú! —Vocifera Catalina nuevamente.

—¡Todos fuera! —Vocifero enfadada, Tessa no desaprovecha la oportunidad de sacarme una foto que venderá por miles de dólares—. ¡Aquí no hay nada que ver excepto dulces, si están aquí para comprarlos son bienvenidos, de lo contrario no les quiero aquí!

Con todo el alboroto mediático, nos vemos obligadas a cerrar la tienda, por supuesto, la noticia de mi ataque de ira es presentada en cada cuenta de Instagram de la localidad y en pocos minutos es reportada en los canales de noticia nacionales e internacionales; es por esto que cuando un grupo de patrullas se presenta en la tienda, alrededor de una hora después del incidente, creo que han venido a arrestarme.

—Tranquila, es solo Paty —me dice Catalina, que se ha quedado para acompañarme, he estado muy alterada.

—¿Paty?

—Sí, se ha comunicado conmigo hace unos quince minutos, creo que Luciano ha tenido que ver.

—¿Luciano?

—Sí, quién diría que todavía conservaba su número.

Sonrío, yo tampoco lo hubiera pensado pues, aunque Paty siempre fue la mejor amiga de Luciano cuando estudiábamos en la secundaria Eyre, desde hace mucho que perdieron contacto, o al menos eso era lo que yo había creído hasta hoy.

—Definitivamente voy a invitarlo a la reunión que celebraremos en octubre.

Aunque frunzo el entrecejo, conmovida por el tipo de preocupaciones de Catalina, me río. Es demasiado fácil ser ella en estos días.

—Amiga... —me dice Paty cuando abro la puerta de la dulcería.

—Gracias, Paty —nos abrazamos.

—No podíamos dejarte sola —ha venido con Marcos, su esposo.

—Son demasiado amables, pero pasen, no se queden ahí —me adelanto hacia el mostrador para juntar unos scones y cuatro mocaccinos de la máquina de café.

Cuando me acerco a la mesa que han ocupado, Catalina está sentada con los dos.

—¿Te sientes mejor? —Pregunta Paty.

—Sí, gracias.

—No ha de ser fácil estar con él.

Le confirmo la interpretación haciendo una negación con la cabeza.

—Pero estoy feliz —alarga una mano hacia la mía— de que estén juntos nuevamente. Luciano siempre te ha querido. Al menos una vez al mes me escribe con cualquier excusa para preguntarte por ti.

—¿De verdad? —Indaga Catalina.

Paty asiente.

—Si no hubiera sido porque preguntaba por ti, Lulú, habría pensado que estaba interesado en Pats —dice el comisario, consiguiendo la risa de todas.

—Cuando me llamó para que te auxiliáramos no lo dudamos un segundo —dice ella.

—Gracias.

—La zona está acordonada —me impresiona la medida—, el jugador estrella del Real Madrid está haciendo una importante donación a la ciudad con tal de que no dejemos tu cabaña sin resguardo por unos días. Nadie podrá acercarse por aquí, será una zona libre de paparazzis por lo menos hasta el lunes. Pero no podrás abrir tu tienda, excepto para que le obsequies algunas donas a esos compañeros que se quedarán acompañándote.

—Copiado. Gracias.

—Todo va a estar bien, Lucía —me asegura Paty.

—Gracias.

—Si colocas una orden de restricción contra Tessa Díaz no podrá acercarse a ti ni para comprar dulces aquí.

—Entendido.

—Te estaré esperando para tomar tu declaración —me sugiere el comisario.

—Lo haré.

—Creo que no lo sabes, pero resulta que en el transcurso de las horas, mi querida amiga, una foto suya se ha valorado en cinco mil americanos, una de Luciano en diez mil, pero una de los dos juntos no tiene precio, como el comercial de la tarjeta de crédito.

Suspiro.

—Así que —pone en alto su celular y activa la cámara—, ¿qué dices?

—Marcos... —le amonesta Paty. Cat y yo posamos, pero él apaga la cámara del teléfono sonriendo. Se quedan algunos veinte minutos más con nosotras.

—Gracias por estos scones —dice el comisario.

—Y el mocaccino —agrega Paty.

—Gracias a ustedes.

Mis amigos se levantan de la mesa para retirarse.

—Vengan cuando quieran.

—Lo haremos, tus dulces siempre han sido los mejores —dice Paty.

—Eres muy amable

—Yo también me retiro, Lulú.

—Gracias Cat.

—¿Vas a estar bien?

—Te lo aseguro.

Cat me abraza antes de irse, Paty también. Con Marcos envío la primera docena de donas para los oficiales que estarán custodiando la cabaña desde afuera. Cuando la noche ha caído, apago las luces y me arriesgo a salir a la playa, saludo a uno de los policías y le entrego un termo de café caliente y más donas. Es una noche fresca en ciudad Verano, me acomodo sobre la arena para ver la serenidad del vaivén de las olas y los diamantes en el cielo, como dice la canción, pero una videollamada interrumpe esta breve tranquilidad, es la persona con la que me ha faltado hablar en una jornada tan agitada como la de hoy.

—¿Lulucita?

—Tía Gisselle, ¿ya no duermes por las noches?

Últimamente, cada vez que me contacta lo hace en mi noche, que ha de ser su madrugada. Es

muy inusual en ella no dormir temprano.

—El verano en Europa no es como te lo imaginas, la juventud se mantiene despierta hasta el amanecer, mi vida, y ya sé que estarás pensando qué tengo yo de joven, pero es que una se contagia por aquí. Ahora bien, esta noche no quiero que hablemos de mí.

—Lo supongo.

—Lo supones, lo supones. He hablado con tu hermana, me ha dicho que se han escrito y que mañana irás con ella.

—Sí, ese plan sigue en pie.

—¿Qué es lo que está pasando, Lulucita?

—¿Es que no lo has visto en los noticieros?

—Entonces es cierto. Pero es que no puedo creerlo, ¿ese muchacho ha ido a refugiarse ahí contigo?

—No ha venido a refugiarse conmigo, tía, en realidad ha venido a refugiarse contigo, pues es en tu apartamento donde ha estado quedándose.

—¿En mi apartamento?

—Sí —*al menos hasta hoy, que se fue con su madre.*

—¿Desde cuándo?

—Hace dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Se supone que era un secreto, tía Gisselle, nadie debía saberlo hasta que esa mujer...

—¿Quién los descubrió?

—Tessa Díaz, ¿quién más? Me ha vuelto la existencia a cuadros.

—Esa muchacha siempre ha estado detrás de esta noticia hasta que se le dio.

—Feliz por ella.

—Lulucita...

—Tía...

—No se supone que el amor de tu vida está comprometido con una mujer que no eres tú, hermosura, ¿qué novedades me tienes al respecto?

—Pensé que los tabloides tendrían la respuesta a tu pregunta, tía.

—No, nada de eso. A la pobre chica la han fotografiado saliendo desesperada de su mansión de Los Angeles, pero no ha emitido opinión.

Mientras tía Gisselle me informa de esto, la imagen de un joven aseado, con el pelo húmedo se cruza delante de mis ojos para tomar asiento a mi lado.

—No lo dudo.

—Bueno, no quieres contarme nada, y eso solo puede significar que el compromiso de él con ella sigue activo. Lulú querida, no soy quién para cuestionar tus sentimientos y decisiones, pero has quedado expuesta ante el mundo como una roba maridos, cielo.

Las palabras de mi tía provocan que se me escape una lágrima, que unos dedos largos, de pianista o de jugador de basquetbol, limpian de mi mejilla.

—Ya debo dejarte tía —digo mirando hacia arriba.

—Espero que estés bien, cielo. Cuídate y a los míos. Te quiero mucho.

—También te quiero, tía.

Le miro de soslayo, él está estudiándome.

—¿Por qué lloras? —Me pregunta acomodándose a mi lado, que solo quiero sentir su calor, su apoyo, que está conmigo, que es mío. Él me recibe en sus brazos.

—Hola —me dice al oído.

—Hola.

—¿Qué te hace llorar?

Niego con la cabeza y sonrío.

—¿Hablabas con tu tía?, ¿estaba con su novio italiano?

—Seguramente —él me estudiaba un poco más—. No debí perder la cordura de esa manera esta tarde. Lo siento.

—Eres humana —me coloca un beso en la sien—, y no hiciste nada que otro, en tu lugar, no hubiera hecho.

—Pero les di justo lo que querían.

—Eso no importa. Trata de olvidarlo.

Bajo la mirada, me siento muy avergonzada con él.

—Perdona que te haga pasar por esto otra vez —me dice.

—No digas eso.

—Sé lo muy molesto que puede ser esa obsesión que tienen los paparazzis conmigo. También recuerdo lo vulnerable que te hacían sentir.

—Eso no importa ahora.

Guardamos silencio unos segundos hasta que rompemos el abrazo para mirarnos.

—¿Cómo conseguiste pasar?

—Tengo mis influencias.

—Bastante cierto.

—Pero pasé en un coche de alquiler.

—No creo que tengan un Maserati en ciudad Verano.

—Pues fíjate que he rentado el coche más modesto que han tenido —trato de imaginar cuál puede ser—, habría querido un Jeep como el tuyo, pero he tenido que conformarme con un Ford Focus de hace diez o doce años.

—Eso es muy propio de ti, irte por la modestia.

—Si la he perdido, necesito recuperarla —toma mi mano y la acaricia—. Es una bonita noche —dice apreciando la tranquilidad del mar, la redondez de la luna y las estrellas en el cielo.

—Sí, muy bonita.

—Quisiera volver a esa isla contigo —acerca sus labios a mi oreja y agrega—: para hacerte el amor ahí.

Un poder que Luciano siempre ha tenido sobre mí es el de hacerme sentir como la mujer más sexy de la Tierra. Dentro de mí creo que me estoy derritiendo.

—Si vamos ahora sí que atraeríamos la atención sobre nosotros.

Se echa sobre la arena conmigo acomodándome a su lado.

—Pensé que no volvería a verte —frunce el entrecejo.

—¿Por qué dedujiste eso?

—Tu mamá parecía muy segura de mantenerte alejado de mí.

—Nada va a mantenerme alejado de ti, Lucía.

Trato de mantener la esperanza en sus palabras pero yo bien sé qué va a mantenerlo alejado de mí, dos situaciones en realidad: su carrera en España y Valerie Meyer.

—Además, ayer te hice una propuesta.

—Luciano, no tienes por qué...

—Espero que no empieces con tus cosas otra vez, como si estuviese en deuda contigo o algo así... Aunque lo estoy, en realidad con toda tu familia, por darme alojamiento todos estos días, pero no es por eso que quiero acompañarte a ver a tu hermana.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque no quiero que nos separemos.

Esta pequeña confesión me motiva a subirme a horcajadas sobre él y a acercarme tanto a sus labios que es una tentación demasiado grande no besarlos.

—¡Al diablo los fotógrafos!

Su sonrisa cínica es una invitación indiscutible para un beso.

La verdad

—Ah, pero si es mi hermana la famosa —sonriendo, Melissa extiende los brazos para recibirme—. Dime algo, ¿tengo que defenderte ante la corte?

Melissa es una prueba de que al menos todo el país ha visto mi actuación espontánea con los pseudo paparazzis.

—También me da gusto verte, hermanita —la abrazo, pero está tan embarazada que me cuesta rodearla.

—¿Cuántos años lleva esa chica molestándote con lo mismo?

Exhalo.

—Cuatro... —soy tan precisa en todo lo que está relacionado con Luciano que suelo avergonzarme, pero con mi hermana no tengo que disimular.

—Tal vez debamos colocar una orden de restricción en su contra.

—Es por esto que es tan elegante tener una hermana abogada.

Le acaricio el vientre.

—Lo mismo me ha recomendado Marcos —le comento.

—¿Quién es Marcos?

—El jefe de la comisaría de ciudad Verano... —la expresión de Melissa demuestra que no tiene idea de quién le hablo—: El esposo de Paty.

—Ah, claro, *Marcos* —me revuelve los ojos, como si colocar una orden de restricción fuese ahora la opción más obvia solo porque el jefe de la comisaría lo ha sugerido.

—Como sea... Hola, Amelia —saludo a la bebé, que se mueve dentro de Melissa, puedo sentirlo a través del vientre de mi hermana.

—Es increíble cómo reconoce tu voz... —Melissa también se toca el vientre para transmitir una caricia a su hija—. Desde que empezaste a hablar no ha dejado de moverse.

—Es porque sabe que soy su tía favorita, la que habla con ella todas las noches.

—No lo dudo —aunque suelta su sarcasmo noto que su sonrisa empieza a borrarse. Me vuelvo para ver lo que con su mirada ha detectado, no obstante lo hago por simple reflejo pues sé a quién está mirando. Me apena que esté cargada de tanto rencor en su contra.

—No he venido sola —le informo, algo nerviosa, creo que mucho más que aquella vez cuando me pescó besándolo afuera del edificio en el que vivía cuando yo todavía estaba en la secundaria Eyre y ella apenas empezaba su carrera como abogada, la primera vez que Luciano me trajo a Lara para verla.

—Hola, Melissa —le dice él, incorporándose a mi lado, trae sobre los hombros su mochila y la mía.

—Vaya, vaya, pero si es el astro del fútbol que nos honra con su presencia —Luciano permanece impertérrito.

—Felicidades —le ofrece, ignorando el odioso comentario de mi hermana.

—Gracias —ella se toca el vientre como si estuviese protegiéndolo del enemigo.

—Luciano se ofreció a traerme —le explico.

—Algunos detalles no cambian, ¿no es así, Luciano?

—No, aunque presiento que en esta oportunidad sí me permitirás dormir en el Jeep.

Aquel día de mis recuerdos, Melissa se opuso a que Luciano regresara esa misma noche a ciudad Verano o que durmiera en el Jeep que ahora es mío, él titubeó un poco, no quería incomodarnos, pero luego de un par de miradas, una desafiante —la de Mel—, y una suplicante —la mía—, no tuvo más opción que quedarse. Así, como es normal entre dos adolescentes que están iniciando un romance, tampoco es raro exponer que a pesar de que mi hermana dispuso un lugar distante para que cada uno realizara su labor de dormir, los dos termináramos en el sofá que por ley le correspondía a él.

—Ah, pero es que pensabas quedarte...

Miro a Melissa sugestivamente, pero ella solo sabe desviar la mirada. Cuando me vuelvo a ver a Luciano tiene los hombros encogidos y está mirando el suelo.

—¡Mel...!

Mi hermana coloca los brazos en jarra.

—¿Qué...? Ahí está el Jeep —señala mi coche, que está estacionado en el jardín delante de su casa, Luciano ha preferido viajar en su antiguo coche antes que en el Focus alquilado.

—No hablarás en serio —Melissa se encoge de hombros, pero manteniendo la guardia en alto—. Si Luciano no puede quedarse —me acerco a él como si fuera una loba alfa—, yo tampoco.

—¿Cómo es el asunto? —Consigo que mi hermana reaccione.

—Lucía —él me habla al oído—, esto ya me lo temía y estoy preparado para volver; continúa con tus planes, mañana, o cuando lo desees, puedo venir por ti.

Miro a mi hermana, que ahora tiene los ojos entornados.

—Claro que no —le tomo la mano y empiezo a moverme hacia la abertura del porche, la casa de mi hermana está construida sobre un nivel tal que es necesario subir algunos ocho escalones para acceder al pórtico; me recuerda un poco a la de las Gilmore Girls, esa serie que ella y yo empezamos a mirar porque sabíamos que a nuestra madre le encantaba, incluso está pintada de azul y es de madera.

—Bueno, bueno, bueno, pero si es a Lulú a quien tenemos aquí...

Adam, el siempre simpático esposo de mi hermana, ha salido a recibirnos.

—¿O es que ya te vas?

—Hola, Adam —él se acerca para abrazarme.

—Estás en todos los canales de televisión, hermanita —agrega. Adam siempre ha sido bromista y amable conmigo; sin embargo, apenas sonrío al comentario, la actitud de Mel me tiene muy molesta.

—Sabía que este fin de semana podía contar con una celebridad en casa —me hace a un lado para presentarse con Luciano—. Bienvenido, hermano —le ofrece la mano, que Luciano recibe y que suaviza su expresión de persona non grata—. Pero pasen a la casa, ¿qué hacen todos aquí, mi amor? —Rodea la cintura de su esposa y le coloca un beso en la sien—. ¿Tú qué tienes?

Mi hermana no le responde, solo taconeá en el suelo, juzgándonos, estoy segura por la mirada que tiene, como si fuésemos uno de sus casos, ella es especialista en divorcios, pero luego se vuelve y pasa al interior de la casa. Adam le revuelve los ojos y luego me mira, indicándonos con un cabeceo que le sigamos. Sé que hace un momento ha indagado el estado de ánimo de su esposa, pero también sé que él tiene conocimiento de lo que sucede y lo muy enfadada que Melissa está conmigo por los últimos capítulos de la novela de mi vida.

Luciano y yo pasamos después de ellos y esperamos en el recibidor, Adam se ha excusado por Mel y se la ha llevado al estudio, seguro para tratar el tema de moda: *Luciano y Lulú*. Por un momento vuelvo a sentirme como la chica de diecisiete años que vino a visitar a su hermana acompañada de un chico que poco después sería su prometido, solo que ya no tengo diecisiete

sino casi veinticinco años, mi hermana debería respetar un poco más mis decisiones. Desvió la mirada hacia él, que se ha mantenido muy callado desde que nos colocaron aquí como si estuviéramos por recibir una condena; no sé lo que está pasando por su mente pero puedo leer que se siente fuera de lugar y no es para menos, Melissa no lo ha hecho sentir bienvenido ni a mí tampoco. Estoy muy enfadada.

—Volvamos a casa —le propongo.

Él se levanta del sofá y se agacha delante de mí.

—Yo me iré, tú te quedarás visitando a tu hermana como lo tenías planeado.

Niego con la cabeza.

—Ah-Ah —ésa no es una opción.

—Cometí un error suponiendo que podía pasar contigo el fin de semana.

Acuno su rostro con mis manos.

—Debí suspender este paseo para estar contigo —le acaricio la barba que ha resurgido en sus mejillas—, a mi hermana voy a tenerla aquí siempre, tú te irás pronto. Si tú no puedes quedarte, yo tampoco.

Él pone con fuerza un beso suyo sobre mis labios y se levanta. Puedo adivinar lo que hará.

—Escucha lo que tu hermana tiene que decirte. Vendré por ti mañana, Santa Lucía —se inclina para besarme en la frente y se echa a andar.

—¡Luciano! —Le sigo, pero cuando estoy cruzando el recibidor hacia la entrada de la casa, la puerta del estudio se abre, Adam y Melissa están juntos en el umbral.

—¿Qué sucede? —Pregunta Adam, Luciano y yo nos detenemos.

—Pasemos al patio, Lulú..., Luciano —dice mi hermana—, han de tener hambre y hay un desayuno especial esperándonos.

Miro a Luciano, que tiene la mano en la nuca, como sopesando la situación, pero retrocede hacia mí, colocando una mano suya en mi espalda para hacerme regresar. Aunque él evita mi mirada, sé que se trae algo entre manos, se irá cuando todos nos descuidemos, lo sé. Sin hablar demasiado, Adam y Melissa nos conducen al patio.

Por un par de minutos nuestra visita se ha vuelto algo más que incómoda, Adam ha tratado de hacer conversaciones pequeñas, pero seguimos sin conectar, el humor de mi hermana está tan reducido que nos ha contagiado a los demás.

—Tienes una bonita casa, Melissa —ella deja de revolver su omelet para atenderlo.

—Gracias, Luciano —mi hermana me da una mirada sugestiva de que todavía no le gusta mi compañía, pero la ignora momentáneamente. He decidido que luego del desayuno regresaremos a ciudad Verano.

—Tienes muy buen gusto, Lucía me contó que su cabaña la escogieron juntas.

—Esta casa la escogió Adam —replica ella. Definitivamente no está dispuesta a ceder.

—Pero, querida, a ti te encantó y solo tú has tenido que ver con la decoración y que el césped esté tan bien cuidado.

—Ya sabes que no me gusta llevarme el crédito de los demás; pero sí, Luciano, la cabaña la escogimos Lulú y yo. Por ese entonces habíamos vendido el apartamento de mamá y papá por un excelente precio y necesitábamos reinvertirlo, Lulú quería que su dulcería estuviera en la bahía y al mismo tiempo quería vivir cerca de la playa, así que... —encoge un hombro—. Fue inesperado que encontráramos esa cabaña. Recuerdo que antes había que acceder a ella por un camino sinuoso.

—Ese camino sinuoso todavía existe —intervengo.

—¿Sí?

—Tuve que usarlo ayer para acceder a la tienda.

—Le he dicho a tu hermana, que desde que salió la noticia de ustedes, Sweetland ha sido una revelación en internet, he estado leyendo en las redes que muchos turistas quieren acercarse a conocer tu tienda, Lulú. Después de todo no es una mala publicidad.

—Sus dulces siempre han sido especiales —comenta Mel. Luciano hace contacto visual conmigo por un segundo—. Su tienda ha estado funcionando prósperamente los últimos dos años, no necesita de esos turistas.

—Pero un poco de publicidad extra no está de más, cariño.

Mel se encoge de hombros.

—Y, ¿en cuánto tiempo armaron la dulcería? —Veo que Luciano trata de desviar el tema de la publicidad extra, además de interesarse en Mel.

—Restaurar la cabaña creo que tardó cerca de un año —Mel me mira para confirmar el tiempo, asiento—, ahora, armar lo que sería la dulcería, además de establecer el contacto con la municipalidad para que le permitiera a Lulú reformar un poco la parte que da a la calle, hacer que ésa fuera la entrada de la dulcería, tomó también algunos meses, pues necesitó hacer ese estacionamiento que da al parque, así como resolver tantos problemas relacionados con la restauración.

—Pero lo consiguieron —me mira fugazmente y baja la mirada—. Tienen un bonito establecimiento.

—Oh, no, esa tienda y la cabaña son totalmente de Lulú.

—Sí, sí, cariño, eso lo sabemos, pero lo que hay que destacar aquí es que tú y tu hermanita fácilmente podrían dedicarse al negocio de bienes y raíces.

Después de la risa que nos ha sacado esta intervención de Adam, el desayuno se torna más agradable, poco a poco Luciano consigue disminuir la fricción que por él siente mi hermana y en pocos minutos él y mi cuñado son los anfitriones.

—¿Y qué significa todo esto? —Me pregunta Melissa cuando estamos solas en la que será la habitación de Amelia, los chicos están en el salón de entretenimiento mirando un combate entre androides de esos que le gustan a Migue y de los que Adam es también aficionado.

—No lo sé.

—Lulú, lamento haberme comportado tan poco complacida por la mañana, pero todos sabemos que ese chico es tu debilidad. ¿Qué pasará cuando tenga que volver a España? ¿Te dejará acá con el corazón roto nuevamente?

No hemos hablado de eso.

Le temo a esa conversación, pero prefiero reservarme el comentario, solo bajo la mirada por respuesta; sin embargo a ella no le importa mi incomodidad pues continúa con más interrogantes:

—¿Y qué sucede con esa novia que tiene? Porque está con ella, ¿no?, al menos es lo que dicen los medios, mientras que a ti te hacen ver como una roba maridos. ¿O es que tiene la intención de tenerlas a las dos al mismo tiempo? Porque si es así, Lulú, va a saber lo que es una mujer hormonal.

—Primero te pido que te calmes, que eres una mujer muy embarazada.

—Amelia Daniela está muy de acuerdo conmigo. No quiero que te pase lo de la última vez, Lulú. No quiero verte destruida, como si te faltara el alma. Costó mucho que te repusieras; por eso me desconsuela que tengas que revivirlo.

—La última vez tuve la responsabilidad de todo, Melissa.

—Sí, rompiste con él y él te demostró que no le hacías falta.

Bajo la mirada nuevamente, no tengo respuesta para esa verdad.

—Mira, no quiero hacerte sentir mal. Solo quiero que te resguardes, Lulú, que protejas tu corazón.

—Gracias, Mel.

Me abraza.

—Cuídate, hermana.

Asiento en silencio.

Pasamos el resto del día en el patio de la casa, metidos en la piscina, haciendo parrillada como si fuera el día de la independencia. En un descuido me filtro en la cocina de mi hermana y horneo un *brownie*, el favorito de Mel, cuya receta ahora pertenece a los Seri; Luciano sonrío de mi picardía al probarlo, él siempre será mi cómplice.

—Tengo una idea —me dice más tarde, cuando la noche ha caído y se acomoda a mi lado, en la cama de la habitación que tengo en la casa de mi hermana, está sosteniendo su teléfono.

—¿Cuál será?

—Voy a transmitir en vivo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, voy a emitir un comunicado. Durante la tarde he conversado con Adam —lo cual me ha puesto orgullosa, ver lo bien que se han llevado desde el principio—, le conté del problema y me aconsejó que deje de esconderme.

Adam, como mi hermana, también es abogado, uno de los más importantes de la ciudad.

—¿Sí?

—Sí, así que... conéctate a Instagram para que veas lo que tengo que decir.

Mira alrededor de la habitación, creo que buscando un punto limpio de objetos y cuadros, coloca una silla delante de una pared con tales características antes de hablarle a la pantalla del teléfono.

—Hola, amigos —comienza—, no estoy perdido ni mucho menos prófugo, solo he necesitado algo de tiempo libre para reencontrarme y estar con mis seres queridos —por un segundo cruza su mirada con la mía—. Sí, estoy en ciudad Verano —una pequeña mentirilla— y en pocos días estaré de regreso en España para atender el llamado de la corte. Solo les pido que respeten mi privacidad y la de los míos. Gracias por estar ahí y perdonen que no hubiera sido más abierto ante esta situación unas semanas antes. Les quiero.

Aplaudo su iniciativa cuando termina la transmisión, él se levanta de la silla se quita la camiseta y se come mis labios.

La noche siguiente, cuando volvemos a la cabaña, se siente la calma, no hay paparazzis ni lugareños, todo está tan tranquilo como si fuese otro día más en ciudad Verano.

Quédate

Despertar a su lado se ha convertido en una costumbre tan hermosa que no sé cómo voy a sobrevivir cuando después de esta semana tenga que regresar al lugar que pertenece.

—Buenos días.

—Buenos días —me responde mirando la oscuridad a través de la ventana, apenas son las cuatro y media de la mañana—. ¿Lista para entrenar?

—Ahhh... —estiro los músculos de los brazos y las piernas, quejándome un poco del sacrificio que significa tener que madrugar para cumplir con el entrenamiento cuando él está conmigo, mi cuerpo se resiste a abandonar el suyo, que está tan cerca—, quisiera quedarme aquí contigo, pero sí, tengo que ejercitarme—, he estado muy floja últimamente.

—¿Floja o distraída? —Ahora le tengo sobre mí, acunando mi rostro con sus manos, mirándome como si tampoco creyera que soy yo la que está con él en la cama.

—¿Qué...? —Se me escapa una risita tonta cuando lo cuestiono—. ¿En qué piensas cuando me miras así?

—En que eres muy bonita —se ajusta un poco más a mí y sé con qué intenciones, yo trato de resistirme, pero este cuerpo traicionero responde al suyo, adapto mi cadera para hacerle saber que me siento de la misma manera. Trato de ocultar la sonrisa pero no lo consigo, él me besa complacido y terminamos haciendo otro tipo de entrenamiento.

—No veo la razón por la que tengas que marcharte definitivamente —se me escapa un pensamiento ilógico—, quiero decir... —me arrepiento inmediatamente de lo que he dicho, aunque es mi más grande anhelo, que no se marche o que me lleve con él, creo que acabo de arruinarlo todo—, olvídale.

—No, por favor, continúa.

En su mirada dulce encuentro la confianza para continuar. Antes hago una inhalación profunda.

—La verdad está ahí, el mundo entero sabe que estás en ciudad Verano, tal vez podrías quedarte aquí por un tiempo más..., mientras se resuelve el problema con el fisco, y descansar un poco, tomarte un sabático, quizá...

Intimidada por la forma en que está estudiándome, dejo de comunicar mis ideas. Estoy haciendo el ridículo, lo sé.

No va a quedarse contigo, Lulú. Acéptalo.

Aterrada salgo de la cama. No me atrevo a hacer contacto visual aunque sé que sigue estudiándome. Busco mi pantalón de chándal en el ropero. Tarde me he dado cuenta de que no he estado preparada para el rechazo que vendrá luego de exponerme así.

Percibo que sale de la cama, el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío me pone cosquillas en el estómago, pero también me hace sentir vulnerable.

Porque está con ella, ¿no?, al menos es lo que dicen los medios, mientras que a ti te hacen ver como una roba maridos.

Las palabras de mi hermana se cuelan en mis pensamientos para aclararme mi situación. Me pongo el pantalón rápidamente.

—¿Estás segura? —sus manos en mi cintura me ponen frente a él, sus ojos están entornados.

Niego con la cabeza.

—No sé por qué lo mencioné —él tiene su compromiso, soy yo la que está demás, pero me calla el pensamiento con un beso.

—Quiero estar contigo, Lucía.

—Para ti es muy fácil decirlo —frunce el entrecejo—. Tal vez debería salir sola hoy.

—Ni lo pienses, no me gusta la idea de que estés ahí afuera cuando todavía es de noche.

—Dentro de una semana yo tendré la misma rutina, levantarme temprano para salir a entrenar y correr por la bahía como siempre lo he hecho —*sola*—, ¿qué importa que empiece a readaptarme?

—Eres muy inconsciente, ¿lo sabías? —Parece enfadado—. También eres muy inconsistente, en un segundo me pides que me quede contigo, supongo que es lo que has querido decir, pero en el otro me apartas.

—Es porque me retracto de mi oferta.

—Te retractas —repite, por su mirada juzgadora deduzco que está dudando de mi palabra.

—Sí, me retracto.

Retrocede un paso y alcanza sus pantalones de chándal.

—No pensé lo que estaba proponiendo hasta que me di cuenta de que tú, pues... —*ya tienes tus compromisos*.

Me coloco un *tank top* y salgo de la habitación sin concluir lo que he debido decirle.

—¿De que yo qué, Lucía? —sale a mi encuentro deteniéndome por el brazo.

—Quédate... —me dejo de tonterías y digo lo que quiero de verdad, que se quede, conmigo, para siempre.

Pero su respuesta a mi solicitud es levantar los brazos y dejarme ir.

Cuando vuelvo del entrenamiento ya no está en la cabaña.

Me paso el día evitando los deseos de llorar, la despedida es inminente.

Es tu conclusión, Santa Lucía, recuérdalo.

Me tomo el tiempo entre las actividades de la dulcería para escribirle a Kira, sé que su hermano habló con ella durante el fin de semana y le explicó por qué Andre y yo mantuvimos su estadía en ciudad Verano en secreto, pero no consiguió que nos perdonara a ninguno de los tres. Por mi parte, también intenté comunicarme con ella, pero al contrario de Luciano, no recibió ninguna de mis llamadas ni respondió mis mensajes.

Le escribo una vez más.

Nunca quise ocultártelo, pero no era mi decisión. Por favor, perdóname.

—Has estado muy pensativa —Catalina se acerca a mí cuando entra a la cocina de la dulcería, resguardo el teléfono en uno de los bolsillos de mi delantal—, ¿está todo bien?

Niego con la cabeza.

—¿Qué sucede? —Miro a Lola y a Roberta para indicarle que es demasiado riesgoso hablar con ellas aquí, retiro del fuego el ganache de chocolate para dejarlo reposar y pasar con ella a su oficina.

—Kira no me habla —tomamos asiento en su escritorio.

—¿Cómo así?

—Es que no te lo he contado... —me remonto a la mañana en la que Luisa nos encontró a Luciano y a mí en el apartamento de Andre, pero como es de esperar, la romántica incomparable que es Catalina encuentra más emoción en el detalle de que pasé la noche con Luciano que en lo

que sucedió con Kira como consecuencia de las intrigas de nuestra empleada de la tienda.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —Retoma el tema de Luisa Bernard luego de que ha suspirado con cada uno de los detalles que me ha sacado de los momentos con Luciano estos últimos días; no desmiento que también he sonreído y disfrutado con cada recuerdo.

Me levanto del escritorio para volver a la cocina, Catalina me acompaña.

—Lo que sea necesario.

—Aquí siempre se ha creído superior a las demás porque es la madre de tu sobrino, pero todos sabemos que es la más cuestionable de las vendedoras y que en general los clientes la rechazan.

—Si todos la hemos tolerado, es justo por ese parentesco, Cat.

—Ya lo sé. Por eso, si me permites decirlo, Lulú —puedo imaginar lo que va a soltar—, no creo que le haga algún bien a la tienda.

—Queridas... —como gracia divina la mencionada se presenta en la cocina por el lado de la tienda cuando Cat y yo accedemos al mismo lugar—. Espero hayas pasado un excelente fin de semana, Lucía —me da un guiño.

—¿Qué sabes de tu entrevista de trabajo, Luisa? —Le pregunto.

—Todavía nada —sonríe—, ¿por qué?

—Porque creo que vas a necesitarlo.

La sonrisa de la chica se reduce.

—¿Ha pasado algo?

—En junta directiva —miro a Cat— decidimos que no estuvo bien lo que hiciste.

—¿Junta directiva?

—Sí, en junta directiva —Cat me apoya.

—¿Desde cuándo celebran juntas directivas, ustedes dos?

—Desde siempre —dice Cat—, en ellas decidimos cuál será el dulce de la semana, cuál vamos a introducir en el mes, revisamos las ventas y asignamos la comisión al mejor vendedor —lo que es todo cierto, aunque “las juntas” no sean programadas, pero en este momento las estamos utilizando de excusa para armar algo... Creo—. Las celebramos todos los lunes —Cat me mira buscando mi complicidad.

—Así es. Todos los lunes.

—Tus reportes de ventas han tenido los peores registros de la tienda en los últimos meses, Luisa.

—Y lo hemos hablado contigo antes.

—Tu tienda está en sus mejores días gracias a esa pequeña publicidad que estás teniendo, Lucía, no digas tonterías.

—Los clientes no te quieren —puntualizo, ignorando el comentario de la publicidad—, además, lo que hiciste la semana pasada —*no puedo usar lo que pasó con Kira acá. No es ético*, me digo—, irte sin solicitar el debido permiso, no es tolerable. Considérate en tus dos semanas de notificación.

—Pero todavía no he renunciado, Lucía.

—No hace falta que lo hagas —apunta Catalina.

—Tú misma lo has dicho, no pensábamos que fueras a quedarte aquí para siempre y sabemos que vas a superarte.

—No puedes hacerme esto, ¿qué hay de Migue?

—¿Qué sucede con Migue? Él cuenta con su padre, su abuela y sus tías. No le faltará nada.

Luisa expulsa aire caliente por la nariz, eso se nota, luego zapatea y presiona los labios

mirándonos con altivez hasta que consigue decir lo siguiente:

—No me hacen falta tus dos semanas, Lucía. ¡Renuncio!

Al decir estas palabras, Catalina, Lola, Roberta y demás vendedores de la tienda, que al escuchar la voz altisonante de Luisa se han acercado a la ventana que comunica la cocina con la dulcería, aplauden hasta que la vendedora sale de la tienda ardiendo de furia.

—¡Bravo, Lulú! —Opina Catalina todavía aplaudiendo.

—Gracias a ti. Eres una roca.

—Por años esa chica fue la pesadilla de esta tienda —dice Lola.

—Nadie la quería —agrega Roberta.

—Bueno, sepan que no toleraremos más actitudes parecidas —miro a Roberta, que también es una empleada con actitudes indebidas, específicamente le gusta el cotilleo, sin embargo es una excelente repostera; no me sería fácil prescindir de ella—, si hacía una excepción con Luisa, y aunque no sea excusa, era por el niño; les pido disculpas —las dos hacen una deferencia—. A partir de ahora espero que haya respeto y reine la armonía, no quiero que alguien más tenga el destino de Luisa, ¿entendido?

—Sí, señorita, Lucía —responden con solicitud.

—Gracias. Podemos regresar a nuestra labor.

Tomo el ganache de chocolate, lo vierto en la manga pastelera y me dispongo a cubrir un pastel que hace una hora fue sacado del horno.

Por la noche me siento demasiado sola cuando Luciano no viene a verme. Apago las luces de la cabaña y me voy a la cama, desde donde me doy cuenta de que ha traído su maleta. ¿Cuándo estuvo aquí? Me levanto para cerciorarme, como si no diera crédito a lo que miran mis ojos, además veo que en mi armario ha guardado ropa suya. No puedo evitar que este detalle me haga sonreír. Me devuelvo a la cama sintiéndome confundida, ¿qué quiere decir esto, que ha aceptado mi propuesta de quedarse en ciudad Verano?

Me acuesto en posición fetal, el reflejo del reloj digital reporta que todavía no es la medianoche. *¿Dónde está?* Un mensaje de texto me alerta. Sonrío al ver su nombre en la pantalla.

Soy un exiliado buscando asilo.

Salgo de la cama para mirar por la ventana de mi habitación, cuya vista da a la playa, que él está afuera. Me calzo las sandalias y corro hacia la puerta que da al patio para encontrarme con él.

Feliz cumpleaños

—No me fui —rompo el silencio en el que nos hemos quedado suspendidos después de hacer el amor, necesito sacarme esto que por años me ha ahogado, me refiero al momento en el que rompí nuestro compromiso.

—Estoy bastante seguro de que sí lo hiciste.

No necesito explicarle de qué hablo, supongo que es un tema que también ha estado esperando que suceda.

—No, no lo entiendes —debajo de mi mejilla puedo sentir su recién calmada respiración, sus brazos me rodean y sus dedos trazan formas sobre mi piel.

—Creí que no hablaríamos del pasado —me ataja.

—Pero... —puedo sentir la agitación en mi corazón, y sé que es por los nervios y no por el ejercicio previo—, quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque tal vez no sepas esta parte —siento que su garganta se mueve y que su corazón se acelera ligeramente; me mantiene abrazada a él pero ha dejado de trazar los círculos—. Te esperé durante tres días.

Aunque no levanto la mirada para verlo sé, por la tensión en su cuerpo, que está escuchando con atención mis palabras y que está teniendo una revelación.

—Deshice mis maletas y me reinstalé en tu piso, me di cuenta de que no quería volver a ciudad Verano, que quería quedarme contigo, que solamente tú eras mi hogar —él coloca un beso en mi pelo y me interrumpe.

—De veras, no es necesario que hables.

Hago silencio por un segundo.

—Pero tú no volviste —insisto en mi explicación—. Simplemente te marchaste.

Espero unos segundos con la esperanza de que me diga algo, dónde estuvo, cuándo regresó, pero prefiere mantener la reserva.

—Durante los primeros dos días intenté comunicarme contigo pero tú te desconectaste.

Le robo una breve mirada en la que puedo ver que, aunque un poco incómodo, me está escuchando con atención.

—Melissa me aconsejó que ya no tenía sentido esperar, y que regresara a ciudad Verano por unos días, que nos diéramos un breve espacio, pero...

—De verdad, Lucía, deberíamos dejar el pasado donde está —dice seco—. Hubo muchos momentos especiales, que son los que vale la pena recordar.

Asiento, la resignación de no saber qué pasó con él esos días es lo que me corresponde aceptar.

—Además, siempre tuve claro que en realidad no querías viajar a Madrid.

—Solo algo más... —a pesar de la indisposición que muestra al escucharme, me permite desahogarme—, si me iba antes de verte es porque sabía que si te tenía delante no iba a conseguirlo. Me sentía muy confundida entonces.

—Y ahora no lo estás.

—He ganado en experiencia.

—Ah, ¿sí?

—Bueno no tanta, la verdad.

—Supongo que has tenido citas, Lucía, quiero decir..., después de mí.

Su curiosidad me conquista, pero todavía prefiero mantener el misterio entre los dos.

—Pensé que debíamos dejar el pasado donde está.

—Bueno, por mí lo habría dejado, pero has sido tú la que lo ha devuelto a la vida —hago un mohín con los ojos que ligeramente le hace reír—. Además, creo que tu primo ha dejado claro que has tenido algunos desfiles de la vergüenza.

—Mi primo es un idiota exponencial que no sabe mantener el pico cerrado.

—Porque revela tus secretos más oscuros... —me mira de soslayo, todavía abrazado a mí; ha vuelto a trazar formas sobre mi piel.

—No hay secretos en mi vida, Luciano.

—Ah, ¿no?

Niego con la cabeza. Después de él no he tenido citas, pero para un hombre que piensa marcharse pronto, que va a dejarme el alma destrozada, ¿valdrá la pena confesarlo?

—Entonces, ya que no tienes secretos, ¿me lo dirás?

—¿Qué cosa?

—¿Volviste a enamorarte?

—Ah, eso... —miro la hora en el reloj digital, marca la una y media de la madrugada. Me separo de él y salgo de la cama. Cuando me silba me sonrojo.

—Huyendo tan pronto.

—Espera un momento.

De puntillas voy a la cocina y del frigorífico extraigo algo que desde temprano he preparado especialmente para él, de la despensa tomo dos objetos más y regreso a la habitación.

—Feliz cumpleaños... —no tengo duda de que su espléndida sonrisa ilumina la habitación.

—¡Wow...! —Exclama al ver el *cupcake* XL, encendido con una vela mágica, que traigo en las manos.

—Creo que me he perdido tres de tus cumpleaños —le beso en los labios cuando me subo a la cama.

—Nunca es tarde para volver a compartirlos —me quedo enganchada en esa dulce mirada suya que justo en este instante parece conectada con la mía—. Siempre has sido detallista conmigo, Santa Lucía, gracias. Me has impresionado —se inclina para besarme en los labios—. No me esperaba que te acordaras.

—Todos los años te he recordado este día —*como todos los días*.

—Todos los años también recuerdo el tuyo.

Nos perdemos en la mirada del otro mientras el brillo mágico de la luz se apaga.

—Pide un deseo.

—Creo que ya lo tengo concedido.

Mientras seguimos perdidos en nuestras miradas, mi corazón latiendo desbocado, mi cerebro solo es capaz de pensar en una posibilidad, ¿seré yo su deseo?

—¿Qué hora es?

—Las siete y media de la mañana —con la mirada me demuestra lo impresionado que se siente.

—¿Qué pasó con el entrenamiento?

—Por ser un día especial no tendremos entrenamiento.

Le coloco un nuevo beso en los labios y trato de salir de la cama, pero él me atrapa antes de que lo consiga, colmándome de besos que me producen cosquillas y me hacen reír.

—Voy a hacer café —anuncio entre risas.

—Palabras mayores —me libera—. Voy contigo.

Pero antes me repasa los labios. Me gusta cuando lo hace, se siente como si estuviese curándome, como esos cachorros que lamen la herida de su amo para sanarla. De mi parte, no puedo evitar limpiarle las cejas.

—Siempre me ha gustado cuando haces eso —me inclino para morderle los labios—. Eso también... —sonríe de forma lasciva antes de continuar el beso cuando uno de los teléfonos nos alerta.

—Es el tuyo —le digo.

—Sí, déjalo sonar —profundiza el beso, pero el aparato continúa llamando tanto la atención que me impide la concentración en lo que está sucediendo con él.

—Por favor, contéstalo.

Obstinado me quita de encima para responder la llamada.

—Dime... —su expresión de obstinación se mantiene—. Bien... Gracias... —hace un mohín con los ojos antes de informarme, en un susurro, que es Gabriella Seri—. Pensaste mal... Sí donde tú crees es donde estoy, es posible que sea así...

Pero de pronto noto que Luciano da un respingo y que su expresión cambia, luce sorprendido, atormentado, como si algo demasiado inesperado hubiera interrumpido su tranquilidad.

Trato de seguir lo que sucede, tal vez esté relacionado con el juicio, pero cuando le miro incorporarse en su lado de la cama para darme la espalda y continuar la llamada lo descarto inmediatamente, además, no creo que su madre sea la persona que le proporcione adelantos relativos al proceso legal que lleva en España, sino Vladimir Alonso.

—Hola, ¿qué haces ahí...? —Algo en mí me pone en alerta, y aunque él no me mira directamente, sé que está atento a mi reacción—. Debiste avisarme. No, no estoy quedándome ahí. Ahora no puedo —salgo de la cama y comienzo a vestirme. Noto que él cierra los ojos, otra señal de obstinación—. No has debido presentarte aquí así... No se trata de eso, Val.

Cuando escucho el nombre de esa mujer y la familiaridad con la que lo menciona se me rompe el corazón.

—Te veo luego.

Cuidadosamente coloca el teléfono sobre la mesa de noche pero permanece sentado, frotándose las sienes, por mi mejilla rueda una gruesa lágrima.

—No la hagas esperar.

—Lucía... —se vuelve a mirarme.

—No estoy molesta, sabía en lo que estaba metiéndome cuando nuevamente me enredé contigo, Luciano.

—No es eso, sino...

—Siempre pensé en esto como una forma de tener la conclusión que no tuvimos antes.

—Ah, sí, la conclusión, no es la primera vez que te escucho hablar de ello.

Ignoro su reproche.

—En cinco años pensé que me habías borrado de tu vida, así que cuando te vi aparecer, cuando nos encontramos esa mañana del gas pimienta y me besaste nuevamente, después de todos esos años, lo pensé, que después de todo sí iba a tener mi conclusión.

Él no parece impresionado por mis palabras.

—Entonces eso es lo que significa para ti, una conclusión —se levanta de la cama y me mira, no puedo decir que dulcemente.

No asiento, solo le sostengo la mirada.

—Gracias por estos días.

—Lucía...

—De cualquier modo esto iba a terminar, Luciano, y lo sabes. Tú estás comprometido con esa chica, además de las otras circunstancias... —una más, en realidad, que ni siquiera me atrevo a mencionar, que es más fuerte que el compromiso, su profesión, que está en Madrid; la mía aquí, en ciudad Verano—, pero eso no importa, lo que prevalece son tus sentimientos, tu palabra y obligación con otra persona.

—Eso es lo que piensas.

—Qué importa lo que pienso —me encojo de hombros.

Le veo negar con la cabeza.

—No he hablado con ella en días —se acerca hasta mi lado.

—Por favor, no me expliques nada.

—Pero necesito que...

—Es curioso que en el pasado tuviera ensayadas algunas líneas por si en algún momento de mi vida Dios permitía que nuestros caminos se cruzaran —le interrumpo—, se supone que yo sería muy indiferente para que no te dieras esos aires de importante, que ya sabes que tienes, pero ninguna de esas líneas estaban relacionadas contigo y conmigo teniendo un romance de verano... —su mirada luce nublada—. He tenido más atención de la que pensé recibir de ti jamás.

Me inclino para besarlo y abrazarlo una última vez.

—Gracias.

Me visto rápidamente y salgo de la habitación para regresar a Lara, tal y cómo huí hace tantos años cuando no sabía que en unos meses más íbamos a estar comprometidos.

Una cita más

Vía Whatsapp recibo una tarjeta de invitación al cumpleaños de Luciano. Viene del número telefónico de Gabriella Seri.

—¿Qué sucede? Parece que te han dado una mala noticia —comenta mi hermana, dejando un vaso de limonada delante de mí, ahora estamos en su patio, el lugar al que nos hemos dirigido cuando me ha recibido. Le muestro la tarjeta.

Ven a celebrar el cumpleaños de Luciano.

—¿Es que esa mujer cree que su hijo está todavía en el jardín de infancia? —Me devuelve el teléfono, que dejo sobre la mesa antes de dar un sorbo a la limonada. Trato de pasar por alto que Melissa me estudia como si fuese un caso de Psiquiatría—. Él habló conmigo la última vez que estuvieron aquí... —levanto la mirada, mi hermana y sus trucos—. Me dijo que comprendía mi rechazo, después de que te había dejado ir de su vida así de fácil, pero también me explicó que sigue enamorado de ti, Lulú —hace una nueva pausa para estudiarme un poco más—, que a pesar de que no lo pareciera nunca dejó de quererte y que en este momento no está jugando contigo. Tal vez no debí confiarme, pero le creí, parecía seguir siendo el mismo chico enamorado que viajó contigo a mi apartamento cuando tenías diecisiete años.

—Igual que yo no debiste confiarte; ahora, si me disculpas, me gustaría subir a mi habitación.

Noto que Melissa me mira con preocupación, aunque asiente con una sonrisa apagada.

—Gracias por recibirme, Mel.

—Cómo no voy a recibirte —se levanta para abrazarme—. Ve, descansa.

Lo que menos quiero es preocuparla, pero mi otro refugio, el apartamento de tía Gisselle, es el lugar más inseguro entre todos. Solo podré regresar a ciudad Verano cuando esté segura de que él se ha marchado.

Cuando me despierto nuevamente me siento desorientada, no sé dónde estoy ni tengo noción del tiempo pero veo que es de noche. Poco a poco voy recordándolo todo, que es veintiocho de julio, el día del cumpleaños de Luciano, que he roto con él por segunda vez, que esta vez es la definitiva, y que no estoy en mi cabaña sino en Lara, en mi habitación de la casa de mi hermana. Me incorporo en la cama y enciendo la tele para darle luz a la habitación. Becca está en la pantalla, también es la presentadora de un show de cotilleo que transmiten a estas horas, hay una imagen de Luciano en un recuadro, decorado también con un pastel de cumpleaños, hoy es el número veintiséis.

—Feliz cumpleaños, amigo, eres un valiente y un guerrero al que le deseamos lo mejor del mundo. Sabemos que continúas en ciudad Verano, por eso esperamos que estés reconciliándote con *todas* esas personas lindas y tan queridas que tienes ahí. ¡Ay, cómo extraño mi pueblito!

Siento que se forma un nudo en mi garganta al escuchar la referencia hacia mí que ha hecho Becca. Debería escribirle un mensaje para que se actualice, Valerie Meyer es la única persona con la que Luciano está reconciliándose en ciudad Verano.

—Así es —dice otra de las chicas del show—, feliz cumpleaños, Luciano, esperamos que cumplas muchos más y que lo estés celebrando en grande. Pero pasando a las noticias del corazón, mi querida Becca, esta semana tenemos unas cuantas alertas de parejas. Veamos lo que nos tiene

preparado Susana.

—Amigas, les cuento que el mundo del espectáculo está muy romántico en estos días, comenzando por la seria demostración de afecto que presentaron la *influencer* más grande que ha dado el país y uno de nuestros queridos chicos del canal, ellos son... —se escucha un redoble de tambores—, Nica, y alguien que conoces muy bien, Becca: Ben.

La sonrisa de mi amiga se apaga un poco pero lo disimula en un segundo. Al mismo tiempo, la pantalla iluminada de mi teléfono me alerta, pero tengo temor de ver quién llama, sin embargo alcanzo a leer el nombre de mi primo.

—Hola.

—Ya sé que estás en Lara.

—Entre mi hermana y tú no hay secretos.

—¿Cómo estás?

—Normal.

—Sí, claro.

—Tú, ¿cómo estás?

—Igual que tú, pero te llamaba para informarte algo.

—¿Qué será...? —Le respondo medio obstinada, supongo que está relacionado con Luciano y su prometida.

—No tiene que ver con quien piensas.

—Ah, perfecto.

—Sé que ahora no te sientes bien, pero bro te quiere.

—Pensé que lo que ibas a decirme no tenía que ver con quién pensaba.

—Necesitaba decir eso, pero hay algo más, Lulú.

—¿Qué será? —Continúo obstinada.

—ESPN me está ofreciendo trabajo en su sede en México, como uno de los titulares de *Sports Center*.

—¿Sííí?

—Y he aceptado.

La noticia tiene doble cara, por un lado me emociona esta nueva oportunidad para Andre, pero por el otro, mi primo deberá dejar el país para residenciarse en otro distante y lejano a nosotras y a su hijo.

—Pero... —¿Y Kira?

—Ya sé en quién estás pensando, pero justo ella fue quien me dio el empujón para que aceptara y poner distancia entre los dos.

—Ella te sugirió que te alejes.

—Mmm... —titubea—, decidió no hablarme más.

—Oh, Andre...

—No todo es tan malo, Lulú, verás, hablé con la mamá de Migue y ha aceptado entregarme la custodia del niño. En un mes lo llevaré conmigo.

—¿Qué...! No puedes privarme de ver a Migue.

—No seas exagerada, siempre vendremos a verlas y ustedes podrán visitarnos cuando quieran.

—Lo dices como si México estuviera a cuatro horas en coche.

—Está a cuatro horas de vuelo.

Suspiro.

—No sé qué decirte, Andre.

—¿Buena suerte, te parece bien?

—Claro que sí y te la daré cuando regrese... ¡Al diablo Luciano Seri! Mañana me tendrás por allá.

Consigue sacarle una risa a Andre.

—Por acá te espero, pero..., ¿Lulú?

—¿Sí?

—Cuando bro intente hablar contigo, escúchalo, ¿sí?

Asiento aunque él no pueda verme.

Al terminar la llamada veo que tengo llamadas perdidas de Luciano, Becca y Kira.

Kira.

Solo con ella me interesa hablar, necesito que me disculpe.

—¿Lucía?

—Hola, Kira.

—Por Dios, Lucía, nos has tenido a todos muy preocupados.

—Estoy bien, Kira.

—Has huido otra vez.

Prefiero no responder, no necesito explicarme, pero, al parecer, no puedo ponerle fin a Luciano Seri. Es imposible. Y si algo tengo que concluir es que siempre será el amor de mi vida.

—No quiero hablar de tu hermano, Key, si no te molesta.

Pero, por el momento, prefiero mantener el tema al margen.

—Me lo esperaba.

—Lo que me gustaría es arreglar las cosas contigo, no quiero perderte a ti también, siempre has sido mi buena amiga, Key, y no he debido fallarte, ¿me perdonas por haberte ocultado la verdad?

—Mira eso ya no importa, Lucía; además, mi hermano me dijo que tú le habías pedido que me contara la verdad, que no te sentías bien mintiéndome, pero debes entender que cuando lo supe, y por quién lo supe, me sentí burlada. Esa mujer me dijo que siempre había tenido la noticia en sus manos y que la habían hecho prometer no decir nada.

—Y le creíste.

—Fui muy estúpida, Lucía, pero eso no los excusa a ti y a... Bueno, no los excusa de que me ocultaron la verdad.

—Andre tampoco quería mentirte.

—Seguramente no, pero preferiría que no lo defiendas. Si hubiera sido sincero conmigo pues...

—¿Qué?

—Tal vez estaría reconsiderando las cosas, pero siempre me demuestra lo inmaduro que es.

—Kira, Andre no tuvo intención de ocultarte nada, tu hermano le pidió un favor, le solicitó discreción y eso hizo.

—La verdad ya no quiero hablar del tema, Lucía.

—Está bien, pero tengo que decirte una cosa más relacionada con mi primo antes de cerrarlo.

Ella guarda silencio.

—No sé si han hablado o si te lo dijo, pero, por lo que le entendí, es una decisión que tomó al margen de todo.

—¿Qué sucede?

—ESPN México le ha hecho una propuesta y ha aceptado.

Kira no dice nada por unos segundos.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí, una cosa más tenía que comunicarte también, Lucía —informa mecánicamente.

—Key...

—Si ha aceptado es porque no le importo.

—Key, mi primo está enamorado de ti pero siente que te ha perdido.

—Como sea. Escucha, el juicio de mi hermano se adelantó.

El cambio brusco de la conversación me pone a latir el corazón con fuerza.

—Luciano viaja por la mañana a Madrid.

Se me forma el nudo en la garganta y siento que una lágrima me recorre la mejilla.

—Al parecer encontraron a su contador y Vladimir tiene las pruebas que le acusan como responsable del fraude al fisco.

—¿De verdad, Key?

Mi sonrisa es inevitable.

—Sí, Lucía.

—Me contenta que todo comience a aclararse para él.

—Sabía que te daría gusto.

—Todo lo bueno que pase en la vida de tu hermano me da gusto.

Ella hace silencio por unos segundos.

—¿Y si tú fueras lo mejor que ha pasado por su vida?

—Eso dices porque me quieres mucho, pero ya aprenderás a querer a su prometida.

—Está enamorado de ti.

—Le pedí que se quedara.

—¿Lo hiciste?

—Sí, pero..., creo que no tiene sentido, él tiene que volver a España para continuar su vida, mientras yo seguiré aquí, llorando por él, ya no me da vergüenza ocultarlo.

—¿De verdad eso hiciste?

—Yo sí estoy enamorada de tu hermano, Key, pero acepto que mi propuesta fue un intento desesperado para no perderlo.

Ninguna de las dos dice algo por unos segundos.

—¿Key...?

—Aquí estoy.

—¿Crees que puedas hacer lo mismo por mi primo?

—Ya debo colgar, Lucía —dice con la voz entrecortada. No esperaba que me diera la primicia de que luchará por él, Kira es demasiado orgullosa.

—Está bien. Gracias por perdonarme.

—Siempre seremos amigas. Te quiero, Lucía.

Al terminar la llamada rompo a llorar hasta que pierdo la conciencia. Cuando despierto nuevamente siento que la cabeza me da vueltas y que tengo el rostro muy inflamado. Sé que mi hermana ha venido a traerme un calmante y que he continuado durmiendo, pero ahora no sé qué hora es ni quiero mirar el teléfono para saberlo. Tampoco pienso encender la tele, no quiero tener que ver más noticias relacionadas con Luciano Seri, lo único que me queda por hacer es darme la vuelta y tratar de no llorar, de juntar todas mis fuerzas para evitar que el dolor que siento en el pecho no invada todo mi cuerpo; pero al moverme puedo sentir que hay otro cuerpo junto al mío y que un par de ojos están mirándome.

—Hola, Santa Lucía —lo dice sin la típica sorna que suele emplear para decir mi apodo, pero

la impresión es tan fuerte que me incorporo en la cama y enciendo la luz de la lámpara sobre la mesa de noche para cerciorarme de que en realidad sea él quien está junto a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Permiso —solicita antes de incorporarse delante de mí para apagar la lámpara nuevamente—. Creo que la iluminación te lastima.

Miro toda su trayectoria hasta que se acomoda a mi lado nuevamente, apoyado contra el espaldar de la cama, como me he acomodado yo. La habitación no está totalmente oscura porque la puerta del baño está entreabierta y la luz de ahí sí está encendida, por esto, al mirarle de soslayo detecto que ha vuelto a vestirse con ese suéter gris que le combina tan bien con su color de piel y que hace que el iris de sus ojos, usualmente miel, parezca verde.

—Creo que me pediste que me quedara —responde a mi pregunta inicial.

—Deberías estar en tu fiesta de cumpleaños —ignoro el tema—, tu madre me invitó, pero preferí decepcionarla.

—Mi madre se toma libertades que no le corresponden.

—Tu hermana me dijo que adelantaron tu juicio y que debes volver a Madrid antes de lo planeado.

—Sí, Víctor Montiel fue localizado y está detenido, Vladimir tiene las pruebas en su contra.

—Me contenta saber que todo se está solucionando.

—A mí también, pero hay algo que no sé si todavía tiene solución.

En mi cuerpo empiezo a sentir que una conversación sobre nosotros está por desarrollarse.

—¿Por qué te marchaste así esta mañana? —Pregunta, pero yo prefiero permanecer en silencio, de momento no sé qué decir, me siento muy confundida—. Anoche me contaste muchas cosas que me hicieron sentir incómodo pero que, tenías razón, necesitaba escuchar para poder comprender lo que sucedió en el pasado; sin embargo yo preferí guardarme mi parte, aunque tal vez querías escucharla —nuestras miradas conectan por breves segundos, todavía no puedo decir algo—. Regresé dos días después de tu partida —revela.

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

—Así que has reaccionado.

—Todavía no creo que estés aquí —me inclino hasta acomodarme sobre su pecho, él me recibe rodeándome con su abrazo.

—Deberías comenzar a creerlo.

—Por favor continúa.

—Trataré, es algo de lo que particularmente no me gusta hablar ni recordar —me mira de soslayo—, siempre he preferido quedarme con lo mejor de lo que pasó entre nosotros —me levanta el mentón para colocar un beso casto sobre mis labios—, como el momento exacto en el que te vi por primera vez, cómo me hiciste sentir cuando te provoqué y te viste obligada a darme una de tus respuestas cortantes, nuestro casi primer beso, *nuestro primer beso...* —ladea la cabeza—. Supongo que me sentí acorralado, trabajando en sentimientos que desde entonces he preferido mantener a raya, sin embargo, tal vez sea lo mejor confesarlo, Santa Lucía —me mira de soslayo—, muy a pesar de lo que tal vez has creído, durante todo este tiempo no la pasé bien.

”En un principio me dije, ‘si quiere irse, no tengo por qué retenerla. Que sea libre’. Me fui a un bar cercano y ahí me emborraché hasta que Vladimir pasó por mí y me dio hospedaje en su casa durante esos días. Solo volví al apartamento cuando tuve total seguridad de que ya no estabas ahí.

—¿Por qué tomaste esa decisión?

—Supongo que mi orgullo estaba herido, además de que no quería que mi presencia te hiciera

sentir comprometida, quería que tomaras tu propia decisión. Por esa misma razón desvié tus llamadas aunque siempre estuve en contacto con Celia —el ama de llaves—, ella me mantuvo siempre al tanto de tus movimientos. Cuando supe que te habías marchado y volví al piso tu ausencia se sentía en cada habitación, motivo por el cual me deshice de esa propiedad.

Cuando en su momento la noticia recorrió las redes sociales lamenté mucho la venta, pero tener conocimiento de esto me coloca una punzada en el corazón que me entristece, su piso es un lugar del que guardo bonitos recuerdos.

—Sin embargo nada de esto excusa mi comportamiento, fui demasiado testarudo cuando escogí no contactarte, un error que fui arrastrando año tras año hasta que sucedió este problema en el que estoy metido. Cuando España perdió en el mundial solo tu rostro estaba en mi mente.

—¿Fui yo quien te hizo perder?

Él ríe de mi pequeña broma.

—No exactamente, pero cuando pensé que necesitaba alejarme de todo, no había otro lugar que no fueras tú en el que quisiera estar. Contacté a tu primo con la única intención de encontrarte y recuperarte, si es que existía esa remota posibilidad —se encoge de hombros—. No tenía que perder, lo peor que podía pasar era que no quisieras saber de mí, pero tenía que intentarlo. Pensé que te habías dado cuenta.

—Quería que esa fuera la razón por la que habías reaparecido, pero prefería pensar que estaba equivocada.

—Bueno, ahora lo sabes —le sonrío, él me acaricia la mejilla y me besa—. Ahora voy a tocar un tema espinoso —me estudia antes de continuar—, lo que te dije antes es cierto, Valerie y yo estábamos distanciados...

Listo, ya están reconciliados.

—Pero esta tarde hemos roto definitivamente. Si no me crees, puedes consultar la cuenta Instagram de Tessa Díaz —él ignora mi entrecejo fruncido—, a través de mi publicista le hice llegar la noticia. Si Valerie ha estado en ciudad Verano, eso se lo debo a mi madre, yo no he tenido que ver ni mucho menos con esa fiesta que organizó y que se vio obligada a suspender cuando me revelé en su contra.

”Ayer me pediste que me quedara y aunque sé que no actué como debí, que no te di una respuesta ni positiva ni negativa, solo sé una cosa, que sigo enamorado de ti —las mariposas empiezan a revolotear dentro de mí y mi corazón a bombear con fuerza—, y sé, porque lo sé, no podrás negarlo, que tú también estás enamorada de mí —me inclino para besarle—. Mañana debo volver a España, pero lo único en que mi cerebro parece estar ocupado es en que me des una cita más, Lucía. Si vamos a tener una conclusión, que sea ésta: compartamos nuestras vidas para siempre.

—Luciano... —me pongo de rodillas sobre el colchón, acuno su rostro entre mis manos y comienzo a dejar besos en todo su rostro.

—Esta vez no voy a pedirte matrimonio —me dice sonriendo, entre besos.

—No hace falta —le sonrío.

Él me atrae hacia él y me besa profundamente.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

—Y yo a ti, Luciano.

—Ah, pensé que esperarías una noche para decirlo.

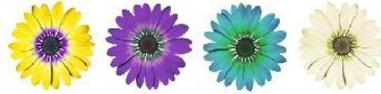
Niego con la cabeza.

—No, porque jamás he dejado de quererte.

—Yo tampoco, Santa Lucía.

Cuando hago un mohín con los ojos, él me obsequia su sonrisa cínica.

Un año después



Conclusión

Cuando hace contacto visual conmigo sonrío. Es una mañana soleada, perfecta para el cierre del verano, los lugareños y turistas han tomado las calles para seguir la maratón, yo, uno más de ellos.

Ya no hay acoso, tanto se han acostumbrado a vernos juntos que la novedad ha ido desvaneciéndose. Ni siquiera Tessa Díaz se interesa en fotografiarnos, si cualquiera quiere una foto nuestra solo tiene que visitar nuestra cuenta de Instagram, ahí está reseñada la historia de nuestro amor.

Uno de los chicos de la fundación de Kira se acerca a ella para darle una botella de agua y una toalla, Lucía es la octava en alcanzar la meta. Después de todo, aunque no existía ningún riesgo, el año pasado prefirió no participar en el maratón de ciudad Verano.

Como si fuese la heroína de una novela de una novela inglesa, se acerca al punto en el que la espero tiene las mejillas encendidas y ese brillo en la mirada del que me confieso admirador, me sonrío nuevamente antes de hablarme.

—No voy a besarte —advierde—, estoy hirviendo y no debo oler nada bien —se sonrío cuando le revuelvo los ojos, entonces se inclina delante de la carriola que he estado custodiando como un gorila a su cría y con cuidado toma a Javi entre sus brazos—. Pero a ti sí, precioso —le dice al bebé, que mueve los bracitos y despliega una sonrisa para su mamá.

—Te aprovechas porque el bebé no puede reclamarte.

—Él y yo hemos estado juntos, en peores condiciones que ahora, que su mamá ha tomado sol en exceso, y no le ha importado, ¿verdad, bebé? —Javi agita los brazos nuevamente antes de sonreírle.

—Pues tu olor no ha de ser peor que él mío después de correr detrás de un balón de fútbol por noventa minutos y nunca has tenido problemas en acercarte para besarme y abrazarme —hace un mohín con los ojos como si yo estuviese diciendo un sinsentido—. Felicidades —me acerco a ella y la beso en los labios.

—Gracias, pero ni sé en qué posición he llegado.

—Has sido la octava.

—La octava, bueno, pensé que llegaría detrás de la ambulancia.

—Estás en perfectas condiciones físicas, Santa Lucía —le rodeo los hombros antes de hacer rodar la carriola con la otra mano, me gusta ir así con ella y Javi—, hace tres meses has tenido un bebé y apenas has entrenado.

—Tú siempre eres demasiado bueno dándome ánimos, pero gracias.

—Es la verdad —se detiene para regresar a Javi a la carriola—. ¿Quieres quedarte para la premiación?

—Creo que prefiero volver a la cabaña para darme una ducha.

—Me parece bien, Giovanni y tu tía han llamado cerca de cuatro veces para saber si ya culminó la maratón, y no quiero mencionar los niveles ansiosos de Becca.

—Esos tres —me gusta cuando revuelve esos bonitos ojos que tiene—, soy demasiado afortunada de que Melissa no se inquiete por nada.

—¿Te parece que llame a Teo para que venga por nosotros?, has de estar cansada.

—Preferiría caminar, si no te molesta, la bahía está preciosa, estamos juntos y Javi está feliz de respirar aire puro.

—Está bien por mí —la beso en la sien.

La bahía está radiante esta mañana, pero lo que hace todo tan especial es justo eso que ella ha puntualizado, que estamos juntos.

Hace un año regresé a Madrid con la incertidumbre de si conseguiría a esta chica, que todavía se resiste a casarse conmigo, aunque lleve en el dedo ese mismo anillo con el que le propuse matrimonio hace ocho años, un día de San Valentín, se lo propuse apenas me dijo que estaba embarazada, pero prefirió no aceptar porque según ella mi propuesta estaba basada en el bebé que habíamos concebido. Lo que nunca ha podido comprender esta criatura obstinada de la que estoy enamorado, es que si por mí hubiera sido, nos habríamos casado desde que ella tenía diecisiete y yo dieciocho, nunca he estado tan seguro de querer compartir mi vida con alguien, y ese alguien no es otra sino ella. Recuerdo que habíamos mantenido la comunicación mientras estábamos separados, apenas unas ocho horas de vuelo de separación, siempre se lo he dicho, pero cuando por tres días dejó de comunicarse, empecé a volverme loco. Creí que estaba repitiéndose la historia, entonces decidí volver, poner mi teoría de las ocho horas de separación en práctica. Aterricé en Lara y cuatro horas más tarde estaba en ciudad Verano, en su cabaña.

—¿Qué haces aquí? —Pregunta sorprendida al verme, está detrás del mostrador de su tienda, sus clientes un tanto sorprendidos de verme también, Catalina es la única que demuestra ilusión de verme.

—Yo bien, ¿y tú? —La veo intercambiar miradas con su amiga, entonces se quita el delantal y me lleva con ella a la cabaña, directo a su cocina, donde se pone a preparar café—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—No te esperaba, es todo —descansa contra la encimera.

—He tratado de comunicarme pero no has recibido mis llamadas.

—Lo sé.

—Si estoy aquí es porque no me gustaría que quedara sobre mis hombros la responsabilidad de una separación, si es que eso quieres, Lucía.

Recién me doy cuenta de que no se siente bien, de que está pálida y de que está conteniendo los deseos de llorar. Me levanto en seguida de la mesa para atenderla.

—¿Qué sucede? —Me atrevo a besarla, y para mi tranquilidad, ella me devuelve el beso. Tengo que apagar la hornilla de la cocina y dejar el café para luego porque no tardamos en desvestirnos y alcanzar su habitación, donde la amo sin medidas—. ¿Pensabas olvidarte de mí otra vez? —Le acaricio el pelo.

—Nunca me he olvidado de ti.

—¿Qué sucede, entonces? ¿Por qué dejaste de hablarme?

Veo que una lágrima recorre su mejilla.

—No quería comprometerte —me dice, yo frunzo el entrecejo por defecto.

—¿Comprometerme? Lo que me falta es colocarte un anillo en el dedo, pero sabes que estoy enamorado de ti, Lucía.

—Lo sé, pero...

—¿Qué sucede?

—Es que esto no estaba en los planes de ninguno.

Tengo un presentimiento cuando le escucho decir estas palabras.

—E iba a contártelo pero necesitaba estar segura, por eso te había evitado, perdóname.

—¿De qué estás hablando, Santa Lucía?

—Es por eso que pasó hace un momento... —llora—. Fueron todas esas noches y madrugadas juntos.

Su mirada es el reflejo del gran temor que siente, otra lágrima se asoma.

—Yo lo quiero, pero tú no tienes que responsabilizarte de nada si no lo deseas.

Cuando dice esto confirmo mis sospechas.

La beso.

—Estás embarazada.

La veo asentir, pero en su mirada hay temor aunque en sus labios hay una mueca que parece una sonrisa.

—Lucía...

La abrazo y la beso.

—Estás embarazada... —ella asiente, su sonrisa se refleja también en la mirada—. ¡Estás embarazada...!

—¡Sí...!

Acuno su rostro con mis manos y la miro por más tiempo del que he debido.

—¿Se parecerá a ti o a mí? —Me pregunto.

—Si tenemos suerte será una mezcla de los dos —se toca el vientre, yo desciendo, colocando besos por su cuerpo hasta que me detengo ahí donde está su mano y beso también ese lugar.

—¿Cómo lo supiste?

—Por la falta del período menstrual.

—Y tenías miedo de contármelo.

—No sabía si te iba a gustar la noticia.

—Si pensaba alguna vez formar una familia, si me hubieran dado a escoger la madre para mi hijo, no habría dudado en que fueras tú —ella me sonríe, la ilusión reflejada en el brillo de su mirada—. Además es una bendición.

Toma mi rostro entre sus manos hasta hacer que esté delante de ella para besarme.

—¿Te ha gustado la noticia?

—Ha sido perfecta, pero no vuelvas a callarte nada, Lucía. Deja de torturarme.

—Lo siento.

La beso y luego me bajo, he estado encima de ella durante un largo rato.

—¿Por cuánto tiempo has venido? Tienes juego en dos días.

—Sí —le tomo la mano y la beso. Apoyo la cabeza en la almohada y miro el techo de madera de su habitación—. No quiero irme y dejarte, Lucía.

—No te sientas obligado porque esto pasó.

—¿Podrías dejar de apartarme de tu vida?

—Si algo quiero es que estés en mi vida, pero sé lo que los niños pueden significar para sus padres y no quiero que eso suceda entre los dos, si vamos a estar juntos es porque los dos lo queremos así, no por baby Luc.

—¿Baby Luc?

—Es así como llamo a tu bebé.

—Nuestro bebé. ¿Piensas llamarlo Luc?

—No tiene nombre todavía, pero es un bebé que ha venido de ti, por eso lo llamo baby Luc, por Luciano, pero tal vez sea una Lucía, así que Baby Luc es perfecto.

—¿Si es una niña vas a colocarle tu nombre?, porque yo estaría de acuerdo.

—Ya me has hecho demasiado bullying^[16] con eso de “Santa Lucía” como para que la pobre niña herede mi problema.

—¿Bullying?

Ella se ríe antes de acomodarse sobre mi pecho. Le beso el pelo y le acaricio la espalda.

—No me gustaría que se llamase Lucía, si no te molesta, y no lo digo por lo de “Santa Lucía”, sino porque no me gusta que los padres nombren a sus hijos como ellos. Hay que variar.

—Me parece justo.

—Pero aunque suene contradictorio hay un nombre en el que no he dejado de pensar si es niño.

—Ah, ¿sí? Al menos ya sé que no será Luciano.

—No será Luciano —me confirma.

—¿Qué nombre será?

—Javier.

La estudio con la mirada, ésta sí que es una mujer con ideas opuestas.

—¿Por qué Javier?

—Porque me gusta tu segundo nombre. Ésa es la contradicción.

—Recuerdo que intenté ocultarlo cuando llenaste aquella ficha.

Cuando estudiábamos en la Eyre, me fui directo a su escritorio para que ella llenara mi ficha para el día de la exhibición, no tenía pensado en que nadie más lo hiciera. Solo ella.

—Siempre supe que tu segundo nombre es Javier, solo respeté tu decisión de no mostrarlo.

—¿Qué hay con eso de no repetir los nombres, o no aplica cuando se trata del nombre del padre?

—Tu nombre de pila es otro, y ésta sería apenas una pequeña excepción... —me da un guiño y sonrío.

La beso desenfrenadamente porque la he extrañado, porque la necesito, porque no quiero estar sin ella, pero no sé cómo decírselo, cómo proponerle que viaje conmigo cuando toda su vida está aquí en ciudad Verano y la mía, por un maldito contrato, en Europa.

—¿Qué habría pasado si te llamaba para darte la noticia?

—Lo mismo que sucedió —la veo fruncir el entrecejo—, habría tomado el primer vuelo para venir a verte y hacerte el amor.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

—Nunca quise ocultarte nada. Solo estaba muy nerviosa, y hasta ayer el doctor me confirmó que sí estaba embarazada de ti.

—Lo importante es que ahora lo sé, mi hijo o hija y su madre van a contar con un padre y esposo incondicional y que ahora estamos juntos.

Ella baja la mirada y se aparta un poco.

—¿Qué?

—No será por mucho tiempo que estaremos juntos.

—¿Por qué?, ¿piensas dejarme otra vez?

Hace un mohín con los ojos.

—Si es por mí no nos separaremos nunca.

—Si es por mí tampoco, Lucía, pero ninguno parece dispuesto a ceder..., bueno, yo estoy imposibilitado, sabes que estoy atado a ese maldito contrato por tres años más.

—Entonces, tal vez...

Listo, va a decirme que no quiere estar conmigo, que mejor hagamos nuestras vidas aparte,

y que cuando yo quiera me enviará a Baby Luc para que lo vea.

—Tal vez...

—No voy a dejarte, Lucía —le digo obstinado.

—No quiero que me dejes, iba a proponerte que... —guarda silencio por unos largos segundos, luego sacude la cabeza y dice—: la tienda va muy bien, Catalina se encarga de todo, solo necesitaría... Bueno, si lo crees conveniente, podría... Tal vez quisieras... O tal vez no.

—Si no he mencionado que viajes conmigo a Madrid es porque he creído que dejarías tu linda figura marcada en la puerta. Pero es lo que quiero —ella me mira con atención—. Es lo que he querido desde hace un mes, cuando me fui, que viajaras conmigo.

Lucía se sube sobre mí y me besa toda la cara.

—Podemos ir y venir, Lucía, sé que toda tu vida está aquí, tu negocio, tu familia, todo.

—Tú eres mi vida —alcanzo sus labios hasta devorarlos.

—Y tú mi familia. Cásate conmigo, Lucía —ella se yergue, está asustada, puedo verlo, es exactamente como hace siete años cuando se lo pedí por primera vez.

La pregunta queda suspendida por unos segundos hasta que ella se hace a un lado para buscar algo en el cajón de la mesa de noche junto a la cama.

¡Wow!

—Lo he mirado todos los días de mi vida los últimos cuatro años.

Lo tomo entre mis manos, es el anillo de compromiso que le di la primera vez que le propuse que nos casáramos.

—No esperaba que propusieras nada, pero internamente siempre tuve la esperanza de volver a tenerlo en mi dedo.

Tomo su mano y delicadamente regreso el anillo a su lugar.

—La respuesta es sí, quiero casarme contigo, Luciano. Estoy segurísima, pero no ahora, sino después de que nazca Baby Luc. Apenas has roto tu compromiso con otra persona.

—Esa persona, Lucía..., fui bastante estúpido cuando...

Cuando le propuse matrimonio a Valerie Meyer por despecho, sabiendo que no estaba a la altura de la mujer que verdaderamente amaba, que no me complementaría jamás.

—Eso ya no importa. Solo quiero que sea bonito esta vez, que estemos seguros.

—Estoy muy seguro, siete años seguro.

—Entonces no te importará esperar nueve meses.

Por supuesto que no.

Unas horas más tarde llegamos a Lara, a la casa de su hermana, donde están todos, incluidos Andre y Kira, esperándonos para celebrar el cumpleaños de Amelia, la sobrina de Lucía, pero antes he querido darle una sorpresa.

Desde que lo supe, durante aquel desayuno en esta misma casa, no pude quedarme tranquilo, recuperar el apartamento familiar, en el que Lucía y su hermana crecieron, se convirtió en una especie de obsesión, no podía estar tranquilo y me sentía comprometido a devolvérselo.

No fue difícil ubicar a la nueva familia que lo ocupaba y hacerle una propuesta jugosa con la que accediera a la venta, Vladimir se encargó de todo, pero hasta ahora, que hemos vuelto a nuestro país para que ella participe en la maratón, es cuando he podido contárselo.

—¿Qué hacemos aquí?

Detengo el Jeep en el estacionamiento del edificio en el que vivió cuando era niña.

—Tengo algo para ti.

Ella toma a Javi entre los brazos y apea, luego entramos y tomamos el elevador, el apartamento está en el octavo piso.

—Verás, sé todos los bonitos recuerdos que de tu niñez guardas de tu apartamento, así que, como comprenderás, no podía quedarme tranquilo hasta que lo tuvieras nuevamente.

Coloco las llaves entre sus manos.

—Luciano...

—Lo coloqué a nombre de las dos.

—Pero...

—Es de ustedes.

Ella se inclina para besarme, luego abre la puerta e ingresa pasando el umbral, desde donde puedo ver lo emocionada que se siente.

—Tal vez no esté justo como lo recuerdas, pero pensé que si expandes tu negocio...

—Nuestro negocio —hago un mohín con los ojos porque simplemente tengo que aceptar lo obstinada que es.

—Eso... —ahora es ella quien revuelve los ojos—. El asunto es que expandiendo Sweetland, tal vez podrías colocar una tienda acá, en Lara, y qué mejor que tener un lugar conocido, con bonitos recuerdos, donde quedarse, cuando estemos aquí.

Cuando la veo sonreír sé que la propuesta le ha gustado. Se acerca para besarme en los labios, temo por la integridad de Javi, que está entre sus brazos, pero el bebé sonríe también.

—Lo siento, bebé —le dice antes de besarle en la frente y entregármelo.

Ella se acerca al ventanal, ahí le sigo para admirar toda Lara iluminada por un radiante sol.

—Es precioso, gracias Luciano, de verdad.

—No ha sido nada.

Mira un rato más la ciudad y luego desvía la dirección de su mirada hacia mí.

—Estoy lista.

—Es lo mejor, desde hace rato que están esperándonos.

—Lo sé —me sonríe como si yo fuese un gran bobo—, pero me refiero a algo más.

No la entiendo hasta que levanta la mano en la que lleva el símbolo de nuestro compromiso.

—Quiero que tú también lles uno de estos en la mano.

—Pero a mí no me gusta el lavanda.

Cuando ríe de mi idiotez me inclino para besarla.

—Ya era tiempo, Santa Lucía..., ya era tiempo.



Valora y comenta *Dame otra Cita, Lucía* en [Goodreads](#) y [Amazon.com](#) - [Amazon.es](#).

Si quieres contactarme, éstas son mis redes sociales, mi correo y mi blog:

Twitter: [@margecavani](#)

Instagram: [@margecavani](#)

Contacto: ficcionfemenina@gmail.com

Blog Ficción Femenina www.ficcionfemenina.blogspot.com

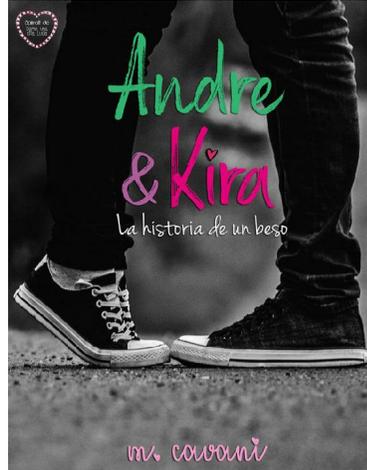
Y si te gustó *Dame otra cita, Lucía* tal vez quieras saber cómo comenzó la historia entre Luciano y Lulú en [Dame una cita, Lucía](#).



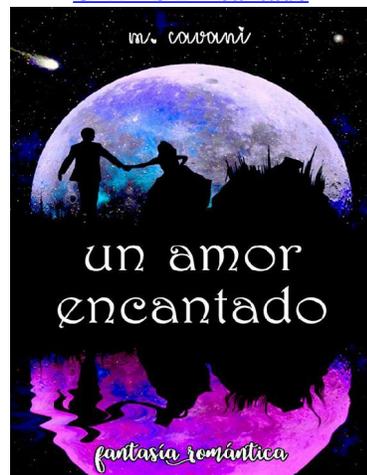
Lucía lleva alrededor de un año asegurando estar enamorada de su primer novio cuando el que le gusta es otro, Luciano, el chico consentido de la secundaria Eyre y la próxima sensación del fútbol internacional; pero qué pasará cuando ya no pueda resistirse a lo que siente por él, ¿será capaz de vencer sus temores y arriesgarse por amor, o tal vez sea demasiado tarde?

Más de la autora

Andre y Kira, la historia de un beso

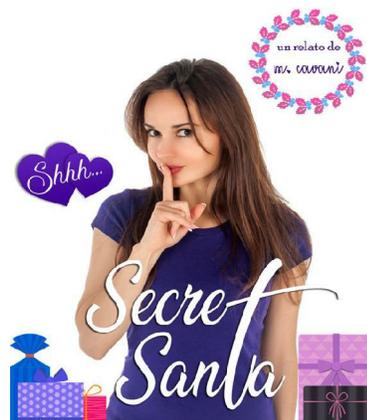


Un Amor Encantado



Secret Santa

UN ROMANCE DE OFICINA



Quinceañera



[1] [N. del A.] De acuerdo al último mundial de fútbol, celebrado en el verano del 2018, se toma junio como referencia para plantear, por fines del argumento de esta novela, el del año 2026.

[2] [N. del A.] De acuerdo a la página oficial de la FIFA, la copa del mundo del año 2026 se celebrará en triple sede: Canadá, México y Estados Unidos.

[3] [N. del A.] La Eyre es la secundaria a la que asistieron los personajes de Dame otra cita, Lucía.

[4] [N. del A.] Dinámica es un capítulo de la novela Dame una cita, Lucía, que explora las bases de la amistad entre Luciano y Lucía cuando estaban en la secundaria. Lucía emplea el sarcasmo para esconder sus sentimientos, sin embargo Luciano hace uso de su franqueza para mantenerla a raya.

[5] [N. del A.] Desde Dame una cita, Lucía a Luciano no le ha gustado que Lucía bromee con que se convertiría en la estrella del fútbol internacional.

[6] [N. del A.] Tessa Díaz es posiblemente la misma aspirante a reportera que el día de la exhibición, en Dame una cita, Lucía, hace una referencia sobre las clásicas historias románticas entre capitanes de fútbol y las animadoras de la secundaria Eyre, donde Lucía y Luciano estudiaron, luego del beso público que compartiera la futura estrella del balompié con Nica, la más grande *influencer* que daría el país.

[7] [T. del A.] *Perfect match*: pareja perfecta

[8] [N. del A.] La Juventina es el equipo de fútbol masculino de la secundaria Eyre, para la que jugó Luciano antes del Real Madrid.

[9] [N. del A.] La canción es Photograph.

[10] [N. del A.] *OMG* son las siglas de “Oh, por Dios” en inglés.

[11] [T. del A.] Instant crush: Amor al instante

[12] [T. del A.] Crush: enamoramiento.

[13] [N. del A.] Paula Radcliffe es la atleta británica que tiene el récord mundial de la maratón de Londres, 2h 15:25

[14] [N. del A.] Para los lectores de Dame una cita, Lucía, ésta es una breve mirada al noviazgo entre Luciano y Lucía los meses posteriores al baile de invierno, momento en el que termina la primera parte de esta historia.

[15] [N. del A.] La exhibición es un evento esperado internacionalmente, que la secundaria Eyre, que prepara a los mejores jugadores de fútbol del mundo, realiza una vez al año para presumir su talento. Siendo esta secundaria la más importante de la región, su exhibición suele ser televisada y

generar opinión en importantes canales deportivos de cable. La Exhibición es un capítulo de la novela Dame una cita, Lucía.

[1161](#) [T. del A.] Bullying: Intimidación